

Bernardo Celis-Parra



La
CIUDAD
que yo viví



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Autoridades universitarias

• Rector

Mario Bonucci Rossini

• Vicerrectora Académica

Patricia Rosenzweig Levy

• Vicerrector Administrativo

Manuel Aranguren Rincón

• Secretario

José María Andrés Álvarez

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO

• Presidenta

Patricia Rosenzweig Levy

• Coordinadora

Marysela Coromoto Morillo Moreno

• Consejo editorial

Patricia Rosenzweig Levy

Marysela Coromoto Morillo Moreno

Marlene Bauste

María Teresa Celis

Jonás Arturo Montilva

Joan Fernando Chipia L.

María Luisa Lazzaro

Alix Madrid

Francisco Griosolía

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico.
Consejo de Publicaciones de la
Universidad de Los Andes.

Los trabajos publicados en esta colección
han sido rigurosamente seleccionados y
arbitrados por especialistas en las
diferentes disciplinas.

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico

La ciudad que yo viví

Primera edición digital, 2022

© Universidad de Los Andes Sello
Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico de la
Universidad de Los Andes
© Bernardo Celis Parra

Hecho el depósito de ley

Dépósito Legal: ME2022000194

ISBN: 978-980-11-2102-2



Corrección de estilo:

Carlos Perdomo Ramírez

Diagramación de la obra:

Marysela C. Morillo Moreno

Diseño de portada:

Ing. Pablo Celis Vargas

Fotografía de la portada:

Obra, La sierra Nevada Pico El Toro, 1876.

Pintura al óleo de Gabriel Parra Picón.

Fundacelis – Mérida

Coordinación: Francy Ovalles

fundacelismerida@gmail.com

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Av. 3 Independencia,

Edificio Central del Rectorado,

Mérida, Venezuela.

publicacionesva@ula.ve

publicacionesva@gmail.com

[http://www2.ula.ve/publicacionesaca
demico](http://www2.ula.ve/publicacionesacademico)

<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores y
editores.**

Editado en la República Bolivariana de
Venezuela

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en un sentido antonomástico.
Se publican aquí obras cuyo contenido, por la
especificidad que contienen, no están sujetas a ser
clasificadas en ninguna de nuestras otras colecciones; ya
sea porque el tema tratado no es afín a la doctrina de
éstas, porque su presentación exige diseños y
graficaciones muy particulares, o por ambas razones al
mismo tiempo.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO



de la ciudad de Mérida (lo creían entonces el mas alto) donde se destaca la catedral y en la otra banda, una solitaria casa la ocupa. Era el año 1876, cuando lo pintó Gabriel Parra Picon, abuelo, del autor.

Agradecimiento

Nuestro especial agradecimiento a quienes con tanta voluntad, acatamiento afectuoso y gran diligencia nos facilitaron de sus colecciones particulares importantes fotografías de años pasados que dan estructura y gran soporte a esta publicación entre otros: Oscar Rivas Lamus; Adolfo Paolini Pisani y Nelida Pisani; María Isabel Febres Cordero de Briceño; Ligia Peña de Febres Cordero; Gloria Domínguez Parra; María Josefina Parra Febres; Diego Picón T.; Gabriela Picón T.; Bernardo Fargier Delgado; Reina Maggiolo de Cuesta; Universidad de los Andes, Web; RC 1962; Alberto Vanegas Parra; colección Consuelo Parra de Celis; Gilberto Sandia Briceño; Reneta Loynas Ruiz; Orlan de Santa Juana; Luis Vargas Burguera; colección Edelmira Parra Febres; Pitin Benito Pérez Pablo Javier Celis Vargas; Consuelo de Rojas; Daniel Febres Cordero; Gustavo Febres Cordero; Marisi Vargas Burguera; Yolanda Matute de Vetancourt; María Carolina Celis-Miron; Gladys Dávila Fonseca de Noguera Mora; colección Gustavo Orta Añez; María Juana Parra Dávila; Ali Quintero; Manuel Chuecos Briceño y colección Banco Andino C.A., a todos, nuestro reconocimiento por la invalorable ayuda que tantas evocaciones trajo.

“Que no daría yo por la memoria
de una calle de tierra con tapia
baja y de un alto jinete llenando el
alba (largo y raído el poncho)
en uno de los días de la llanura,
en un día sin fecha”.

Jorge Luis Borges.

“Hace alrededor de diez días, que
han salido de las prensas, al público
de aquí, los viajes de un tal Gulliver
se han convertido en tema de todas las
conversaciones... es universalmente leído
desde el gabinete del Consejo
hasta la guardería...

Jhon Gay, Novi – 1726

“Bien cumplidos los setenta años que
aconseja el espíritu, un escritor, por
torpe que sea, ya sabe ciertas cosas.
La primera sus límites...

Jorge Luis Borges, julio 1976.

¡Sólo a partir de la libertad! Puede
existir todo lo bueno o malo que
acompaña y podrá acompañar al hombre

B.C.P. - 2013.

A la Mérida que tanto amé y aquellos, sus veinte mil habitantes, con sus calles largas y limpias, sus tapiales, sus aguas de cristal, sus ríos impolutos, sus nieves eternas cubriendo rocas de acero, sus tejas; los helechos y sus hojas, sus bicicletas, sus mujeres hermosas en abundancia, sus piedras redondas veneradas por todos... a sus trompos y cometas.

A los hombres de colores que labraron la tierra negra de estos páramos desde hace miles de años, con voluntad y sudor andino que no podremos reemplazar jamás por nuevas sangres que jamás podrán llenar aquellas existencias.

A los recuerdos y querencias de los míos, que siguen siendo mi esperanza vieja, a mis nostalgias y añoranzas que evoco sin tiempo, a mis sangres amadas: de maestros, amigos que se fueron niños y a los niños vivos que ahora somos viejos, endulzando vidas; a las mujeres increíbles que Dios me dió el privilegio y la dicha de vivir y que me enseñaron vida con entrega y amor, irrepetible.

Dedico.

Prefacio

Un día cualquiera de mi tiempo viejo, sentí que brumas tórbidas amagaban con opacarse más; y las hojas ya amarillentas de cada otoño empezaban a cubrir los consecuentes vericuetos de mí hasta entonces-fiel memoria, decidí escribir, el tiempo de mi ciudad vieja (vívida) que tanto siento y evoco, salido de recuerdos y añoranzas, algunas encerradas en la mente y otras en archivos de recortes o letras del rememorar años.

Los recuerdos -es normal- son imprecisos y difusos, mas, si ha pasado el tiempo y más aún, si no queremos recordarlos, por eso a veces se “novelan” tiempos sin que por ello pierdan autenticidad, certeza y verdad de lo acaecido, que dejó obrado e impreso y a veces deforme o mejorado en nuestro cerebro el cultivó y amoroso de ese archivo intenso de lustros llenos de nostalgias y querencias... que son soporte milenario de la historia.

En este desorden ordenado, se enlaza un texto discontinuo sólo agrupado genéricamente por mi tiempo, por mis lapsos, pero sin cese o suspensión del relato, sin ordenación de fechas las cuales se acercan y se alejan en imprecisiones y dudas en cada recuerdo, que a veces cambia al cotejarlo con otros amigos que también lo vivieron.

Hay hojas verdes y secas, rubias, amarillas y atezadas por la lluvia inelmente del pasado, también frescas como fantasías de brisa, otras con espinas, charcos barrocos y ríos turbulentos y otros claros llenos de montaña viva. Mis silencios en omisiones voluntarias están repletos de discreción para mujeres y personajes queridos que también recuerdo en silencio para proteger y amparar su nombre, sólo en resguardo y respeto de sus vidas, pues eso estimula mi lealtad, omitiendo esas vivencias que la pasión y fuerza de aquellos recuerdos nos obliguen rutinariamente a evocarlos con nostalgias.

En otras líneas distorsiono nombres y lugares en función de lo antes escrito, todo para marcar que este tiempo que no es sólo mío, es suma de tiempos ajenos que a su vez se enlazan a otros, lo que no podría negar es que ese tiempo, es tiempo de historia viva y que hoy con olvidos e imperfecciones

trato de relatar y revivir en mi memoria más leal para los míos y siempre discreta. El sabio Jorge Luis Borges, en su opulencia literaria, cuyo talento lo lleva a la sencillez, en su cuento inmortal "El Aleph" en 1945, cito:... "nuestra mente es porosa y se filtra en el olvido, pues yo mismo soy distorsionar o perder, bajo el desgaste de los años el rostro de Beatriz".

Joven... un día pensé... hay que llegar, llegar, llegar... me detuve a pensar otra vez, ¿llegar? ¿Llegar a qué? Ese día también recuerdo intensamente que aflojé el alma y me detuve... por un largo rato. Siempre pensé que los niños solos y marginados del centro de Caracas, con sus caras curtidas de mugre y pega alucinante, son los mismos niños solos y marginados del centro bogotano, o los africanos con sus barrigas repletas de vigorosas lombrices... que comen en su nombre... "Los mismos niños de siempre", los niños de la calle que usamos despiadadamente en afiches electorales para enseñarnos enternecedores... ¡hasta cuando! grité angustiado un día... ¡hasta que Dios quiera! Me respondió tajante una mujer amiga y creyente muy cristiana... y así ha sido, pienso hoy...

"La vejez es una humillación" dice otra inteligente amiga y escritora. Agreguémosle o una "degradación"... o mejor una ¿"imperfección de la creación"?..., escoge. Pero cuando envejecemos a conciencia se hace más terrible... implacable y hay que recurrir al humor para "vencerla" y burlarnos de lo sucedido con las agobiantes canas.

Cuál de todos los predecesores fue digno de ser seguido: los persas, los macedonios, los egipcios, los incas, los vikingos... o los romanos o los bárbaros o los ingleses? saco a los griegos porque estos fueron digeridos por Roma. Escoja usted cual podría ser. Y más ahora... que el capitalismo o el marxismo, han fracasado estrepitosamente como humanismos, ¿por qué entonces tres estúpidos pretenden reciclarlos como solución social?... Por interés de subirse en ellos para hacer política y perpetuarse?... o ¿por "altruismo" preñado de ignorancia, torpeza o incultura y poca ideología?... Todo lleno de una espesa incompetencia.

Lo repito mucho. Es una verdad aplastante... que el pasado no regresa jamás, tampoco puede ser modificado, ni Dios siquiera puede cambiarlo. El pasado es rigidez sucedida. Del espacio y la distancia son tal vez más tolerantes que el pasado que es inmodificable para siempre jamás.

Las cosas sucedidas ayer en la mente perforada por la inclemencia del tiempo, se pueden ver hoy diferentes sin que por ello pierdan su condición de historia y verdad, pero vistas con distancia y pasado.

La bellísima Mérida de entonces, empapada de sosiego, transcurría apacible, pero llena de una juventud especial y numerosa en sus calles que le entregaba con vigor la Universidad y sus prestigiosos colegios. La visión de la meseta era impactante y cubierta con techos naranjas, ocres y verdes por los musgos y líquenes con que la humedad alimentaba aquellos interminables tejados. Llena de pesadas, gruesas y hermosas paredes de tierra pisada, herencia hispana que cultivó con pasión el mestizaje. Se asemejaba a los bellos pueblos de la provincia española, distanciándose de ellos al recibir sabores metropolitanos que le daba su centenaria Universidad y su vida tropical de nieve eterna. Mérida era austera, y podían recorrerla algunos pobres pero jamás se extendía ni enseñaba la marginalidad, como hoy, el único barrio más cercano a severas carencias era el Simón Bolívar; no enseñábamos miserias en las calles limpias de aquella bella ciudad.

Recuerdo la meseta repleta de casas en sus largas calles, demarcada por tejas, ríos y riscos llenos de vigor; los cerros que al pie de las sierras hacían su contorno estaban salpicados de casitas blancas con sus tejas y el humo que entregaban sus cocinas de leña andina.

En mi historia ligera y simple, la gran Mérida tal vez no había llegado a los 20.000 habitantes apenas terminaba la Segunda Guerra en 1944. Todos los ríos y quebradas llenos de bellas piedras conducían aguas impolutas que hacían maravillosos pozos. ¡El agua de los ríos podías beberla!

Las calles enseñaban a los pobladores, parrandas de estudiantes, y se conocían los parameros y sus mujeres de mejillas escarlatas con sombreritos de paja sobre mantas que las protegían de la ventisca paramera. Aquella Mérida amada estaba llena de iglesias y recias campanas, frente a muchas plazas que las parroquias y su gente protegían con voluntad inquebrantable. El verde y el agua eran los dueños de aquella topografía llena de árboles, hojas y vida, una libertad de niños, la vivíamos con intensidad que apuraba la madurez de todos.

La libertad el mayor de los valores alcanzados por el hombre es guía de este esfuerzo, en que de nuevo nos llega la tristeza llena de soledad de Borges... “se le olvidaba el rostro de Beatriz...” La libertad tiene límites infinitos en el

relato vital, restricciones de vida secretos de amigos entrañables, todos fabrican silencios en estas letras, “uno puede hablar de su niñez, de sus antepasados, de su familia hasta allí llega. Y no puede hablar de las mujeres a las que ha querido, por caballero” esto dijo el gran escritor mexicano Carlos Fuentes en un estupendo foro aparecido en el diario venezolano el Nacional el 15 octubre 2006, allí la libertad se merma... se pierde.

Una cita de la afirmación que lo enlaza con el “realismo mágico” que cultiva con talento Gabriel García Márquez, es aquella que éste escribió con motivo de presentar su autobiografía, la frase contiene una verdad y una realidad increíbles: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y como la recuerda para contarla”, es tan cierto y exacto que hay multitud de hechos y sucesos que vimos y vivimos con amigos y compañeros de tiempo, que al ser recordados o relatados con cualquiera de ellos, estos recuerdos y relatos pueden cambiar, y cambian, haciéndose aparentemente diferentes, sin que varíen en su fondo por estar imbuidos en el recuerdo de cada uno que es siempre cierto... esto resulta similar a lo dicho por el gran alemán Konrad Adenauer: “vivimos bajo un mismo techo pero, ninguno tenemos el mismo horizonte”.

Quiero enriquecer lo escrito, otra vez con Jorge Luis Borges, en sus laberintos y ficciones usuales en angustias contenidas, en su cuento de Tlön, Uqbar, Orbis Tertiu, cito: “aquí les traigo la parte personal de mi narración a su fin. El resto está en la memoria (si no en la esperanza o temor) de todos mis lectores. Baste para mi recordar o mencionar los hechos siguientes, con una mera brevedad de palabras que el recuerdo reflexivo de todos enriquecerá o ampliará”, en esa esperanza escribí, sobre mi ciudad vieja, la ciudad que yo viví... que son sólo los recuerdos que recuerdo... pero hoy son historia viva.

Lo escrito aquí no son “memorias” ni de lejos quieren serlo, pero si debemos insistir que son evocaciones y recuerdos “escritos de memoria”, de recuentos de sucesos históricos para hacer la “historia chica”, desorganizada, pero cierta, como los vio quien escribe, tal vez no, como otro observador ajeno o amigo, así lo piensa genialmente García Márquez: “La Historia es como uno la vio no como sucedió”...

B.C.P.

Indice

| | |
|-----|---------------|
| 20 | Capítulo I |
| 36 | Capítulo II |
| 50 | Capítulo III |
| 62 | Capítulo IV |
| 78 | Capítulo V |
| 94 | Capítulo VI |
| 108 | Capítulo VII |
| 122 | Capítulo VIII |
| 146 | Capítulo IX |
| 160 | Capítulo X |
| 186 | Capítulo XI |
| 210 | Capítulo XII |

234 —————|Capítulo XIII

258 —————|Capítulo XIV

280 —————|Capítulo XV

300 —————|Capítulo XVI

330 —————|Capítulo XVII

Bernardo Celis Parra

La Ciudad que yo Viví



Mérida, La Ciudad que yo Viví, la transitábamos diariamente por la Avenida Bolívar (4).

Capítulo I

Entramos a la ciudad por la “Vuelta de Lola” en un espléndido mediodía, que ya estaba largo en tiempo pues se acercaba una tarde seca de verano, el cielo muy azul estaba limpio en transparencias de aire, de pronto me sentí amparado por sierras acerosas y para mí sorprendentes.

Llegábamos a la meseta de Tatuy, a la casa de la Tía Anita, ella era una de los 14 hijos del bisabuelo Caracciolo Parra Olmedo, esto la hacía por viviente honra troncal y símbolo de honestidad de aquel Rector mítico y de su extensa familia, pues Tía Anita, soltera, había vivido con sobriedad y temple su pobreza con otra hermana soltera, en lustros de intenso trabajo artesanal, haciendo el encurtido¹ de la “niña Anita Parra Picón” a veces más picante que otras, lleno de retoños, brotes, aliños y sabores parameros que le traían las indias del frío, todos los lunes y que lo hacía tan singular y delicioso y muy demandado. La Tía Anita, era el amor de todos y mi madre no era la excepción de aquella regla de los

¹ Encurtido- Aliño picante merideño venezolano, para echar a la comida.

numerosos Parra Picón y su abundante descendencia. Su bellísima casa de cal y barro era amplia en su austera andinidad, entramos por un pesado portón muy alto, altísimo, pintado de azul con viejos herrajes para su manejo, entre aquel portón y la romanilla, el suelo, como en el resto de la acogedora casa era de ladrillo cocido, todo estaba limpio, un cuarto a la izquierda era grande y cómodo, equipado con un escaparate amplio y una especie de atril que soportaba una ponchera de cerámica con su jarra que servían de lavamanos, y una bacinilla jetona que mamá no me dejó usar nunca, allí permanecimos unos tres meses, mientras mi padre procuraba una vivienda, pues la suya en la calle 24 estaba arrendada. Aquellos cuartos en el zaguán eran usados para los hijos varones mayores y huéspedes de una casa, con lo cual éstos conservaban independencia y libertades en sus salidas y entradas «a la casa» sin perturbar la paz de la familia. La puerta romanilla era azul, con persianas fijas de madera y estaban a media altura en relación al techo. Los techos de la casa eran de carruzo bien cortado y amarrado con tiras de cuero que se soportaban bellamente en varas rectas y sin nudos –supongo hoy– de duras maderas llaneras la teja vieja la protegía competentemente.

Al entrar había un patio de piedras lleno de flores y plantas, cerrado con cuatro corredores con techos que vaciaban en él sus aguas abundantes. Uno de esos corredores tenía en su esquina un pesado escritorio, otro daba una habitación y ventanas de balaustre de madera a otras habitaciones y el otro contenía el acceso al centro social de la casa, por la sala pasabas al comedor. Todo contenía sillas muy cómodas de suela y madera y otras de esterilla, en un rincón del fondo de la sala estaba una fuerte mecedora de Viena con algunos cojines, donde tía Anita presidía las tertulias familiares diarias y tejía y tejía su alegre soledad. Al lado estaba el comedor con una alacena al fondo. Por un costado de esa sala más bien pequeña y muy acogedora había otro corredor y más allá de el paso ancho para recuas, sin puertas, que daba a un patio final con arriates de colores en escalones y niveles en piedra, para hortensias, rosas y otras flores y un limonero colgado de limones criollos. Era un patio rectangular descubierto que dividía todo del solar; al fondo una simple y bella gruta de piedras de cercado con la Virgen de Lourdes, con rocallas y plantas suculentas a sus pies. Al lado una amplia cocina con fogones de carbón y en alguna es-

quina una de kerosén. En esas áreas tía Anita reunía el personal que hacía con ella el encurtido y los chorizos merideños, deleitosos por su sabor exquisito e inconfundible. El personal era excepcional, muchas mujeres y Nacha una flaca, muy flaca, de limpio moño y manos diestras, podría ser dama de compañía y/o ama de llaves de la tía, la acompañaba siempre cercana, Magdalena cubría sus ausencias. Un Memo de quien hablaremos siempre, llamado Félix, completaba el trio de ayudantes cercanos y especialísimos. Félix era calvo, pero sólo una vez vi su pelada testa, pues siempre la cubría con un arrugadísimo sombrero negro sin forma y sin frente, era robusto y rosado, algo barrigón y le encantaba ir descalzo enseñando unas peanas con dedos gordos torpes y anárquicos. Sus alpargatas las recordamos azules. Félix pronto se convirtió en nuestro amigo, ductor de nuestras ignorancias.

Manuel era un chamo de mi edad que cobijaba su soledad en la Tía Anita quien lo protegía y revisaba sus tareas, su mamá entre cuerda y locainas no convenía que lo tuviese. Manuel, los días de pelar aliños y ají para el encurtido lo hacía, como un rayo para ir a jugar con nosotros. Lo recuerdo inteligente y con la ropa mugre de acostarse en los corredores de ladrillo, tenía el pelo cocoliso para protegerlo de los piojos, a mi madre poco le agradaba verme con él por la fama de tremendo que tenía en el personal de la casa. Manuel era un artista tallando trompos de naranjo de afilados herrones y era el más diestro soltándolos para bailarlos en el aire y cogerlos después en la palma de la mano, jamás pude superar mi torpeza para hacerlo. Siendo gobernador pude dar un lugar importante a Manuel como chofer de gandolas del ejecutivo, se encantó exageradamente con el cargo, pero la vida se le fue temprano al querido y recordado Manuel.

El patio corredor que daba a él, estaba lleno de ollas de barro y cobre de muchos tamaños y bellos cucharones andinos muy grandes de madera tallada. Se destacaban las inmensas ollas de barro cocido donde la tía, macerara los exóticos tubérculos y aliños de su delicioso encurtido y/o de donde éste era sacado para ser envasado en frascos de vidrio con un armazón de grueso alambre que presionaba una goma (empaqué) para ajustar herméticamente la tapa contra el frasco, dejándolo así sellado. A la derecha yendo hacia el fondo un espacio generoso separaba de un ancho portón por el que podrían entrar bestias con

los aliños y adobos traídos de los páramos y otros lugares merideños, los lunes era un sitio de descarga, acopio de costales y lugar de reunión y comedor de los parameros donde convivían las parameras animadamente antes de su regreso. Todas llevaban un corto sombrerito de jipijapa que las protegía en sus páramos del respetado -por cercano- sol andino, unas blancas y otras morenas hacían la periquera de aquellos lunes, de cachetes rojos y faldas de colores, me llamaba la atención por su hablar cantado y cortado:

-Disprocupese María... A yo se lo digo a él.

-Empresteme el cuchillo. El mío lo deje pualli arriba.

-¿Onde?... -Pualli en el paramito de la matica verde.

-Ansina, no corte eso Genoveva! A yo no me gusta ansina, no juña!

-Divite cortar de lado, no ve que descoñeta la verdura, carajo...

Y en respuesta del reclamo agregaba:

-Aguite no más como le jodio todos...los retoños

-Ahí llegó el Carmelo a joder; puro jode y no trabaja nada ese hijoputa, vea vuste, no más brincando...



La Tía Anita junto a su cultivada gruta de la Virgen de Lourdes.

Era un castellano puro y mestizado que se escuchaba mucho en pueblos y mercados de aquella Mérida que se fue.

El solar fue por meses mi refugio y zoo particular; era amplio y lleno de animales, ya podremos recordarlo más adelante, se contemplaban desde el Sierras y Montañas. La Tía era una vieja bellísima, muy arrugada, llevaba unos anteojos de grueso carey, estaba llena de pecas, era de mediano tamaño, muy blanca, sus manchas y pecas se habían multiplicado con la edad. Llevaba un moño de aeromoza muy bien armado, su pelo blanco le daba tono de respeto a su austera y digna ancianidad, podía estar sobre los 84 años. Una enagua con faldón de negros blancos o grises que besaba suelos la acompañaban siempre, protegida por un delantal blanco cuya

inmaculada limpieza probaba su cambio diario, llevaba siempre unas babuchas de fieltro negro que apagaban su intenso y hábil caminar:

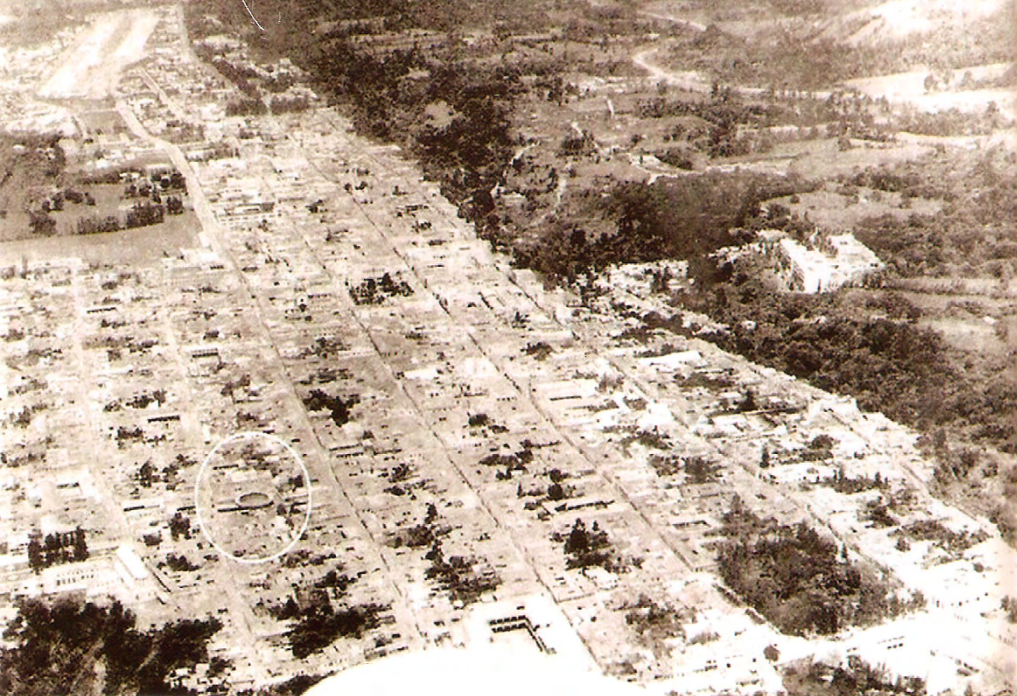
Sus manos arrugadas, eran venosas, y enseñaban habilidad, jamás estaban quietas tejiendo o moviéndose entre sí, en piruetas interminables de dedos inquietos que parecían hechos para tocar castañuelas. En una faltriquera llevaba un abundante manojo de llaves que jamás desamparaba y otros arrebiates, ¡su voz ordenaba! siempre cordialmente, y en ocasiones requeridas con dicción de jefe y paladín, ante extraños que penetraban en su abierta vivienda o cuadrándose ante “un borracho inoportuno a quien tomó con vigor del brazo para sacarlo de la casa”... sus ojos grises y claretes estaban siempre en vigilia y se movían con velocidad cascadora y llena de vida.

La Tía era bella, como bella fue la abuela amada “mamita María», y la tía María Luisa Celis, bellas no por su raza, sino por su estirpe como bellas eran muchas merideñas de nuestros tiempos: las Gámez, las Godoy, las Molina, las Ruíz, las Uzcatogui, las Peña, las Spinetti, las Dávila en sus múltiples ramas, las Bravo, las Vega del Sur Merideño, las Quiñones, las Montes o las Burguera o las Aguilar de La Punta, las Boscan, las Orta, las Bermúdez, las Salas y las Paredes. Entre ellas había mujeres monumento y/o monumentos de mujeres. las hembras merideñas salían por todos los rincones.

Las Silva eran una sensación en la esquina del liceo entre Avenida Don Tulio y Avenida Bolívar eran innumerables de una muy grande a una pipiola de muy pocos años, nunca pudimos ver una fea, su mamá era una mujer robusta, canosa de moño gris que amarraba sólidamente y siempre estaba vigilante en su puerta donde hacían cola los galanes. Recuerdo ahora unas hermanas negras, más oscuras, que el ébano, del “mar andino” de Palmarito, que deben pertenecer a una especialísima estirpe de bellezas, una de ellas fue activista de los míos, en campaña electorales de ayer. Y tantas otras merideñas que mis borrones longevos hoy me esconden ¡Mérida siempre se adornó de mujeres hermosas!.



El icono de los Parra Picón y sus descendencias: Anita Parra Picón la hija menor del Rector Caracciolo. Foto del Dr. Gabriel Gonzalo Picón. (Colección María Juana Parra, Gloria Domínguez y Flia Picón Bermúdez.



Así era Mérida, la meseta llena de casas de teja y La Otra Banda lejana y agropecuaria. La construcción blanca es el antituberculoso., el río Albarregas hoy inundado separaba a las dos.

Al llegar al portón de aquella casa blanqueada de ventanas azules y de tupidas celosías de la tía Anita, el carro había perdido su color con la cubierta del fino polvo recibido en las carreteras venezolanas de tierra de entonces. Papá bajó primero para organizar la operación de descarga de las pesadas maletas. Sobre la acera yo miraba curioso arriba y abajo de la calle donde podía ver claro la torre y el reloj de Catedral, cuando una algarabía ruidosa llamó mi atención de niño, era una garrucha (carreta) que descendía por la calle a gran velocidad, la inclinación, el desnivel de Mérida, procuró el nacimiento de este espléndido juguete de ricos y pobres: la garrucha estaba construida con desechos: un tablón viejo y largo sobre el cual estaba colocado un cajón de “jabón las llaves”, donde operaba «el conductor», en ella iban tres muchachos cuyas alpargatas llamaron mi atención, rodaba sobre ruedas de rolineras de patín, celosas y rápidas; los muchachos gritaban llenos de alegría y el «chofer» conducía con una especie de bridas amarradas a cada punta de las ruedas delanteras, que doblaban así a su voluntad, tenía una tabla a manera de palanca que se ajustaba a las ruedas para frenar. Aquella escena se quedó plasmada en mi memoria para siempre y tiempo después montaría muchas garruchas de amigos y conocidos en las madrugadas aginalderas de la Avenida Don Tulio, en Milla y en la Plaza Bolívar de Mérida.

Era un día de enero y Mérida como los mediodías de aquel lejano tiempo estaba sola, -podía fácilmente no tener más de 18.000 habitantes -, ni siquiera la neblina tan abundante entonces podía acompañarla en esos lapsos de verano, un recio y agradable frío nos acompañó aquellas horas. La meseta Tatuy entonces más marcada que hoy, aglomeraba en ella a todos los habitantes y era inclinada del norte a sur dejando las trochas de agua de sus cinco ríos hundidos bajo sus farallones y vegas profundas, llenas de hojas y árboles, el agua había ido ahondado los ríos en sus millones y millones de viajes de sedimento al sur del lago, atropellando arenas y tierra... La Otra Banda era una masa vegetal con esporádicas casas solas.

Mérida, enseñaba su ecológico paisaje colonial a pesar de haberse destruido en la hispanidad iniciada, llena de edificaciones trascendentes, hasta 1812, que fue su gran terremoto, estaba repleta de sabor humano que proyectaba todavía sus paredes de tierra pisada, su barro, piedras de cercado y sus bellas tejas y maderas. Una ciudad pequeña que albergaba magnífico Colegios, selectos Centros juveniles de cultura y una conspicua y muy prestigiosa Universidad ya centenaria, llenaban los espacios de una población aplastantemente juvenil en la cual estaban presentes casi todos los rincones y colores del País venezolano, Universidad que funcionaban -podemos asentar -desde 1667 fecha de fundación de un Colegio Jesuítico, que como el San Bartolomé de Bogotá había ido llenando los espacios requeridos para el nacimiento de la Universidad que en Mérida fue cierta, a partir del visionario Obispo Ramos de Lora en 1885 con la fundación del seminario. El ingreso per cápita de aquella hora era casi absolutamente cultural, de allí la forja visible de un pueblo integrado por gente diferente, un pueblo muy culto en todos sus escalones y oficios y que los forasteros jóvenes y viejos habían hecho más universal. Juan Felix Sanchez fue muestra de ese devenir de cosas superiores.

Estaba rodeada de cerros agriculturalmente trabajados y bosques húmedos mantenidos, que la hacían espontáneamente verde en su derredor y en los solares de sus amplias casas, no era difícil encontrar musgos y líquenes en cualquier rincón de la ciudad serrana, ni árboles frutales, que las casas de la villa cultivaban por igual. Había muchas higueras y sus deliciosos higos se saboreaban popularmente.

Las entradas y salidas de la ciudad habían sido construidas por el gobierno del General Juan Vicente Gómez, en el gobierno progresista y constructor de Paredes Urdaneta. La ciudad era larga y filuda en sus dos entradas fundamentales, la del norte «la Vuelta de Lola» alimentada por los pueblos del páramo frío y la del sur la glorieta de «Pie del Llano» por pueblos de calor y otros templados, por el soplo de Sierra Alta, sólo los brazos de acero y concreto hacia la Otra Banda, fueron redondeando sus formas muchísimos años después de estos relatos.

El primero en la calle 26, construido por el gobierno de Rafael Caldera, con ánimos de Guillermo Soto Rosa (MOP) y habilidad técnica y empresarial del Ing. Claudio Ramírez Corredor, competente merideño.

Había días en que su hermosa neblina nos tapaba en distancias cortas hasta las rodillas y/o los aguaceros descomunales lavaban el rostro de la villa dejando brillar sus suelos y tejados después de aquellas horas de labor y tormentas y aguas barredoras.

Mérida fundada el 9 octubre de 1558, multiplicó sus fundaciones por la resistencia aborígen y/o la voluntad perfeccionista del conquistador español, hasta ubicarse en la gran meseta frente a la Sierra Nevada. Su lugar de hoy.

Dos ríos de aguas cristalinas y puras, juguetes de nuestra niñez la escoltaban ruidosos a ambos lados de la milenaria y acantilada meseta carcomida por siglos de erosión y agua, paredes llenas de trepadoras, hojas grandes y árboles de poderosas raíces. El río Chama que el español quiso llamar Guadiana - como el de la Mérida Española - siendo vencido por el mestizaje, y el indio siguió su nombre, venciéndolo como Río Chama; estaba al costado que da a la Sierra Nevada y el Río Albarregas que quedo como el Albarregas de la Mérida Española, lugar de fragua de los conquistadores quienes impusieron la repetición de aquel nombre español, igual a lo sucedido con el patrón de la ciudad... Santiago. Todo como sus bellas mujeres aliento para ganar el mundo femenino en Miss Universo.

La ciudad incansable en su largura tenía ocho calles y algunas otras que comunicaban las Parroquias. Muchas de ellas eran empedradas o de tierra, otras de un cemento pobre en mal estado, las aceras de cemento se ondulaban con la topografía, algunas tan altas que se alejaban drásticamente de la calle y otras casi a su nivel, el ladrillo muchas veces ayudaba mantenerlas vivas y transitables. Tenía en algunas calles canales de piedra que conducían cequiones sacados de los

ríos del norte de la ciudad que refrescaban y hacían más verde aquella apacible Villa con reminiscencias coloniales que pululaban en muchos de sus rincones.

Llegamos desde Valera, el carro y también nosotros veníamos como depositarios de aquel polvo chocante y puro de verano, traído, desde los caminos de tierra que nos comunicaban con Caracas y el Centro Nacional, polvo que arropaba las pestañas y el rostro. Los Centrales toleraban que los andinos fuéramos el “culo” venezolano pero los “gochos” arrechos nos hicieron cerebralmente la punta de lanza del país y por muchos, muchísimos lustros... cabeza del país unido.

Habíamos partido hacia Mérida desde «San Bernardo» en la Avenida los Jabillos de Caracas. En Caracas vivíamos mis padres y yo desde hacía pocos años. Los tres nos habíamos venido desde Mérida cuando papá fue requerido en la Consultoría Jurídica del Ministerio del Exterior en el gobierno de Eleazar López Contreras, yo había marchado desde Mérida en el vientre de mi madre y allí estuvimos hasta que las políticas de fricción del Lopecismo, el medinismo y el parrismo, habían chocado y mi padre debió salir de Abogado y Consultor en el Ministerio de Relaciones Exteriores regresando de inmediato a su querencia, Mérida, cuna y centro familiar y centenario de toda mi familia, el rincón más amado de mis dos familias. El regreso lo hicimos en tres etapas, las carreteras eran de tierra, salvo las de Caracas a Valencia donde pernotamos en la primera etapa, de allí en viaje largo y tedioso y lleno de sofocos y calor pasamos curvas y secanos de las quebradas cuarteadas de sol y sed de Carora, para llegar anocheciendo a Valera, esta fue nuestra segunda etapa allí dormimos y la tercera etapa Valera-Mérida, la concluimos en varias horas de subidas, bajadas y regresiones por un páramo azul, de frío seco y por una trasandina de polvos y mareos, con mal de páramo, hasta llegar a la anhelada Mérida.

El privilegio tropical de Mérida: sus nieves eternas se destacaban más en la Sierra Nevada, el Pico Bolívar; el Toro, frontal a la ciudad, la Concha y la Corona se distinguían entre aquellas aglomeraciones milenarias de roca azul y/o gris acero, años después distinguí más cercanos y refulgentes picos Humboldt y el Bonpland. Para entonces había más glaciares y la nieve ocupaba abundancia y más espacios que hoy. Las nevadas eran más comunes y había días fríos en que la nieve se veía en los picachos que rodean la ciudad, por todas partes y la

neblina hacía juegos románticos con las calles, envolviendo personas y cosas. La Sierra Nevada merideña es la heredera del Ande venezolano americano, está en su comienzo (al norte) o en su final, si empiezas a verlo desde el sur: Forma un macizo central de bellas formas que se ve rodeado de peñascos y bosques húmedos plagados de abundantes «barbas de palo» y de bromelías, que sólo encuentran competencia en las bellas bromelías guayanesas, la Sierra tiene a sus espaldas el llano barinés y se llega a él en escalones arbolados de escollos y riscos plagados de sucesivas caídas de agua transparente que hacen los ríos llaneros, entre el bosque que los protege y conduce. En su frente desde Mucuchies, los sotos, lomas y sierras menores que nos llevan hasta los pueblos del sur merideño, están los otros pueblos del páramo. La bella meseta que soporta la ciudad con un largo de unas 40 manzanas y calles que llenaban la meseta cortada por los cinceles milenarios del tiempo.

Hoy Mérida, la gran Mérida se salió de aquellos linderos que aprendimos a conocer desde niños y el crecimiento le permitió pasar ríos y conquistar espesuras y meterse entre la frondosidad de sus matas y ocupar sus vegas de ríos tormentosos, para hacerse más robusta e infinitamente más poblada y redonda, pero las continuas arboledas siguen rodeando y dando oxígeno a la ciudad cuya altura, vientos y aguas transparentes la hacen limpia en su diario transcurrir.

Aquellas tierras decisivas trepaban los cerros desde el Llano, que se ocultaban en prudencias de días, cubiertos de niebla o de su hija la neblina, que en arrebatos medievales silencian su ostentación de fundirse a las nubes que se hacen negras y visibles al preñarse de aguas que después se desprenden en copiosos aguaceros que apuran la nieve para dejarla en espléndidas capas al pie de los picachos dando albura a la medida; en todo habitó el cóndor el ave voladora más grande del mundo, que se elevaba soportado en sus inmensas alas para en negligencias de aleteo perecear el firmamento como un Ícaro viviente que observa planeando desde el cielo azul el suelo andino.

Aquel cóndor símbolo privilegiado del ande americano que pretendimos repoblar regresándolo a sus querencias merideñas. Siendo asesinado por medio-cres dirigentes con tristezas del bien ajeno. Otro ocupante de aquella frondosidad merideña, es el Oso Frontino que habita páramos y selvas donde devora el corazón delicado de las bromelias, es negro y tiene anteojos blancos.

Las Sierras son el esplendor de Mérida, depositaria absoluta de la admiración del visitante y se riega en los anchos macizos que ocupa los costados de la ciudad, encerrando su singularidad llena de colosos no repetidos.

La Sierra de la Culata, es hija de la Sierra Nevada que se separa de ella en Apartaderos de Mucuchies y se hace paralela para proteger la ciudad y su meseta. Más seca es la Sierra de la Culata, que da su espalda al lago de Maracaibo y a él le envía sus aguas, es más riscal y parece más cercana, más distante es el azul de su roca que se hace gris y la nieve se fue de ella hace siglos, sólo los días intensos merideños, la traen por horas a sus bellos picachos ubicados frente hasta el extenso y bello verde del Valle Grande. Entonces estaba llena de conejos, de allí su nombre de Páramo de los Conejos... en su frente cerros y picachos menores la separan de la meseta, llenándolos de frescor con sus quebradas y ríos, que buscan la ciudad para agregarse en su final a las aguas de los dos reyes del torrente merideño: el Chama y el Albarregas, unidos para siempre en la filuda meseta de Santiago de la Punta, antes de Ejido y mezclados seguían entonces limpios para sumarse en bello atropello de montaña a las aguas del lago de Maracaibo

Las Sierras nos enamoraron de por vida, nos sentimos protegidos por ellas y privilegiados de tenerlas, para saborear en sus torrentes y regazos, sus apetitosas aguas de cristal en los momentos intensos de agobio y sudores de montaña.

La casa de Ana Parra Picón estaba ubicada en una esquina de la calle Cerrada, (19) con la calle Bolívar (4) hoy Avenida. En su derredor la familia se apilona, pegada a su vivienda, estaba la casa paterna de mi madre, las dos formaban la casa de Caracciolo Parra Olmedo, divididas a su muerte. El ícono familiar que era la vieja tía -la vieja Anita así la llamaban los Parra Pérez -su copiosa edad y su trato y liderazgo, reunían allí tardes y noches llenas de sorpresas, curiosidades y anécdotas con personajes trascendentes, amigos y familiares de aquellos momentos. La Tía Anita se hizo en nosotros leyenda hermosa y profundamente



El “Alto Mando” Parra de izquierda a derecha: Maruja Parra de Picón, Hugo Parra Pérez, María Parra de Parra Sanojo; detrás Gabriel Parra Febres y Olga Parilli de Parra.

humana, que los Parra Picón y sus descendientes, han venido transmitiendo y lo seguiremos haciendo a nuestros vástagos por siempre.

Los solares y los “patios al sol”, que tanto impresionaron a Pierre Mirón, el querido y admirado consuegro, franco-canadiense, que los vió: como “casas abiertas por dentro”, nos decía lleno de exclamaciones y sorpresas, porque para él, el intenso frío y aguaceros “dentro” eran inimaginables. Aquellos patios eran lugares de expansión en las casas de pobres y ricos de aquel remoto tiempo.

En ellas habían árboles de sombra y sobre todo frutales, la higuera daba el cultivo delicado, habían limas, limones, mandarinas, cambures, aguacates, naranjas, granadas, nísperos, mamones y guanábanas, cuyo fruto en abundancia se encontraban deliciosamente maduros regados por el suelo. Los solares rodeados de paredes de tierra pisada, con barda de tejas, se encerraban a la intimidad de las familias. Algunos más acuciosos y conocedores completaban con huertos de exquisita cosecha. Las Tías Parra, me contaban del abuelo Senador Gabriel Parra Picón, pintor espontáneo y libre, cultivaba espárragos y criaba patos y conejos, para llenar nostalgias epicúreas tal vez.

El solar de la tía Anita fue mi paraíso. Con Félix lo conocí en sus distantes rincones y detalles, frente a él y bien cubierto de tejas se levantaba una construcción de piedra, dividida en módulos, uno con chécheres y objetos de limpieza, después un módulo tapado con alambre de gallinero en su frente contenía palomas gigantes cuyos pichones servían de dieta diaria a la tía, más allá uno idéntico pero más grandes contenía gallinas de postura y pollos de engorde, en un rincón abierto habían unas jaulas de conejos y al final un horno para pan, hecho de ladrillos y revestido de bello barro y un charco barroso aliviaba las necesidades de algunos patos que ocasionalmente calmaban la angustia diaria de los pollos gordos. El solar abierto era también habitado por algunos pavos de “Navidad”, abajo más lejos y al final, un cajón de abejas se cubría con un gran naranjo que le daba amplia sombra. Los frutales abundaban en él y su piso era de tierra suelta.

Otro rincón, con cerca de carruzo contenía una pequeña huerta, con pimentones, perejil, cebollín y ramas de aliño y otras siembras... era el abasto de la vieja Anita, cuidado con amor por Félix. En la casa de la tía Anita siempre había un gato que ella protegía con mimos para librarse de ratas y ratones. Había

morrocayos grandes y sueltos y dos cochinitos que devoraba desperdicios de la cocina y morían en cada navidad. Los patios centrales eran la zona social de la casa los días de sol, alrededor sus corredores grandes o pequeños contenían recibos y sillas sueltas para disfrutar la luz o contemplar los aguaceros merideños, entonces más vividos que hoy, y que construían escritores y poetas y disfrutaban humedades con olor a tierra. Los helechos abundaban por todas partes, las flores ocupaban tiestos viejos y de barro por todas partes.

Los solares tan especiales ayer; abundaban en la ciudad, eran muchos... sólo quiero recordar alguno. El de Hugo Parra Pérez competente médico rodeado de un amoroso pueblo que siempre lo quiso y creyó en el, era muy grande, estaba lleno de frutales y los Parra Febres, sus hijos; Hugo José, John, María Josefina y Alberto, disfrutaban de una estupenda piscina que a los primos y amigos también divertía. El solar en su corredor adyacente tenía una pesebrera con dos o tres vacas de ordeño y algún caballo traído de la hacienda, que pernotaba allí por días, recordamos a uno llamado tigre... cuyas chispas oscuras recordaban a los apalosa.

Las Tapias no eran un solar era una Hacienda Histórica propiedad de los primos Dávila-Celis, otras de nuestras ramas familiares, pero Las Tapias contenía dentro, restos auténticos de la colonia, había sido hacienda jesuítica y contenía una casa alta y austera bien conservada por la bella tía María Luisa Celis Briceño de Dávila. Tenía un corredor largo y dos niveles, pero vamos a sus solares: el de la cocina, donde muy ancho pasaba un cequíón lleno de peces y un bosque -jardín en el frente de la bella casona lleno de sombra y de frutales, con grandes árboles, en Las Tapias pasábamos largas tardes de diversión con los primos de la casa que se contaron al final por decenas, pues salieron de los ocho hijos de la tía María Luisa: Álvaro y Graciela Parra eran primos dobles y siempre solidarios, hoy con María Juana. Reina Maggiolo se acercaba más a mi edad con el querido Eloy Antonio Dávila compañero leal e inseparable de largas y difíciles luchas. Los demás... decenas, eran lejanos en la edad aquella; también estaban primos grandes Gustavo, Germán y María Luisa Briceño Dávila, entrañables. También moraba en las Tapias por temporadas pues tenía su casa en Mérida, la Tía Pepa, Josefa Antonia Celis Briceño, soltera, de hablar apagado que envolvía su especial discreción llena de educación bondad y siempre buen juicio. La Tía Pepa consentía nuestros caprichos.

Las Tapias era casi el medio camino del Pie del Llano a Santiago de la Punta, que había sido la Segunda Mérida, fundada después de la Mérida en San Juan de Lagunillas. En las casas de las haciendas de la ciudad se destacaban la de las Tapias, la de San Antonio de los hermanos Picón-Lares, la Concepción de doña Elena Dávila de Pardi y la de Francisco Antonio Uzcateguí de voluminoso trapiche y muchas extensiones y la de mi padre «Las Peñas» donde se desarrolló las Urbanizaciones Alto Chama y La Sabana.

Tomasita era una viejita gorda ¿de trapos o de carne? Que permanentemente cubría su cabeza con un paño negro cuyo mugre y uso lo hacían brillar. Era morena y pudo ser muy bonita mujer antes de su tercera edad, beata consumada salida de la estribación sur de Belén y llegaba a la ciudad penetrando en el templo del Carmen, en el iniciaba breves visitas a las Iglesias Corazón de Jesús, El Carmen, San Francisco y se perdía entre las casas en algunas de las cuales, Tomasita disponía de buen almuerzo, sin olvidar el toque en los zaguanes que le proveían su ingreso diario.



La vieja Mérida!!!

Capítulo II

La Mérida venezolana y sus techos rojos estaban divididos en cuadrículas como las ciudades romanas y después españolas. Había sido fundada -dijimos- en 1558 y al igual que la Emérita Augusta capital de la provincia de Lusitana Emérita significaban: "quien tiene mérito", era la Mérida Española que fue fundada 25 años antes, también con calles semejantes a un tablero de ajedrez, así vivió aquella hermana española hasta 1230 d. de c. fecha en la cual el cristianismo la conquistó con la orden de Santiago al frente, después de la dominación mora que apenas si dejó huella en sus románicos rincones. De esta Mérida románica -española, junto a Cáceres y Trujillo salieron los conquistadores a la América Hispana, los nuestros merideños también, de allí, el repetido nombre de Santiago, el de los Caballeros de Mérida: el del Valle de Santiago (San Cristóbal) y/o Santiago de León de Caracas y tantos otros Santiagos nacidos de la Conquista Española.

Aquella Mérida romana es al contrario de la nuestra, seca y los romanos requirieron de varios embalses allí para mantener el preciado líquido, era una ciudad singular fundada para el retiro en ella, de romanos célebres y merecedores de descansos privilegiados, por eso tenía como Roma: teatro, anfiteatro y uno de los circos más importantes del Imperio. Todo aquel entretenimiento pagano se



La vieja Mérida!!!

vino a menos, con la adopción del cristianismo por el emperador Constantino que consideró aquella diversión pecaminosa.

A esta Mérida nuestra, también se vinieron y siguen viniendo a habitarla emigrantes y personajes retirados, que enriquecían con su presencia prestigiosa y creadora la nueva ciudad, que fue labrando su figura desde los siglos XVIII, XIX y XX. La Mérida

venezolana había tenido también en sus inicios varios nombres: el fundador Juan Rodríguez Suárez la bautizó como Mérida; el segundo conquistador Juan de Maldonado en 1559 la llamó, San Juan de las Nieves, después se impuso el nombre de hoy: Santiago de los Caballeros de Mérida.

Los baños en el Río Albarregas que relataba mi padre y corrobora en sus espléndidos escritos Mariano Picón Salas eran célebres y de honda costumbre en aquellos tiempos de ellos. Los estudiantes descendían por las cuestas de la meseta al río Albarregas, armados de paños y jabones para un baño de recreo deseado en días especiales. Hacia la calle de los baños que después llamamos popularmente "Cuatro Piedras" era tan vieja como la ciudad y las mujeres alegres y liberales la escogieron para sus citas, por estar a pasos del río y facilitar asepsias.

Las tertulias en la casa de la tía Anita unificaban y divertían a la familia en las tardes o en las noches, según fuera el deseo de cada uno. Las vivimos con curiosidad de niños y muy intensamente, pues los personajes que las componían ya contaban con buena dosis de admiración y reconocimiento, no sólo de la Ciudad sino también en el País, los familiares llegados de otras tierras, los veíamos en la "Casa Social" de la tía Anita Parra, la familia era larga. Allí escuchábamos las deliciosas anécdotas de Caracciolo Parra Pérez, Eduardo y Roberto Picón Lares. El Doctor Hugo Parra Pérez era asiduo visitante. Los Gabaldón Parra y amigos entrañables de la familia como el general Godofredo Masini también podían verse allí. El tío Gabriel Parra Febres en sus viajes continuos a Mérida podíamos encontrarlo en ella, también iban Alberto y Abraham Parra Pérez, Hebe Parra de Gabaldon o los Carbonell Parra, María, Cira y María Luisa Chalbaud Cardona de Parra, todos rendían cariño a la tía... amor de todos. El relato era el centro de conversaciones, variadísimos cuentos de entierros, los espantos en los siglos, las ánimas y su actividad continua.

Hay una anécdota que recuerdo del abuelo Celis (Francisco Antonio) y mi padre de unos cinco años de edad y quien temía subir al entrepiso de madera del altillo, en la casa de los Celis, utilizado en las noches de temblores continuos y abundantes en la ciudad de la Sierra, mi padre muy pequeño decía que allí habían diablos, el abuelo, sin alterarse lo conminó a subir animándolo a tomar aquellos diablos por sus rabos y estrellarlos contra la pared, mi padre me recordaba que él muy animado con la arenga, subió a hacerlo... y al “no encontrarlos” perdió el miedo al diablo y a las oscuridades desde aquel día, de gran importancia para él.

Los desayunos en sillas de suela bien claveteada, donde la tía Anita eran extraordinarios; huevos morenos de yema naranja, y gruesa, la pizca andina, perico, pasteles, paledonias, carabinas, acemas y bizcochos torcidos salados o galletosos y dulces, natas, quesos ahumados blandos y huequeados y/o asados se unían a magníficas mantequillas parameras sin sal, a las que sumaban cuajadas blandas y chorizos andinos de excelente aliños y formas, arepas de maíz o harina, más todas las frutas posibles y los succulentos higos y aguacates y muchos días, los divinos chicharrones de puerco y el apetitoso cochino dorado y crujiente, todo acompañado del delicioso encurtido de la Tía un banquete que atenuaba el hambre... casi por el resto del día.

El Mercado Principal “quemado”, heredero del mercado colonial que sucedía en la plaza mayor, era área de los mejores eventos y donde se reunían los pobladores numerosos del contorno merideño, pueblos y aldeas, para comerciar animales y frutos. Este mercado viejo que conocí ocupaba casi una manzana, contenía una callejuela peatonal: El pasaje Tatuy, con la casa Silka, que operaba los sonidos y publicidad en vehículo por las calles de la ciudad, era del señor Jaimes y otras variadas quincallas, en su frente estaba la puerta occidental y una secuencia de carnicerías, conocida como pesas, fundamento del pasaje Tatuy, lleno de perros y con olores a veces nauseabundos de sangre y carne vieja, apenas si algún extranjero carnicero, disponía de alguna cava de enfriamiento, las pesas estaban provistas de ganchos donde se colgaban las piezas de carne y algunas puertas y frentes estaban forrados en tela metálica, para impedir el libre tránsito de un mosquero persistente habitante del lugar que se pegaba a los transeúntes fastidiando pieles.



El viejo Mercado.

El edificio del mercado tenía cuatro grandes rejas que se abrían temprano cada mañana, fue construido bajo el mandato de Hugo Parra Pérez como gobernador; tenía una doble altura y en su mezanina estaban los restaurantes populares y cocinas de muchas mujeres que preparaban hervidos, pasteles, chicharrones, mondongos y cochino frito. La puerta norte daba a la calle 21, en cuya cuadra se destacaba la farmacia del Doctor Enrique Burgoin; la puerta este daba a la calle (2) Lora y tenía la mayor actividad, locales de quincalla, frente a frente los campesinos se peleaban los clientes comerciando sus cargas desde las bestias. En la calle Lora Radio Universidad empezó a operar cuando se hizo mayor; en ese frente de gran actividad y movimiento.

La puerta sur en la calle 22, daba, al caminarla, a las escalinatas hacia el río Albarregas donde había nacido el primer barrio aglomerado y denso que conocí en la ciudad: el barrio Simón Bolívar; y en ella se destacaban la acreditada Corporación Vielma y el negocio de Don Marino Villamizar de alto prestigio en aquella ciudad y el gran supermercado del competente don Efraín Peña lleno de exquisiteces y comestibles y vinos importados, donde mercadeaba «la gran ciudad». Don Efraín estaba casado con Doña Carmencita, quienes formaron una numerosa y competente familia regada por el país, donde mis afectos especiales destacan a la bonita Zoila Peña de Dávila y la competente Ligia Peña de Febres entre muchas.

Los cuchitriles dentro y fuera se iban pegando a negocios más grandes para armar un rompecabezas de disímiles artesanías y mercancías que -como hoy- volvían locos a los turistas y forasteros. Por fuera y también en una línea la puerta este interna, en la Avenida 2 Lora, estaba repleta de quincallas de ropa y utensilios personales, labranza y/o cocina. Dentro del Mercado telas, sombreros, ruanas, sillas de montar, arreos de carga, cabuyas, alpargatas y duros zapatos de callos. En el centro los puestos de legumbres venidas del calor o del frío, llenaban los puestos de hormigón que se sucedían a un lado y otro de las caminerías internas del atractivo y popular lugar. Había uno o dos rincones donde algún curandero o herborista, vendía algún placebo y/o menjurge para enfermos o tronchados, que el



El Pasaje Tatuy y la Casa Silka.

sobandero “aliviaba”. Hojas con aromas, plantas y raíces para el «mal de amores», la tristeza, llevar a la buena fortuna o desprendemos de la pava y la fatalidad. Leí en algún buen autor académico inglés que combate parlanchines y timadores que «si un hombre, toma una cápsula con polvo de cuerno de rinoceronte (estímulo tradicional africano) y termina teniendo una erección del tamaño de un cuerno de rinoceronte, es su cerebro el que hizo el trabajo, no los ingredientes, en cambio si obtiene después de tomar “viagra” el mismo resultado es el flujo de sangre hacia el pene, producto de la ciencia, el que logró el resultado»...

Otros parameros, anunciaban el «Díctamo Real» mata y/o tierna hierba paramera que comen selectivamente lochas² y venados del páramo andino, es buscado para prolongar la vida y tener salud, nacido de una leyenda de Don Tulio el patriarca de las letras, cuando una doncella Mucutatuy –“Mistaja”- lo procuró en las alturas andinas para su reina moribunda curándola con aquel díctamo que tiene unos cinco o diez centímetros de altura y es escaso y codiciado con fe, por el campesino paramero de hoy. El chimó abundaba por todas partes, venía en hojas secas o cajeta y tenía precios por su calidad.

Afuera bueyes, mulas y burros esperaban a sus dueños para el regreso a las aldeas y contornos de dónde venían. Dentro salteaban en rincones la miel, los alfondoques, las melcochas en hojas de naranjo, los higos en miel, y los deliciosos helados de Marcelino; también trompos, cometas, artesanías de barro cocido, carbón y leña era una mínima parte de lo que allí se comerciaba. En los meses previos a la Navidad, para los pesebres se llenaba de tierras de colores, musgos, pastores y ovejas de anime artesanal, que vencían la voluntad de los forasteros, con los dulces de leche y abrillantados. Jaulas con bellos prisioneros venidos de tierras más cálidas, cargadas de pájaros picos de plata, loros, azulejos, gonzalicos, turpiales y pericos, también estaban allí, con musgos y líquenes de mil clases.

El Mercado tenía su mundo que vivía su bulla diaria o su silencio, era un gran atractivo para alcohólicos y tolondrones de la ciudad. En la puerta sur, sobre costales o sacos de cemento, descansaba cantando “Pildorin”, tenía llagosa y sanguinolenta una de sus piernas, era un hombre moreno, colorado por el alcohol, que tenía una excelente voz y estrujaba su guitarra con vehemencia para extasiar la calle y detener al peatón.

² Venadito enano andino.

*Cuatro milpas
tan solo han quedado
de aquel campo que era mío...
AAAAAY...AAY...AAY; ¡Cantaba siempre!
¡Bien borracho! "Jumo" decía el pueblo...*

Así pasaba el día para beberse la noche, era grueso y de bigotes chapuceros, a lo mexicano, y llevaba un sombrero negro desorganizado, alguna vez quisimos llevármolo a dar serenatas, el jamás accedió a abandonar su lugar. Más allá de aquella puerta estaba el carro –parrilla a cargo de “culo e plomo”, su nombre difuso en el recuerdo era Ángel, bajito y aplastado y grueso como un tanqucito de guerra, se le asomaban los músculos de sus brazos desde unas apretadas mangas, era violento y agresivo, poco hablador y atacaba nuestras manos con su cuchillo, cuando estas pretendían tomar de su carro algún filito de carne o yuca para probarla. El grito escondido de “culo e plomo:” era suficiente, para abandonar su lugar de trabajo cuchillo en mano y procurar corriendo al ofensor. Ángel y otros parrilleros, motorizaban la vida nocturna del mercado merideño, rodeado de borrachitos y estudiantes trasnochadores que devorábamos las parrillas adornadas de variados picantes y excelentes sabores en madrugadas de hambre, decían que no era un disparate pensar que como los chinos, consciente o inconscientemente comimos perro, el cual con buen adobo, ají, ron y hambre, a las tres de la madrugada, puede resultar exquisito...



La Avenida Independencia frente al Rectorado de la Universidad.

Había un día de lavado a fondo en el viejo mercado. Los lunes era el día estelar cuando los mejores frutos y cosas exóticas se exhibían, la gente se apretaba en sus pasillos internos y en las calles que lo rodeaban, en la tarde el suelo estaba esterado de gruesos escupitajos de chimó andino, escupitajos que a veces en el cemento de su suelo, dibujaban abstracciones curiosas en matices y formas del buen arte de pintar «manchas», como concebía la pintura

abstracta el magnífico pintor de nuestra Catedral, Ivan Belsky...amigo de años. «Mucuchíes», era otro comerciante trotamundo del mercado. Vendía barajitas de colección o moda, cabuyas o costales, era muy alto y colorado en su blancura, usaba un cantinflerico y lacio bigote y se arremangada los pantalones para evitar a la tela, arañar las llagas supurantes en sus dos piernas, que fueron atajando la vivacidad de su vida, hasta sentarlo en un banco y después matarlo, pues no le volvimos a ver jamás. En las puertas se estacionaba con sus jaulas y parapetos un hombrecito pequeño y muy delgado, pobre de color vital, de camisa blanca siempre limpia y pantalones negros, era el dueño del «periquito de la suerte», que sacaba con su pico un papelito dentro de un montón de ellos y lo dejaba caer en su jaulita, el papel era leído por el interesado, quien pagaba previamente 0.50 bolívares, un real, una cola de tres o cuatro fámulas esperaban turno para saber su destino amoroso...

Niños, nos gustaba recorrer el mercado, perder buen tiempo viendo sus rincones con Félix el memo de la Tía Anita, Félix no miraba tanto las mujeres como lo hacía Vicente Nieto, que le bailaban los ojos y disparaba comentarios "instructivos" y de gran detalle mágicos para mí, pues me iba descubriendo vida... En la puerta de arriba en la calle con el piso lleno de conchas maduras de cambur pintón estaba a veces un amolador de cuchillos siempre le vi cara de portugués, era gordo o casi gordo, bajo, bajito y a mí me producía angustia verlo amolar sin atender el cuchillo que andaba sobre una piedra que hacía girar con su pie, esto lo hacía así, pues estaba pendiente de las mujeres que le pasaban cerca, para piroppear su caminar, que ellas aceleraban al estar cerca del amolador mientras las rastreaba con alegres ojos y agresivos piropos.

Pasando la calle transversal Norte, habían dos o tres talabarteros que hacían sillas de montar de pico muy alto y buen cuero, eran las que gustaban a los campesinos andinos, lo aprendimos, en las largas jornadas a los Pueblos del Sur o por los Páramos de Mucuchies donde el negro Moreno, nos acompañaba en largos caminos, buscando buenas lagunas para sacar la trucha. En un rincón del mercado que no precisamos ahora, estaban dos viejitos, ella vestía un camisón largo que enseñaba un gran coto andino en su cuello -falta de yodo- la vieja era peleona, diría, el viejo comía o mascaba chimo exageradamente, vendían aliño y ramitas para condimentar la cocina, el lugar olía a gloria, la querida Crecencia

Rujano era cliente asidua de estos viejos, que tenían unos costalitos con polvos, puedo creer que de pimienta, ají, pimentón etc., y que se yo... especies.

Félix que era compañero de travesías en el mercado, más en tiempos de niño temprano, me alertaba “cuidado con aquel hijoputa de alpargatas azules, es un ratero, que está cazando pendejos, cuidado» y se atravesaba entre el rato y yo... yo, seguía sus consejos al pie de la letra, de repente me decía «aguántese tantico niño, que quiero acomodarme esta joda que se me cae», y zafando el nudo de la cabuya, que sustentaba sus pantalones chutos... dos cuartas arriba del pie, la anudaba nuevamente, quedando sus brinca pozos³ ajustados.

Había una boba joven y pícara, cuyos ojos seguían coquetamente a Félix, este se daba cuenta y me comentaba, “no la mire, quien va a saber que quiere esa coña” y seguía con su presunción ¡“esa boba del coño, a lo mejor lo que quiere es que yo le hable... no joda!” La boba nos siguió atrás, unos pasos y al ver nuestra indiferencia, se perdió en el tumulto oloroso de los lunes de mercado. La boca de Félix enseñó mis primeras groserías que él soltaba simpáticamente, delante de quien fuera, jamás frente a la tía Anita a la que veneraba.

En la puerta sur del mercado, solía estar un niño -casi bebe-, hidrocefálico, con una cara diminuta y una cabeza gigantesca con un taco cromado enterrado en ella, que operaba como válvula. Era pelón, muy blanco y de mirada triste y lo depositaba su mamá andrajosa y llena de pobreza, en un cajón mugriento, acolchonado de trapos inmundos. La mujer recibía una limosna continua y ¡popular! La hidrocefalia es una acumulación del líquido en los ventrículos del cerebro y hace crecer la cabeza descomunadamente y es una enfermedad que puede ser congénita, a todos nos llamaba la atención y entristecería aquel cuadro dantesco y cruel... Con los años aquel recuerdo, no deseado nos hacía reflexionar sobre la eugenesia y la eutanasia, que llegan a despojarnos la vida. El tema de discusión sobre ellas ha resultado difícil para la humanidad, sobre todo después que Nietzsche y el nazismo que las practicó, impulsaban a su conveniencia total como “higiene racial”, los últimos y con el aplomo y aspereza y de un duro cinismo el primero, esto marco un tabú sobre el tema.

Ya Aristóteles se preguntaba “sobre la obligación de criar un niño defectuoso”. La eugenesia era aceptada por los espartanos y atenienses y Platón

³ Brinca pozos, pantalones chutos casi a media pierna.

creía en la necesaria eliminación de los débiles. Han sido los países anglosajones los que con mayor aceptación han promovido, aceptado y legislado sobre el difícilísimo y controversial tema: en 1922, Suecia legisló sobre ello; en 1929 Suiza aceptó legalmente la esterilización de los enfermos mentales. El aborto hoy es centro político, social y religioso del complicado tema.

Nuevos elementos hoy han revivido y dado soporte a reflexiones en favor de aquellas prácticas, al utilizar su aplicación como un derecho del hombre en función de su libertad: “todos los seres humanos nacen libres e iguales...” por la libertad de cada uno la dignidad humana, toma más volumen e importancia al debatir el difícil tema. Generalizar la aceptación o rechazo de esta conflictiva verdad, luce radicalmente irresponsable, señalar en cada decisión su aceptación o rechazo pues éste debe nacer de la voluntad del afectado (si éste tuviera conciencia) o en su defecto de los suyos en afecto y familia.

La eutanasia suele confundirse con el “suicidio asistido” que pensamos es en relación directa, con la libertad de cada individuo. La palabra eutanasia viene del griego y significa “buena muerte”. La Real Academia ha venido cambiando su definición al paso del tiempo: “muerte sin sufrimiento”; otra “evitar sufrimiento a pacientes desahuciados” con el consentimiento de éste, para concluir que lo que pudiera moralizar y hacer ética su accionar, es que sea voluntaria, en casos médicos irreversibles. Los que se oponen a ella, la consideran “una forma de homicidio”.

Nos tocó ver otros casos similares en nuestros largos recorridos interiores y políticos, y recordar al bebe de cabeza grande de la puerta sur del mercado viejo, el niño que tanta mortificación causaba a todos... las discapacidades sufridas por el hombre sin esperanza de regreso nos hacía recordar aquel trágico bebe, a la eugenesia, a la eutanasia, sin la ilusión de la espera... de esperanza.

En aquella Mérida no había semáforos, y los carros se atascaban alrededor del Mercado, entonces los pitos de algunos policías en las trabadas esquinas, se hacían ruidosos y persistentes..! era el unico lugar de colas vehiculares;

El día menos esperado aquel lugar especial donde blancos y negros, creyentes y paganos, bonitos y feos, se reunían, se quemó en el silencio de una acusación formal, como el Mercado en San Cristóbal, fue una forma “sin violencia” de “salir” de él, en su lugar una pesada construcción sin estacionamientos, colapsó el Centro de la Ciudad. No se dieron nuestros sueños con el Gobernador

Germán Briceño Ferrigni, el Arquitecto Claudio Corredor Muller y quien escribe, de construir un mega mercado colonial, con estacionamiento para cientos de carros y turistas y una estructura de barro, piedras y tejas andinas, que albergará arte, artesanías, quincallas y comestibles andinos del lugar y que hiciera eco nacional... ya no podíamos hacerlo en San Juan de Lagunilla o en la Hacienda La Concepción al sur de la ciudad, Lorenzo Fernández había perdido...

Los lunes o viernes también llegaban a las casas de hacendados o conuqueros, una modalidad que llamábamos "El Hatillo", venía en un burrito o mula, cargada con productos de la finca; leña, carbón, papelón, frutas, huevos, hortalizas y la leche fresca, cambures, frutas, cuajada, naranjas, mantequilla, plátanos, queso y algún otro producto salido de cada tierra de la labranza cercana a la ciudad o de las haciendas del contorno.

El "servicio de transporte" desde el mercado, lo hacían muchachos apostados en sus puertas, contratados por señoras, tenían costales y una carreta manual, un híbrido entre la garrucha y/o carretilla, hecho con un viejo cajón al que colocaban ruedas -rolineras de patín-, móviles y atrás un mango cerrado en "U" al que colocaban bridas de cables viejos para accionar esas ruedas delanteras, en un costal colocaban los paquetes (pocas bolsas) que contenían los comestibles adquiridos y los metían en ese cajón y partían al lugar siempre cercano, para hacer aquel primitivo y reducido transporte, si era al sur (bajando), el viaje de carga se convertía en juguete manipulado por el muchacho, que lo conducía semisentado en un costado y rodaba libre por la pendiente merideña, si era al norte (subiendo) el viaje se convertía en un gran esfuerzo, para llevar la carga... hasta la casa de la Señora que le contrataba más que "costosas" bolsas, los comerciantes usaban envoltorios de periódicos viejos, en ellos se envolvía la carne adquirida.

Etelbina era una mujer; la cual, más ratos que menos, era bastante distraída, de pelo largo, pero ella lo sujetaba a manera de moño muy alborotado, blanca y con vestidos mayores a su talla, Etelbina; vivía en los contornos del mercado y/o en el centro de la ciudad haciendo pequeños mandados y llevando recados entre casas, de lo cual vivía. Nunca supimos donde habitaba Etelbina, era una realidad repetida en su tiempo y un personaje popular entre casas de la ciudad.

La “Media Misa” acudía a los templos fundamentalmente a la Capilla del Carmen y el Sagrario. La “Media Misa” usaba ropa muy holgada, grande, —como los chamos de hoy—, su falda se chorreaba después de las rodillas como le diera la gana, tanto, como para no tapar unas medias de nailon escurridas y arrugadas que bailaban entre sus canillas, tratando de tapar sus temblorosos tacones, que pretendían conservar altura a pesar del destrozado andar de quien los comandaban vibrando inseguros. Dos o tres carteras viejas y rotas la acompañaban siempre, con un sombrero cursi y de vivo color; infaltable, del que caía un imperceptible velo, que tapaba su cara en transparencias de dejarla ver. Un garrote denso y magistralmente manejado por ella, cargaba las costillas o cabeza del que le llamara “Media Misa”, ella agregaba, “mi nombre es Carmela hijo e ´puta”, decía repetidamente. Llegaba siempre a la mitad de la Misa. Había otra amada por el pueblo merideño era Petrica, una vieja de cara aguda muy blanca de nariz aguileña y pelo recogido, llevaba un sombrero de paja y un ramo de flores que ella repartía de su cuenta en las iglesias de la ciudad, así pasaba el día con su voz chillona.

La Ciudad ecológica de entonces permitía y animaba la existencia y presencia activa, de niguas, pulgas, piojos y garrapatas. Las niguas abundaban en los pies, si les permitías convivir, se metían debajo de la piel o entre las uñas, mi padre pudo sacarme dos o tres, era experto y dedicado con una aguja expulsándolas; mantenían una picazón insoportable pero curiosamente agradable; las pulgas eran más grandes, ácaros rojizos, que picaban y se iban se movilizaban con increíbles saltos; los piojos abundaban en el Colegio nadie sabía quién los traía, sus huevos eran llamados liendres y eran de color claro al oscuro. alguna vez vimos compañeros con el pelo raspado, cocoliso y al indagar, nos confesaban que la mamá no había podido acabar los piojos de otra forma; la garrapatas eran comunes al ir a potreros y estancias de animales, se adherían firmemente a la piel y producían un picor que a veces era placentero e intenso, no salían con facilidad, mi padre relataba que el abuelo Celis, las sacaba con un trapo embebido en miche (aguardiente merideño) con el cual se humedecía el cuerpo y éstas abandonaban su lugar en el. Pulgas y garrapatas podían transmitirnos enfermedades severas.

Las ladillas eran poderosas, se instalaban en zonas de pelos especiales en persistencia, un viejo chiste calificaba su presencia para ahuyentarlas, rociabas

con miche claro la zona invadida y esperabas un rato suficiente después salpicabas la zona de arena y borrachas las ladillas se cogían a pedradas, matándose y desapareciendo todas.

Mi madre me entregaba increíbles relatos de unas pulgas amaestradas que ella vio en París, para mí fueron siempre fantasías inconcebibles. Donato era en los tiempos más jóvenes de la tía Anita, un “memo” de mandados que en su abandono y pie en el suelo, vivía “cundido” de niguas, que penetraban las plantas y alrededores de sus pies, las tías como acción de caridad, recogían periódicamente a Donato y con una filosa navaja, le rebanaban la piel callosa de la planta de sus pies para sacar las decenas y decenas de niguas que estos callos portaban, después relataba mi madre, en una ponchera llena de miche (aguardiente), le metían aquellos pies y el memo bramaba de ardor; dándole las tías posada y comida por unos días, mientras Donato recuperaba el aliento y volvía a su puesto de activo caminador y mandadero. Donato admiraba la milicia y vivía en botiquines y comercios detrás de los soldados los días libres de estos, un día se liaron a golpes dos soldados, el memo trató de separarlos y éstos en su pugilato, lo empujaron perdiendo Donato el equilibrio y llevando su nuca hasta el filo de la acera, donde murió en forma instantánea.

Muerto el abuelo, mamita María Febres Cordero de Parra, la abuela perlada, bella y adorada de todos, pasado un tiempo se fue con los hijos solteros a pasar una temporada en Europa, escogieron París... Había allí parientes y estuvieron dos o más años, mi madre adoro o adoraba la cultura francesa y en este lapso la hizo más suya. A la abuela Anita Briceño de Celis, no llegue a conocerla murió dolorosamente para todos mucho años antes de yo nacer. “Mamita María” fue la única abuela que conocí, era linda en su suave ancianidad, consentida de todos, se sentía... y lo era, reina de la casa, en la Avenida los Samanes en la Florida de Caracas, donde la familia y las decenas ligadas a ella, acudían a interminables y soñadas tardes de tertulias y encuentros de intensos afectos. Era una viejita que se cuidaba y la cuidaban, de pelo y moño amarillo, el toque de su piel era caricia, su amor infinito la hacía carismática para sus adorados nietos, que dábamos por ella...la vida. Sus arrugas fueron siempre juveniles, hasta los 93 años que se nos fue.

Había un viejo ilustre, muy culto, que bebía... los amigos lo buscaban para compinche de botellas, él salía de su solariega casa y les pedía unos momentos

para hacer su ritual; entonces el anciano, se colocaba en el centro de la Avenida larga donde vivía y decía... “en el nombre del padre y dirigiendo su dedo índice hacia Milla, hacia una ruidosa puñeta; del hijo y dirigiéndose el índice hacia el Llano (sur) hacia otra ruidosa puñeta; y del Espíritu Santo y su puñeta con el índice muy rígido lo dirigía hacia Belén y terminaba el ceremonial dirigiendo su dedo hacia el Albarregas de la Avenida Lora, diciendo... Amen sonando su bulliciosa puñeta con energía y diciéndoles a los amigos, “ya quedó dada la bendición a esta Ciudad del C...” y se iban todos a libar con el talentoso letrado, respetado por la ciudad que ignoraba sus bendiciones pero que lo admiraba profundamente por el brillo de su talento y el trazo de su prodigiosa pluma.



Carmela... la media misa. (Foto colección Gustavo Febres Cordero)

Capítulo III

Las delicatesses como le llaman hoy a los platos y bocados singulares y/o exóticos para el paladar o el bolsillo, eran en aquellos días de la tan distante niñez, muy especiales y todos los disfrutamos, los criollos de manera especial que ayudaban a una convivencia social fraternal. Las artesanías y cocinas merideñas tenían mas fama en el país.

Los dulces abrigados (con cristales de azúcar y llenos de dulce de leche) y los higos cubiertos, eran emblema de la ciudad Andina. Todos los artesanos de bocados de calle, remarcaban su anuncio agregando que eran “de parte (casa) aseada...” “Los caramelitos de goma...” “dos por centavo y cinco por una locha”, gritaba en constancia permanente, —el muchacho “pelo pelón”—que los vendía. Nunca supimos cómo y dónde los hacían, sólo sabíamos que salían de una casa hoy desaparecida que parecía abandonada, ubicada donde hoy está la Biblioteca Bolivariana construida por el gran arquitecto Claudio Corredor Muller, en el gobierno de Germán Briceño Ferigni progresista siempre. Los “caramelitos de goma”, no eran “gomosos”, al contrario duros como cristal de caramelo y de mil colores: amarillos, verdes, rojos anaranjados, los llevaban en una troja aparatosa con un grueso palo central de anime, donde los clavaban, pues estos caramelos tipo chupeta, iban adheridos a una estaquita (de bambú?), cubiertos por un «parapeto» cilíndrico, forrado en tela metálica que quería evitar a las espontáneas moscas de entonces... “los caramelitos de goma”, dos por centavo... y los chorizos merideños y de Ejido eran irrepetibles, al igual que las morcillas y los chicharrones de puerco, todos deliciosos. Los pasteles, aparecían en muchos lados, muchachos con canastos repletos de ellos y un frasco de vidrio con un sugestivo picante, esperaban en las entradas del mercado, a la salida de los cines o del estadio, a sus ávidos clientes.

Habían melcochas de papelón envueltas en hojas de naranjo y/o enrollada como espárragos gigantes en un papel blanco de pulpería, éstas con los dulces de leche, que como damas españolas triples, hacían el dulce suave por dentro y eran con los coquitos cubiertos de caramelo amarillo transparente, las delicias

de la pulpería de Gerardo Araujo, ubicada cuadra arriba por la Avenida Zerpa del colegio San José. Gerardo años después, nos vendería -de 12 años- los cigarros «pantalón corto» (contrabando) Lucky Strike, Malboro rojo, que en aquella edad fumábamos en noches de retreta en la plaza Bolívar; los cigarros Camel, Fortuna, Mentolados, Capitolio y Bandera Roja también fueron famosos.

Mérida y su hermano Ejido, estaban repletos de trapiches, éstos eran los clubs en haciendas pueblerinas o solitarias, allí se reunían peonadas o conversar y en algunas fincas a jugar unas cartas, tenían una aroma de miel con olores únicos y agradables que disfrutábamos, todos pues todos contábamos con algún amigo hacendado, allí había bagazo seco, “hecho,” para las batallas cuerpo a cuerpo, o los saltos al vacío y regalaban fresco de guarapo de caña con limón a los sedientos. Perlatino era fondero de la Hacienda de La Punta, nos hacía melcochas, con su aliento etílico y sus manazas de oso gris, cuyos dedos gruesos jalaban y jalaban la miel, salida de la quinta paila de hirviente guarapo ya amelcochada, hasta darle la consistencia deliciosa y «sacamuelas» que él sabía lograr: «Perla...» amigo viejo de mi infancia, hago un homenaje a tu hermoso recuerdo, de hombre humilde y paciente amigo de los niños. Era el mejor fondero⁴.

“El Gran Detal” de Don Enrique Hernández y su competente esposa, era el líder de los heladeros del norte de la ciudad, helado salido de una máquina del vendedor que los entorchaba en una deliciosa y muy cremosa barquilla de vainilla y/o mantecado. Estaba aquel negocio, bien apertrechado de golosinas variadas e importadas y ubicado frente al viejo correo y el negocio de don José María Aranguren, fuerte exportador de café de la ciudad y casi diagonal a la legendaria Botica de Don Mario Valeri Povolini “La Vencedora”, milagro médico para los humildes y amigo del Doctor Hugo Parra Pérez, que visitaba a Don Mario en procura de apoyos medicinales para él o sus pobres, a la media mañana y en pantuflas. Don Mario Valeri era Abogado, tenía ágil figura en su vejez pequeña, muy blanco y creo recordar en él, unos populosos mostachos generosos, él nos vendía “azúcar candy”, no conozco su uso farmacéutico, pero por un real nos llenaban una pequeña bolsa con los cristales duros como diamante bruto de azúcar candy que parecía venir originalmente como rosario, pues a veces traía cuerdas incrustadas que ataban uno del otro. La Botica La Vencedora había

⁴ Fondero: procesador en trapiches del jugo de caña de azúcar.

llenado el vacío dejado por la Botica excelente de Don Adolfo Briceño, y fue el origen de la gran industria Merideña “Laboratorio Valmorca” fundados por su competente hijo Doctor Ezio Valeri Moreno, esposo de la admirada prima Augusta Dávila Celis. Don Costantino Valeri (padre) era amigo del abuelo Francisco Antonio Celis, a tal punto que cada uno —recíprocamente— mantenía una silla especial en sus bibliotecas, en ellas pasaban horas de alternadas tertulias. Mérida era reina de las arepas andinas, de maíz y las más famosas en el país: las arepas de trigo (harina), la chicha se tomaba en abundancia en el viejo Mercado merideño, al igual que los cepillados de hielo con jarabe. Mi padre relataba que los merideños conocimos y utilizamos el hielo antes que todos los venezolanos, pues los campesinos lo comerciaban en mulas trayéndolos de las glaciales de la Sierra cada lunes al mercado decenas de años antes de conocerse la electricidad.

Los ricos morones, estaban en pulperías y pregonados en las calles largas y solas de aquella Mérida superior que se nos fue, también había melindres, almidones y alfeñiques.

En la Parroquia del Llano, estaba la gran panadería de Don Ramón Lamus, era difícil conseguir otra de tanta calidad, su pan fresco y unas paledonias y mojicones increíbles, con panes dulces de panela, los hacían singulares. Había templones, cucas y alfondoques. Don Ramón era el esposo de una líder de la ciudad Doña Marcolina, madre de Carmen Elena Lamus de Guillen que siguió los pasos de su honorable casa. Una de las grandes bodegas — abastos, era el de Don Azael Lobo, quien vendía polvorosas y dulces de leche, estaba en esquina de la Avenida Zerpa con calle 19: Los churros por la Avenida Bolívar arriba de la Torre eran demanda continua de la ciudad. La hija de Don Azael era bonita.

El tostonero, era un negro ébano muy oscuro, trinitario, que tenía acento de «Musiu»⁵ (extranjero) flaco y ágil, gritaba sus tostones de plátano, crocantes, en la Plaza Bolívar y los alrededores del viejo mercado. “tostón, tostón... tostonero” gritaba el simpático negro, que aparecía y desaparecía el día menos esperado en aquella Mérida con escasa variedad de colores y forasteros exóticos... e igual no lo volvimos a ver.

Reconozco ahora viejo y operado, que mi vida la han ido devorando los quesos madurados y artesanales, pero también aquellos tiernos merideños de

⁵ Musiu: Termino dado en Mérida a los extranjeros.

mi niñez y los del adorado tío Gabriel, que me enseñó a comerlos. Entonces los quesos blandos ahumados del Valle Grande, o los duros de Mucuchíes y los de los Pueblos del Sur, asados eran nuestra delicia. Los había de todos tamaños y algunos venían como las ricas cuajadas merideñas envueltos en hojas de frailejón u hojas de plátano, con las mantequillas y natas merideñas se hacían parte de los succulentos desayunos de los pobres y los ricos merideños de entonces.

Me crié entre deliciosas hoy casi ausentes papas fritas. Mi madre de cultura poco anglosajona y muy latina, francesa, las amaba y era sabia en enseñar a degustarlas, ahora recuerdo algunas, concreto tres: una como cabellos gruesos, muy crocantes, las llamaba “papas de Crecencia” la compañera de mamá, siempre me desviví y desvivo por ellas...; las papas fritas transparentes y delgadas casi como papel de seda del hermano jesuita, cocinero del Colegio... el hermano Amadeo Odrizzola, era un vasco afable y simpático, de intenso y abundante pelo negro, clarete, de piel rosada, que destacaba más su blancura, las manazas eran callosas, por los golpes diarios en sus atardeceres de pelota vasca que jugaba con otro hermano, el Jesuita José Antonio Lascano, quien era administrador de la Hacienda del Colegio, de donde salían cochinos, legumbres y hortalizas en abundancia para el comedor Colegial o el hermano Joaquín Igoa otro de manos de acero. Odrizzola, era el causante con sus gozadas papas fritas de los alborotos y peleas, en el comedor de los mayores por devorar aquel deleite de papas, cuyo orden de reparto era desafío para todos; y las terceras, las papas fritas del viejo Restaurant “Chipen” de la Avenida Independencia, con calle 25, no conocí la mano sabia que las freía, pero salían de allí bolsas y bolsas de aquellas papas de leyenda.

La enfermedad de los “chamos” de hoy, es “un virus”, denominación “sabidamente” utilizada por los galenos del siglo XXI, cuando ignoran lo que se tiene... ¡virus! es la “salvación médica” de hoy. En aquella Mérida, fría colmada de humedad, frío, neblina y matas verdes y frescas, no era difícil tener calenturas; es “calentura de pollo”, repetía mi padre a mamá para que no creciera su alarma y sus angustias ante las fiebres frecuentes que llegaban por la vacunación diaria y natural que inoculaban potreros aguas y bosques de aquella Mérida, tan ecológica y llena de aguaceros, sufridos en el ejercicio de una libertad casi absoluta que todos teníamos. Eran fiebres estomacales y/o griposas, algunas desapare-

cieron con las amígdalas extirpadas por las manos sabias del cirujano eminente merideño, el Doctor Elbano Adriani, hoy pensamos que nuestra “antigüedad” es severa, puesto que entonces nos durmieron con éter; del cual recordamos una enorme vejiga como bomba amarillenta aplastándonos el rostro. En casa no podíamos estar mejor; dos médicos también eminentes y sabios, ejercían con nosotros como “médicos de familia”, institución que el mundo hoy -inútilmente- busca y no logra tener; pues falta el afecto y/o la solidaridad social y humana, que éstos dos primos tenían en abundancia, uno más viejo y otro joven: el Doctor Hugo Parra Pérez, después, a pasos de mi casa, llegaba con un carraspear que yo de lejos conocía, acompañado de una inconfundible tos de buen fumador; unas manos fuertes y venosas -que estoy viendo -tomaban mi pulso y con una cuchara que aplastaba mi lengua, que retaba un regreso gástrico, para ver con una linterna de mi madre “enfermera” mi garganta, después veía las mucosidades de mis ojos, para agregar la medicina recomendada y una cantaleta que me hacía feliz, pues no llevaba implícita inyecciones, ni lavados por el recto de agua caliente y sal de glober y agregaba simpático y sonreído “Cochuelo (mi madre) Don Bernardo tiene una calentura que pasará en dos días, estén tranquilos...” y sin despedirse, abandonaba la habitación y nosotros éramos felices de la partida sin regreso del querido galeno; el otro entonces joven médico y clínico sabio, de fama entre sus Colegas, era Eloy Dávila Celis, sobrino preferido de mi padre y asiduo diariamente a las tertulias de mi casa, suelto y más liberal, ponía su mano abajo de mi cachete y riendo con mamá agregaba «una bobería de fiebre que pasará en dos o tres días, no lo deje levantarse, ni agitarse»; la palabra de Eloy se cumplía y todo terminaba. Ambos habían sido o eran políticos; el Dr. Hugo -como yo lo llamaba- Gobernador, Ministro y Jefe del Parrismo merideño y Eloy excelente clínico, Rector de la Universidad Central de Venezuela, llevado de Mérida a Caracas por su fama y competencia. Las fomentadoras calientes, las inyecciones y los lavados de estómago eran incómodos acompañantes en las calenturas, sarampiones y lechinas de aquella Mérida poco movida y pacífica. Este dúo tan querido y respetado en mis casas, se vio reforzado por otro joven médico -Radiólogo, a quien quise como el hermano que no tuve: Gabriel Gonzalo Picón Parra, hijo de la Tía Maruja y casi hijo de mi madre y su hermana Ana Parra Febres, se especializó en México, ha sido uno de los mejores Radiólogos

venezolanos, consultado por Colegas de Caracas, y precursor de la Tecnología Médica en Mérida, con tecnología y los equipos que montó en su excelente consultorio, convertido por sus colegas como Centro de diagnóstico; se casó con Gloria Bermúdez Briceño otra prima, que tal vez fue la mujer más bella de su tiempo. Especializado, se vino a Mérida a ejercer. Gabriel fue extraordinario confesor de mis problemas y hermano siempre diligente para ayudarnos a pensar mejor:

“Talalo” lo llamábamos, era hijo de Roberto Picón Lares Rector, escritor y tribuno poco repetido, hijo este del escritor de Mérida Gonzalo Picón Febres, su madre era la Tía Maruja Parra Febres, inteligentísima mujer de análisis espectaculares, hermana de mi madre, Tía con la que mantuve gustosas y largas tertulias y ame profundamente hasta su final.

Las barajitas de colección y los álbumes de animales y/o peloteros se acompañaban de un infame y “vencido” caramelo pegajoso. Ofrecían como premios al ser llenados -cosa que rara vez sucedía- patines de rápidas rolineras y bicicletas... que nunca rodaban. Era espléndida la colección y álbum de todos los peloteros de las ligas mayores que acuciosamente llenaba mi hermano de tiempos consecuentes y viejos Gilberto Sandía Briceño(+), Gilberto era muy blanco, alto, bien construido y «tartajo» cuando quería, pues había que oírlo cantar... igual que hoy mi hermano político Gonzalo Vargas Burguera, también tártago para los exámenes o ante alguna mujer que «les moviera de frente el piso». Aquella colección que Gilberto llevaba con auxilio (s) de Román Eduardo su recordado hermano, que se fue tan temprano y Alvarito Sandía, el compadre, primo hermano doble de los dos, que era menor que todos, pero solidario y dueño de una singular prudencia y hoy abogado exitoso.

Se vendían muchos manjares caseros que se ofrecían muchas veces de puerta en puerta. El grito del campesino paramero y/o interiorano al tocar la romanilla de las casas de zaguán, era: iipaaa...iipaaa, cuando sentía demoras para atender su fuerte golpeteo con el nudo de los dedos, repetía más iipaaa... no hay gente...iipaaa...

El encurtido de la “niña Anita” se vendía para San Cristóbal, Colombia, Valera y hasta... Caracas lo devoraba, muchos políticos de entonces viajaban

a la capital con un buen frasco del gustoso encurtido, para obsequiarlo a sus “jefes”, no era ají, pues podía picar mucho o poco. Dijimos que compuesto de «secretos» parameros: retoños de fique, y pajitas y matas tiernas del páramo que en muchas variedades vimos, pero no conocimos por sus nombres. El solo olor del encurtido abría un apetito voraz, la tía Anita siempre consentidora de mi madre, mandaba dos frascos para la casa: el de papá lleno de liliputienses ajíes korito colorados y amarillos otros, y otro frasco casi sin picante para los demás, éste era el encurtido, una de las delicias que en humildad plena daban consistencia y solidez existencial a la dignidad luminosa, de la «niña Anita Parra».

Los lunes el bullicio y el rumor de gritos en los pasillos centrales y fuera del viejo mercado pretendían hacerlo «neoyorquino», todas las razas, los pocos turistas y los merideños, se movían como un aluvión de hormigas anárquicas. Había cruces de negocios entre campesinos del norte y del sur. Los ajíes pululaban sabores y tipos, con leche o sin ella, platos y detalles comestibles, ese día se hacían dueños de aquel mágico lugar en movimiento de una ciudad romántica y lenta. Panes, tortas y dulcería incitaban la curiosidad de todos y mucho anime... tallado delicadamente por pacientes manos merideñas. La leche fresca se vendía por botellas y también se repartía en las puertas de las casas merideñas cada mañana.

El tío Gabriel, hermano de mamá y sin hijos, avivaba en mi desde muy niño el deseo por la comida extraña; anchoas, quesos, vinos, hongos, sardinas, cosas del mar enlatadas, quesos, galletas de soda, o de mil tipos y sabores, las comía y me enseñaban pacientemente a devorarlas. Lo quería entrañablemente, para responder el inmenso afecto que me prodigaba, durante mis vacaciones anuales caraqueñas, un día que su esposa Olga hacía alguna delicia salida de sus inigualables manos de gourmet, me invitaba a comer; mi figura de muy flaco la materializaba el tío, llamándome «garabato», llamaba a la abuela y le decía «mamá mándame al garabato hoy, que está invitado a almorzar», para mí era el mayor de los honores, pues me sentía intensamente adulto al reunirme con él, a los 9-11 años aquel departir con un adulto de talento y buena cultura era asombroso, me trataba como un amigo, él servía un “asiento de vino en mi copa” y juntos esperábamos el almuerzo comiendo «tapas». El tío Gabriel era visionario empresario y gerente y copropietario de la compañía anónima del Alumbrado Eléctrico de Mérida, que administraba con Abraham Parra Pérez, fundado por

el Tío Abuelo, Caracciolo Parra Picón, con maquinaria traída en bestias y bueyes, rodando rolas y qué se yo cuantos sacrificios más, en años, o largos meses y meses de camino desde Maracaibo. Tío Gabriel logró excelentes triunfos económicos que lo catapultaron, era alto, de bigote cerrado y cabeza plana de andino, moreno, frentón, muy inteligente y simpático, piropeador de mujeres bonitas. El Tío Gabriel, también era barrigón, guachafitero y elegante y muy viajado y bien vestido, tenía un don de gente poco común y una forma agradable de comunicarse. Lo admiré con pasión incondicional y de él recibí el amor de otro padre, siempre preocupado de mis cosas y salvador en mis problemas!... por considerarme siempre «adulto»...

El tío Enrique Celis Briceño, era hermano mayor de mi padre, muy inteligente, se enseñaba como gran intelectual, era dueño de una extensa y profunda cultura universal que hacía grato su decir; fue amigo desde muy joven del merideño Mariano Picón Salas, éste elevaba su figura, comentando entre amigos: "Enrique es el mejor escritor de su generación", pero truncaron aquel claro camino intelectual inconvenientes insuperables, factores diversos, que impidieron enseñarlo como el escritor que se durmió en él. El Tío Enrique talentoso y muy distraído de las cosas que no le interesaban, las cuales siempre despistado las dejaba pasar. Sentía muy adentro la pasión hípica y su ilusión fue siempre el 5 y 6. Estaba casado con una francesa que trajo de su tiempo en Europa como diplomático, Ivonne se llamaba, era dulce, cordial y muy simpática; un día ambos me sorprendieron con un regalo único, una colección completa de los cuentos de Callejas en miniatura.

El padre de Callejas el autor y/o editor de ellos, era Saturnino Callejas, manejaba una editorial que luego compró en 1879. La colección regalada, tenía cientos de cuentos con atractivos dibujos que los hacían muy populares y así se hizo de fama y mercado.

Me lo regalaron en grupos, cada uno empaquetado, y fue mi gran sorpresa, escoger y escoger casi infinitamente, el que quería leer; la mayoría de los cuentos eran de Callejas, pero también había muchos universales: los viajes de Gulliver; Pinocho domador o Pinocho pintor o el Caballo Sabio y muchos otros de las Mil y una Noche... y cuentos de los hermanos Grim alemanes, Blanca nieves, Hansel y Gretel, Juan sin miedo etc. etc. el tío Enrique e Ivonne me indujeron al hábito de la lectura, abriendo mi voluntad hacia la literatura, desde muy niño... con su bello regalo.

Juan de Dios Celis y Josefina Ruiz Carnevalli, primos amados de mi casa vieja y hoy de las nuevas forjas, me relataron una anécdota valiosa para el Tío Enrique Celis Briceño, estaban en París, almorzaban con el primo Mariano Picón Salas y éste les relato un suceso que para mí era aún oscuro en el tiempo, les dijo: "El libro de Bolívar que escribió Enrique Celis Briceño, siendo diplomático, se perdió en la imprenta española (editor) en Barcelona donde lo había entregado Enrique", y les agregó Mariano "tal vez", lo "traspapelo" la policía española (la checa) de aquel tiempo", pero lo cierto es que se perdió ese valioso trabajo, y agregaba Mariano a Juan de Dios, quien lo relato que Mariano Picón le dijo: "que la pluma de Enrique Celis Briceño, daba la mejor prosa de su tiempo".

La Hallaca Andina siempre fue considerada especial en el país, de hecho hoy conocemos valiosos artesanos que teniendo otros oficios... venden sus hallacas merideñas en Caracas y Maracaibo, que se pelean por tenerlas. Todos tenemos el prurito de sostener y exagerar las delicias de las hallacas de nuestras casas, cada quien le quita o agrega secretos para mejorar su demanda hogareña, familiar o comercial. Lo cierto es, que es difícil encontrar a alguien que no confirmen la «ricura» de las hallacas de su mamá. Sólo algún graffiti que vimos hace unos años en la ciudad, hecho con «talento publicitario» y de original y desbastadora comicidad afirmaba: «las hallacas de mi mamá, son una mierda», siempre hemos reído la ocurrencia... de aquel sin oficio, que sin sentirlo, se le ocurrió escribir lo que nadie puede sentir.

Las hallacas de mi madre eran verdaderos platos de gourmet, entraban por los ojos, su color de masa naranja, las hacía provocativas y su aliño, era un proceso de uno o dos días donde se incorporaba todo el mundo, una especie de fiesta familiar, enriquecida por amigos que llenos de curiosidad hacían rápidas apariciones por la casa. El final era una succulenta hallaca degustada y aplaudida por muchos. Tuvimos la suerte de que nuestra madre política diera también importancia al «acto de sus ricas hallacas» y así mi esposa, por muchos años acompañando a mamá en esta placentera tarea, más la suma de lo suyo, logró con creces y muchos méritos, volverse maestra en esta empresa, que logró en mi casa nueva, pasar la barrera del olvido y quedarse con excelencia en el tiempo de hoy, cuando mi esposa, hijas y nueras, hacen un poderoso equipo que nos permite degustar y repetir las deliciosas y para mí únicas y exquisitas hallacas «naranja», actualizadas por la mano experta de mi esposa, de mis hijas y de mis nueras y nietas... todas.



Las Oficinas de Alumbrado Eléctrico de Mérida... ¡La Luz Parra!, calle 18 y Avenida Zarpa (5)

Olivia Salas Salas quien era prima de mi padre, muy unida a nuestras familias y gastronoma exquisita; pequeños, pudimos disfrutar de su cocina en la vieja casa de los chorros en Caracas. Olivia, era madre de la escritora Julieta Salas de Carbonell autora de magníficos libros: uno "Caminos y Fogones de una Familia Merideña" donde relata con lenguaje sobrio y espontáneo el viaje de los Salas a Caracas y adorna esta publicación, piso insustituible para la historia real merideña, con auxilio confiesa -la competente y bonita Juli de nuestra niñez- de succulentos manjares de la divina cocina merideña y con relatos históricos de sobremesa, recibidos de su inteligente cuñado el capaz Empresario e Ingeniero Antonio Carbonell Parra, quien entre otros relatos vivió intensamente el de la historia inicial del alumbrado eléctrico de Mérida C.A. («La luz Parra») fundada por su abuelo Caracciolo Parra Picón. Jully es la esposa de Luis Carbonell Parra, intelectual y competente ministro de la democracia y primo de alta estima y admiración.

Habían otros primos de los que me separaba la edad, uno era Roberto Picón Parra, estudiante de honores y después cultivador del rastro de su padre Roberto Picón Lares, quien descubrió siendo diplomático en Bogotá, el archivo del fundador Juan Rodríguez. Roberto hijo fue discípulo escogido del Doctor Rafael Pizani el merideño excepcional y se hizo leído escritor y excelente historiador e investigador que le dió soporte académico a la historia de Mérida. Roberto hijo, tocaba el acordeón con excelente oído, que escuchábamos pasmados por largos y largos ratos. Diego Parra Pardi más cercano en edad a nosotros, debió

esperar dos años para poder –no legalidad– recibir el título de Ingeniero Civil en USA. Diego consentía nuestros caprichos y nos enseñaba a operar cosas especiales que no entendíamos aún niños: Operar un rifle de balines o la detallada operación de un tren eléctrico. A Diego lo quisimos mucho.

Otro primo de mis apegos, Antonio Dávila Celis, Toño, lo admiraba -muy niño-, militar; me deslumbraba su arma y su uniforme y las bellas polainas que a veces llevaba, Toño pertenecía al ejército y al regimiento de caballería de éste, yo guardaba sus correajes que él me entregaba alegre, al desprenderse de ellos, los domingos cuando iba a ver a su Tío, mi padre, en San Bernardo, donde almorzaba con nosotros. Toño fue actor en el 18 de octubre de 1945 de este golpe, quedó un rezago de anarquía, que se tradujo, en esporádicos levantamientos sin cohesión, comandados por líderes solitarios, en uno de los cuales mataron a Toño por la espalda, aquel golpe fue tremendo para sus casas y para la tía María Luisa.

Otros primos cercanos en el afecto a los míos, pues Don Carlos Dávila su padre era pariente afectísimo del mío, por haber sido compadres, fueron: José de Jesús Dávila Picón, Luchador incansable, quien casó con una querida compañera de promoción y mujer de depurada excelencia Nora De Armas; y su hermano Carlos Enrique Dávila Picón quien casó con nuestra prima estimada y competente Guillermita Parra Villamizar, quien era hermana de Miguel y Josefina Parra Villamizar. Esto nos unió en afectos y reconocimientos para el Vicerrector talentoso, cardiólogo y escritor hoy Carlos Guillermo Cárdenas Dávila. Don Carlos Dávila fue prominente merideño de tiempos que no vivimos, donde su acción lo hizo admirado líder en la ciudad y fue compadre de mi padre.

Malú Parra Pardi fue una prima exquisita que me unió más a ella haciéndome su compadre, estaba casada con un inglés: Robín Taylor. Malú falleció temprano la acompañó siempre una gran dulzura y una distinción especial apuntalada por su formación en el exterior... sentimos profundamente su partida.

Capítulo IV

Cuando venía algún eclipse nos preparábamos para ver frontalmente al sol con vidrios ahumados, con el humo de una vela, una forma colectiva de pasar otro rato. También acostados en potreros y espacios abiertos “leíamos” las nubes, que cruzaban el cañón en dirección al Valle Grande y/o a Mucuchíes. A veces las nubes se hacían tan negras y pesadas al ser atrapadas entre las dos Sierras que debía ser ordeñadas por estas en los legendarios “palos de agua”⁶ de la ciudad andina.

Para 1950 Mérida contaba con 25.000 habitantes, para los múltiples momentos de este relato pasaría ligeramente de ese número, ya que en 1971 el censo les señaló 74.000. Era una típica ciudad con urbanización, es decir una ciudad que crece con aporte de otras, “la gran Mérida” de entonces, se venía venir con los importantes aportes de ciudades y pueblos como Ejido, Tabay, Lagunillas y San Juan etc. Contaba con el aeropuerto en “el Centro” de la ciudad, necios incompetentes, nos arrebataron esta magia tan atractiva para el turismo, de estar en la Ciudad. Lo había construido el Gobernador Alberto Carnevali, en el lugar que ocupaba el viejo matadero de aquella mi vieja ciudad. La pista fue primera de tierra, también las de Valera y Barquisimeto, operaba allí las líneas Taca y Aeropostal, Taca era una línea de América Central y Aeropostal la única línea venezolana. El viaje a Caracas era largo y tedioso y lleno de aquel polvo y/o barro, según fuera la estación, se iba en etapas que permitirían ir llenando de pasajeros los aviones de hélice inclinados y “culigachos”: Mérida-Valera -Barquisimeto-Maiquetía, en unas cuatro horas, más la hora de carretera infernal de curvas y arrosos estomacales de Maiquetía a Caracas.

Nuestra generación y otras vio la construcción de la nueva Catedral que nosotros llamamos: “la Catedral del Arzobispo Chacón”, pues este viejo progresista y visionario construyó grandes obras para su tiempo, que proyectaron el nuevo diseño de ciudad. La vivimos muchos años sin tener aún su techo, vimos crecer aquella Catedral donde Monseñor Chacón, no escatimó esfuerzos para llenarla

⁶ Palos de agua: aguaceros.



Girolamo Sigalotti construyendo la cúpula de la Catedral.

de los talentos, que fueron forjando su formidable figura de hoy, plena de arte y exquisito gusto y calidad de materiales; los maestros de obras fundamentales fueron los hermanos Colmenares que guiaron a los brillantes albañiles merideños, que allí trabajaron por años; empezando por el paciente y hermoso repujado de sus paredes y pisos de granito martillado... sus frisos y detalles inigualables, con fascinantes formaletas para el concreto. Girolamo Sigalotti, "Momy", nuestro consuegro, fue el genial Director; gran profesional y constructor de la cúpula de acero, empezando por la

colosal armazón de la central y la forja del cobre y metales extraños trabajados por él allí. Don José Chulia fue soporte en los grandes espacios de hierro forjado y los trabajos vaciados en bronce, tan hermosos y sólidos que adornan eternamente la maravillosa obra. ¡Los materiales usados fueron hechos para la "eternidad" terrenal, ¡como las catedrales europeas! Día a día la vimos crecer al paso y de paso para el Colegio, hacíamos allí postas en los gigantescos montones de arena y piedra picada, que permanecían en la calle Bolívar creciendo o disminuyendo día a día, techada vimos aparecer los gigantescos descomunales andamios que sustentaba en mudanza continua el taller andariego del genio de la pintura clásica, renacentista Ivan Belsky,



amigo especial por muchos años quien después nos honró con un óleo de Simón Bolívar con charreteras y a su espalda la Sierra, que es hoy atractivo de nuestra biblioteca. Había artesanos magníficos pues todo allí fue de depurada excelencia, que no detallo, pues se enturbia mi vieja memoria. Dejé de último al artífice intelectual de esta pomposa y colosal obra: el sabio Arquitecto Manuel Mujica Millán, impulsado por la pasión y el brillo andino del Arzobispo Chacón Guerra, por Joaquín Mármol Luzardo el ilustre rector impulsor del edificio del Rectorado y la grandiosa Aula Magna y los gobernadores Alberto Paoli y Vicente Tálamo constructores de la nueva Casa de Gobierno y Concejo Municipal, terminados por la competente democracia merideña, que son todos sin duda, hacedores de la Nueva Ciudad, destartada en 1812 y

Mérida limpia y bien cuidada con dase, mucha cultura.

1894; valiosa, surgida de los lápices y apoyos humanos y Académicos de Manuel Mujica Millán primero y Gustavo Díaz Spinetti y Claudio Corredor Muller después. Diseñada bellamente después del desastre destructor de aquellos terremotos, que nos arrebató el brillo progresista merideño de la etapa conquistadora y Colonial de la vieja y bella ciudad, que se nos fue entre temblores de tierra, que sentimos desde niños, pues Mérida fue y es zona sísmica y se vive en ella aceptando los temblores como realidades posibles y que en aquel tiempo los recordamos continuos... y no se? ¿Más persistentes que hoy?

Una noche después de una velada de tertulia familiar donde los espantos y las ánimas hacían dúo para detener al diablo... tan nombrado entonces, mi padre debió solicitar auxilio al Doctor Natividad Franco, acreditado odontólogo, para pedirle atención para una muela mia cuyo dolor casi me enloquecía, fuimos a la una de la madrugada a su clínica, el Doctor Franco era alto, llevaba un sombrero negro llamativo y copón, me senté convulso y sobresaltado en su silla dental, él sacó una inyectora de larguísimas agujas y unas tenazas de cromo y me miró sonreído siempre, con sus gruesas manos y sus dedos, pulsó la muela enferma y trató de menearla hacia los lados, pensé que para amansarla, luego volteó hacía papá y le dijo "Pablo vamos a sacarla" pensé que el mundo había terminado para mí, lo hizo seguro y firme sin tanta alharaca o aspaviento y dirigiéndose a mí dijo «tranquilo se la sacare fácil» y metiendo otra vez su zarpa poderosa en mi boca, pujó con más fuerza unos segundos y ras... tenía la muela entre sus dedazos, no hubo tiempo para un mayor dolor y con su alón llegó un alivio celestial. La casa de las Tías del Doctor Franco, vivieron frente a la casita que papá tenía alquilada, en la calle 24, cercanas al Colegio San José, las recordamos pues ellas tenían un pozo (mana de agua) en el centro de su propio patio de plantas y flores donde nadaban unos inmensos peces de río (voladores) que me gustaba ver, sentado desde una piedra cercana, ellas me obsequiaban con acema, guarapo con limón y melcochas. Eran dos viejas divertidas y alegres.

Algunas vacaciones escolares la pasábamos en Santiago de la Punta, unido a Mérida por una delgada carretera de tierra, rodeada a ambos lados por bellos cercados de piedra y cultivos de caña de azúcar, el pueblo estaba adyacente a la Hacienda "Las Peñas" -allí conocí a Gerardo Febres Cordero Salas, hijo de Don Tulio Febres Cordero Carnevali, hijo a su vez del patriarca merideño-, Gerardo hizo cambios en su vida de competente profesional, en-

tonces era seminarista, después militar y más tarde victorioso abogado, luego pastor; también las esposas «oficiales» llenaron la vida de Gerardo, tres, cuatro, ocho? La verdad no lo sé, recuerdo si que una esposa era rusa y se la llevó a mi padre para qué la conociera. Es de hablar ronqueto, pecoso se convirtió en mi compañero, a Gerardo lo queremos mucho, la vida se lo llevó de Mérida. Éramos monaguillos de la Iglesia de La Punta, donde el Párroco, un anciano, el Padre Porras, viejo cascarrabias, muy delicado, nos invitaba a desayunar a la Casa Cural después de alguna fuerte reprimenda, tendría unos 90 años bien parados. Nos regañaba en medio de la Misa o mitad de Sermón. Con Gerardo salíamos al Pueblo en dos Caballitos Criollos “docidoceros”⁷ y nos metíamos en todas partes, haciendas del lugar y también zaguanes y casas cuando se podía. Tenían otro excelente amigo de vacaciones en el sobrino de Gerardo, Fernán Altuve Febres hermano de Vasco hijos del inteligente historiador y escritor trujillano el Embajador Leonardo Altuve Carrillo amigo de mi padre y casado entonces con una hermana de Gerardo, Mercedita Febres Cordero. Con Fernán se soñaban aspavientos y travesuras colosales era hombre de armas y tenía buenos rifles y un carro deportivo que traía en sus vacaciones a Mérida y en el que pálido y sudoroso repleto de miedo surcábamos la carretera de tierra Mérida – Ejido a velocidades insoportables, que Fernán conducía con incomparable destreza y habilidad. También montaba mucho a caballo con el primo, después gran colector, diplomático, escritor y maravilloso pintor Álvaro Parra Dávila, de los mejores jinetes que de niño conocí, era valiente y atrevido y tenía un bello caballo Alasan: “grito de guerra” se llamaba y se erguía con su monta, los dos recorríamos “la comarca”: Zumba, La Pedregosa, Los Curos, La Mata, San José, etc. Chupamos caña de azúcar y comíamos libremente granadas, mandarinas y naranjas. Gerardo Febres era hermano de Lola Febres de Sánchez a quien queremos tanto en todas mis casas por haber sido, la mejor amiga de mi madre y de Ana Leticia, la que me protegía continuamente y en su casa me daba los mejores dulces. En el pueblito de La Parroquia recuerdo a Don Rafael Ángel Uzcategui muy importante mayorista de papelón o panela y su activa hija Doña Consuelo Uzcategui Altuve; Consuelo con su carisma llegó a ser líder y corazón democrático de La Punta con Godolfredo Rojas Benci, como Prefecto contrario.

⁷ Caballos que pretenden andar en pasitrote.

Recuerdo también la Casona de Doña Josefa de Rojas, madre de Don Alipio Rojas, en una de las esquinas de la Plaza donde una hija catirita Thalía Rojas, bonita e inteligente, se distinguía mucho. El Doctor Carlos Delgado Febres fue despues con Doña María mi distinguido vecino. El viejo Jesús María Marquina era el líder adeco. Enrique Uzcategui Altuve tenía nuestra gran estimación. Habían dos obreros niños que secaban el bagazo, que agregábamos a nuestras correrías: Miguelito y Albino, buenos con la puntería de flechas y/o Chinas. Eran líderes niños-jovenes en la Hacienda. Don Emeterio Rangel y Natividad Rivas eran jefes de los Vasallos en 1950, Marcial era el pesero. La Parroquia llamaban los forasteros a Santiago de la Punta, un pueblito pequeño lleno de gente culta, excelente, servicial y amable, con casas y haciendas rodeándolo, llenas todas de techos rojos y paredes de tierra pisada, una sola calle de norte a sur lo partía, las demás calles no llegaban a sus finales y eran interrumpidas por casas y desniveles, simplemente no continuaban... Habían tres superhombres que mantenían para aquella bella sociedad civil de ciudadanos, disfrutaban de un bienestar y servicios de especial calidad: Pedrito Calderón mi gran amigo político, era el Presidente de la Junta Comunal del Municipio creador y mantenedor del acueducto del pueblo, hoy a pasos del Milenio, un tanque donde se empezó a tratar el agua recibida gracias al esmero de Pedrito con apoyo del admirable ejecutivo Doctor Jáuregui ingeniero jefe del INOS. Otros esplendidos servidores del pueblo fueron: Víctor Toro el liniero de la luz Parra y después representante técnico de la vieja y eficiente CADAPE; Miguel Lorenzo Dugarte era el plomero popular de todos y quien mantenía los servicios de acueducto. Un Prefecto que recordamos con mucho aprecio y cariño era Godolfredo Rojas. A un puntero le faltaban los dos incisivos, era mayor, más bien zagaletón, y lo llamábamos “murciégalo”, las arrecheras que cogía eran de palco, él estaba también en el colegio, una mañana algún otro de nosotros, escondido tras un pilar le gritaba “murciégalo”, —en lugar de la forma correcta de decirlo— en ese grito y escondido pasaba el rato, hasta que el Cura Prefecto, que estaba justo detrás del “ofensor” muy despacio, le llegó y ya cerca lo prendió fuertemente de la oreja y le dijo con severidad “coñe... llámalo como quieras, pero dilo bien es murciélago no murciégalo”, esto hizo visible al ofensor, quien debió liarse a golpes con “murciégalo”...

Nuestro primer velorio y entierro, fue devastador; para mi “temple” infantil, era muy apegado a José Miguel Uzcategui estudiábamos tercer grado de primaria, cuando su mamá murió, era una señora bajita, bondadosa, muy hacendosa que nos obsequiaba meriendas a todos, tenía muchos hijos, las niñas eran hermosas, recuerdo más a Víctor y Aarón un día nos informaron en clase que debíamos ir al entierro de la madre de José Miguel, para mí fue un impacto verla en la urna, esto sacudió la inmovilidad de mi inconsciencia infantil, ellos vivían en una casa grande de tejas y solar y por primera vez pensé en la muerte como verdad inexorable. Todos la pasamos muy mal aquel día que tanto recuerdo. En aquella Mérida no había funerarias en forma, y los entierros salían de las casas, con el Cura al frente. También habían pocas líneas de carros de alquiler; una, la tres rojo estaba en la Plaza Bolívar; entre sus chóferes y líderes recuerdo el gato Ramón y a Alcibíades y entre alguna funeraria creo recordar la Funeraria Lobo y otra frente al Hospital viejo.

Unas carretas pequeñas aladas por un paciente burrito, con algún callo o peladura en su espinazo, era cabestreado por un viejo o un muchacho joven, distribuían el kerosén para las cocinas que ya empezaban con fuerza y rapidez a suplantar la leña y el carbón vegetal, ya mucho después apareció el gas que creo recordar; distribuía Briceño y Maggiolo C.A. y que fue devorando las cocinas de la ciudad. Después el gas se abrió en su distribución, los valiosos e incomparables hermanos Matera, Dino Buso y Don Augusto Rodríguez Aranguren quien dejó rastro de brillo en sus hijos. El padre Pablo Emilio Uzcategui era un viejo sacerdote de la ciudad, canónigo, alto y blanco con andar obispal, de voz ronca y profunda, tío de Oliverio Picón Uzcategui, vecino en el comienzo, pariente y leal siempre, Oliverio era un catirito pecoso que lo llamamos “gorra fina”, pues llevaba un gorra bella, que reclamaba a gritos cuando se la arrancábamos de la cabeza para escamoteársela por largo rato... Regresamos a Monseñor Uzcategui, lo veíamos pasar con andar lento por la calle Bolívar (Avenida Cuatro) venía de Catedral, hacia su casa en la esquina de tres estrellas en la calle 18, el “Padre” Pablo, detenía nuestras carreras y saltos para aconsejarnos, cuando trotábamos las calles...

La verde Otra Banda, era el recurso potencial de tierra para la nueva ciudad, en aquellos remotos días. Estaba llena de siembras donde destacaba el café,

los potreros y la caña de azúcar; no tenían por supuesto los colosales viaductos de acero y cemento que la abrazaron y llenaron de viviendas y nueva vitalidad y cuya construcción inicio la primera gestión visionaria, Rafael Caldera. “La Otra Banda”... estaba al pasar el río Albarregas, era “el otro lado”, igual que en Roma, donde el *trastevere* traduce: el “otro lado” del río Tiber... entonces, se llegaba a la Otra Banda por cuestas para bestias o peatones, que bajando la meseta pasaban sobre el río por puentes peatonales y luego trepaban al “otro lado”, habían varios pasos, pequeñas trochas, casi desconocidas y las fundamentales en la Cruz Verde, y otras con visitados rincones de amor: El “gran paso”, para vehículos de aquella ciudad lejana en la Avenida Lora. La cuesta de pie de Llano frente a la bomba del bregador y meritorio Mario Peña, “Charal”; otro en La Punta detrás del cementerio que conducía a La Pedregosa y otro paso en Milla y desde la hoy Avenida Universidad llevaba a un lugar denominado Los Chorros. En la Otra Banda estaban excelentes haciendas, recuerdo la del Doctor Hugo Parra Perez, adquirida por compra al Padre Ramirito y que después aquél, vendió al progresista Ingeniero Don Alfonso Dávila Matute quien luego desarrollarían él, Doña Elda y sus hijos espléndidamente con inmejorable calidad, buen gusto y mucha merideñidad abriéndose paso a una esplendida casa, donde el sol era dueño. En la Otra Banda estaban haciendas de siembras y un magnífico trapiche de Francisco Antonio Uzategui, padre del ingeniero y empresario Rafael Ramón Uzategui Lamus, quien también desarrolló tierras magníficamente, solucionando problemas de vivienda a decenas de merideños. Hacia la Otra Banda hacíamos cabalgatas, y organizábamos batallas dilapidadoras de naranjas, que pegaban y se estrellaban en los cuerpos –las verdes dolorosamente–, era lugar singular para volar cometas por sus espacios y generosos potreros... era una de las frecuentes escapadas de niño. Allí “volamos” una cometa con la bandera nacional construida por Hugo José Parra Febres y volada para sostenerla con tres o cuatro hombres, que nos dejó a todos ensimismados.

En la Otra Banda estaba iniciándose? El Colegio San Luis (Salesianos), allí estaba inscrito el primo Álvaro Parra Dávila, uno de los grandes amigos de mi niñez, con otro primo Alberto Parra Febres y otro gran primo y compadre solidario, Rafael Herrera Gabaldón, a todos se nos unía otro primo venido en vacaciones de Maracaibo, querido por todos, Rafael Gabaldon Uncein, quien

se casó con otra prima, muy querida de mis casas: María Alicia Parra Pardi. Otro primo muy querido fue Rafael Parra Pérez, Parra tachirenses, que vivió algún año en casa de la Tía Anita, que fue después Presidente de un Consejo Supremo Electoral transparente. Con ellos subíamos diariamente del colegio, todos compartíamos excesivamente. Álvaro desde el San Luis se apareció una tarde en mi casa con un frasco de mayonesa, conteniendo dos culebras, eran delgadas y pequeñas, una muestra de su gran afecto, sabiendo de mi inclinación por los animales, las tuve unos días, hasta que mi madre descubrió mi tesoro y se fueron al basurero.

El señor Soria era un español grueso e inteligente, el gerente del Hotel Cordillera, que destacaba por su restaurant y por donde pasábamos al ir al cine de 3 p.m., conocíamos a su hija Begoña, una linda española de pelo corto, catirruca, que nos gustó a varios. Begoña que levantaba un olor de princesa a su paso, tenía un hermanito que no se le despegaba jamás, creo recordar en mis nebulosas, que se llamaba Josecho. Begoña nos invitaba después del cine a su casa en la Avenida Bolívar pasos arriba de la Torre de Catedral a merendar; digo nos invitaba, porque hoy pienso que era a varios... a mí particularmente me fascinaba ir; su casa era pequeña pero bien arreglada, una salita a la derecha tenía al fondo un tocadiscos que Begoña lo tenía encendido con guarachas, mambos y pasodobles; a Begoña le gustaba que la bailáramos y su mamá una elegante señora de sencilla presencia, que derramaba cultura por todos sus poros, aparecía por el lugar con alguna galleta, un buen refresco, trayéndose al hijo Josecho. Begoña bailaba y bien que bailaba, cuando lo hacía aprendíamos con su sabio oído; aparecía después de un timbrazo, mi primo, nada menos que Luis Celis Dávila (el gordo), que entraba asombrado, pero sobrado en su destreza de excelente bailarín y su vivacidad, quitándome a Begoña en la siguiente pieza, nos tocaba entonces compartir a la ágil Begoña de doce años tal vez, por el resto de la tarde... máximo hasta las 7 p.m., hora de dejar este delicioso recreo, compartido con el primo Luis...

Habían dos relojes públicos y activos por los cuales muchos merideños guiaban sus agendas en aquella lejana ciudad: el reloj de la Catedral en el cual no podíamos escudarnos para llegar tarde a clases y el reloj de la torre universitaria, más escondido pero también visto por todos.

En aquella Mérida muchas veces, recordada, habían tres hoteles “Bandera”: el Hotel Tinjaca que construyó entonces un moderno edificio de la Avenida Independencia era gerenciado por Chuy León; el Hotel la Sierra con una planta y cuartos directos a la Avenida Lora y un patio generoso central, donde estaba su comedor; y el Hotel Cordillera eterna competencia del anterior en una esquina de la calle 22 y la Avenida Independencia y frente a la Plaza Bolívar... todos querían estar entonces frente a la Plaza Bolívar o muy cerca de ésta pues, alrededor estaba la ciudad activa y diligente de aquel tiempo. El mercado y la Plaza, eran el poderoso motor económico de la Ciudad popular y peatonal de “La Ciudad que yo Viví”.

Mérida dijimos que era larga, muy larga. Cuando vivimos al lado del colegio, pasábamos la calle para llegar a él, cuando nos fuimos a la calle 19 (Cerrada) número 3-39, subíamos al Norte desde la calle 24, y bajábamos todos los días cuatro veces -unos años en bicicleta- antes en grupos de amigos que vivíamos cerca unos de otros, subíamos fundamentalmente por tres calles: la Avenida Zerpa (5); la Avenida Bolívar (4); y la Avenida Independencia (3), a veces no metíamos en calles transversales, donde habían “caimaneras” de fútbol, deteniéndonos en ellas, y jugábamos, marcando porterías y con chaquetas o libros o en torneos de trompo y metra. La calle Cerrada fue el “Estadio” de muchos años. Cada calle tenía sus atractivos: por la Avenida Zerpa (5), tomábamos las agradables «vitaminas» (merengadas) de Don Marcos y después veíamos las salidas de las muchachas de la Escuela Rivas Dávila, con un uniforme azul de marineras, estaban en el viejo Seminario de Mérida, por poco tiempo vimos seminaristas antes que el Arzobispo Chacón les construyera el magnífico edificio de hogar Barinitas Seminario donde se destacaban los eudistas: Padre Acero, el competente y activo hermano Jerez y el extraordinario líder Padre Villa. El viejo Seminario tenía delante un ancho de calle importante con una vigorosa fila de pinos en su frente; después venían las colegialas del Colegio Inmaculada Concepción, (las Salesianas), estas esquinas nos detenían más tiempo. En la Avenida Zerpa, estaban las González Uzcategui, viejas educadoras, eran cuatro hermanas -no conocí a Marta- todas muy queridas de mi madre, recuerdo a las otras María, Chayo y Rosita, magníficas maestras que cultivaron generaciones y generaciones de andinos, y que al igual otras merideñas insignes como Doña

Ofelia Tancredi de Corredor y Doña Dolores de Calderón, fueron forjadoras de distinguidos merideños que ellas cultivaron en la excelencia y que fueron venezolanos superiores. Doña Ofelia Tancredia de Corredor creó un camino de valiosos merideños que regaron de calidad humana al país.

La Avenida Bolívar (3) con los montones de arena de la Catedral en construcción, eran poderoso pretexto para subir por ella, citados para batallas en aquel “alpinismo”. Los días de aguacero eran los mejores, calles para ver y trotar por verdaderos ríos de agua, que descendía glotona y abundantemente llevándose lo que encontraban a su paso, chapaleábamos la calle intensamente a veces perdiendo algún zapato tal era la fuerza de la corriente, subíamos buscando gripes y castigos, en aquellos días tan especiales para nosotros. La Avenida Bolívar era pobre en comercios y allí estaba la Capilla del Carmen, Centro de los Jesuitas de 1627, la Iglesia más antigua de la ciudad. La placita Colon, albergaba la Congregación de la Siervas del Santísimo y muy arriba ya, El Cuartel de Mérida. La Avenida Independencia estaba llena de comercios y era una calle de muchas vivencias. En el transporte “Primavera” trabajaba un “cipote”, con cara de dañado y quijada filuda, baboso y repelente que todos chuleábamos al pasar con el remoquete de “siete”, era un tarugo, pederasta y famoso como todos lo sabían, teníamos el placer vicioso de atropellar a aquella marica, que nos agredía también con groserías, gritos y amenazas que alarmaban la calle a nuestro paso colectivo, también con alaridos. Más arriba estaban los billares de Aliso, después el viejo correo. En los espacios internos de Aliso estaban los más poderosos jugadores de baraja y dados de la región.

Los regresos a casa, más que las idas al colegio, demoraban tiempo en entretenimientos de calle que abundaban en aquella época pacífica de una silenciosa y cultural Ciudad, diferente, por tener dentro una Universidad Centenaria y prestigiosos Colegios, como decía orgulloso el gran Mariano Picón Salas.

En Santiago de La Punta el folklore era una realidad que había guiado a ese Pueblo iniciador y centenario, donde estuvo la segunda fundación de la ciudad y donde hoy sostiene eventos especiales para el turismo de masas apuntalados casi desde entonces. El 2 febrero se vestían de mil colores las casas, calles y hombres de la danza, los vasallos, con sombreros llenos de cintas y ropas de todos los colores tonos y alegrías, que hacían un ambiente realmente singular,

cada día de la Virgen de Candelaria de cada año, era sagrado para nuestra familia, almorzábamos en la Hacienda para seguir el Festival de estos Vasallos, que era en honor y homenaje indígena, a la Virgen de la Candelaria con siglos de existencia. Los Vasallos de la Virgen eran hombres y niños, con promesas hechas; vestían con un colorido vivaz y animador; mi padre me contaba que en su tiempo de niño, los vasallos llevaban un quepis, saldos de viejos residuos de las tropas de la Federación, con centenas de trozos de espejitos pegados a ellos, después quisieron imponer sombreros mexicanos que el Doctor Carlos Chalbaud Zerpa, el gran protector del turismo merideño los combatió, logrando que los desecharan. Llevaban trajes de satén de todos colores, medias de mujer, de seda y alpargates y/o zapatos, bailaban frente a la iglesia, acompasados a una musiquita, para mi... amena y rítmica, pero abundantemente repetitiva y muy monótona. Eran muchos en mi niñez, recuerdo a un gran capitán (jefe) Natividad Rivas, muy alto, blanco y corpulento de abundante bigote y brazos largos, sus piernas enseñaban várices, a pesar de apretarlas con sus medias de seda, su látigo hacía sonar como truenos, el suelo seco de la calle, Natividad era cordial y amigo, a pesar de la distancia gigantesca de los años. El otro Capitán de mi niñez fue Emeterio Rangel padre, gran conductor y protector de los Vasallos, socio sembrador de cañas de azúcar de mi padre. Emeterio padre, era de mediano tamaño, blanco, de bigote caído, nariz curva y cordialmente muy agradable y simpático, era líder en el pueblo de La Punta y trajo innovaciones a los vasallos. Lo siguió como capitán su hijo trabajador incansable, amigo de mis casas y muy meritorio. Emeterio Rangel hijo, que fue exitoso emprendedor después con su distinguida familia. Entre los mas jovenes siempre se distinguió mi gran amigo Alirio Urbina jefe y organizador de los vasallos desde muy niño.

A veces íbamos a Lagunillas de Mérida, de un clima agradable, tenía la posibilidad tropical de la sanación por su temperatura, el agua de la laguna era dócilmente tibia, estaba llena de carpas que pescábamos con bolitas de masa en anzuelos pequeños, decían los lagunilleros de carpas sacadas de 12 kilos, nosotros sólo vivimos en la esperanza de unas carpitas de una cuarta que pescábamos con Iván Rojas Rojas y nos bañábamos en sus profundas y verdosas aguas. En Lagunillas probamos el picante chimó, en curiosidad ya menos infantil de cosas no probadas. Nos pareció como el primer cigarro que probamos niños, muy

amargo, sin saber que por aquel cigarrillo delicioso, me abrirían con una sierra el esternón... muchísimos años después...

La Laguna del Carrizal adyacente a la cual construirían el Central Azucarro Mérida, junto a la hoy Urbanización la Sabana, que desarrollaríamos, muchos años después, era centro para las curiosidades ecológicas de nosotros; estaba llena de ardillas, perezosos, peces y bosque, ya hablamos de ella en algún cuento suelto e inédito.

El viaje desde Caracas nos llenó de congojas, había dejado allí la bella abuela materna «mamita María», una viejecita dijimos linda de cutis quinceañero y longevidad preciosa, que era todo para nosotros, como mi madre. Dejamos primas tan cercanas, queridas y solidarias en la sangre y con cariños superiores: Gloria Dominguez Parra inteligente, de memoria superior, solidaria hasta el infinito pegada a nuestras casas se hizo con amor “Tía” de mis hijos y nietos; la querida María Elena Parra Pardi de largas crinejas, y bellas hijas, es una alta y vistosa catira, muy inteligente y querida, ella con Gloria, todavía niñas, competían con sus bellos cabellos largos, que azotaban sus nalgas, cuando corrían en juegos de varón impuestos por nosotros; Irene era la bebé de todos, mucho menor, única y llena de pecas e inteligencia, era hija de Magdalena Picón de Rodríguez la prima que más me distinguió y más he querido, Irene se volvió culta e ilustre española... al formar una familia casada con un competente médico español y hoy llena de hijos y nietos... españoles.

Dejaba igualmente el kínder del Colegio de las Franciscanas en Sabana Grande, donde la hermana Providencia, —la hermana Provi—, apuntalaba con bondad los inicios para leer y escribir; que también nuestra madre nos enseñaba persistentemente. Era una clase mixta donde varones y niñas empezábamos a disciplinarnos, había una casi rubia, una linda niña, que me «tumbaba el rancho», la recuerdo bonitísima, de largos cabellos y suavemente extrovertida, se llamaba Cristina... o María Cristina... no preciso hoy, pero la recuerdo siempre, era una guapura, la jacarandosa niña... de un pupitre cercano, que reía mis ratos de observarla picaramente.

Merideño como el que más, conocía de sobra a Ventura, o Venturita, un carajito muy pequeño, viejo temprano, de sombrerito muy usado y fluxesito de tela liviana de algodón gastado, siempre mal afeitado, Ventura pertenecía a las

áreas de la Parroquia el Llano, pero igual, con su hablar imposible de entender, iba siempre calle abajo y calle arriba, principalmente los días de fiesta, sábados y domingos. Llevaba una flauta y un tamborcito de latón y cueros o vejiga amarrados y templados, por un destartalado curricán, de su flauta negra salían unas pocas notas de repetición «rutinosa» y su perseverante tambor la acompañaba... turrú...ru...ru y pum, pum y así Ventura obstinado, buscaba su honesta vida en la debilidad mental que lo acompañó, no hasta olvidarlo, sino hasta no verlo más, en los caminos que su arrastrado andar, iba dejando imaginarios, en las calles de la meseta amada. Su camisa era pobremente raída, pero impecablemente limpia y almidonada y limpia.

Vicente Nieto fue el primer viejo, viejo, compañero nuestro, cuando éramos muy niños. Era el mayordomo y el todo en la Hacienda las Peñas, en La Punta, mi padre lo distinguía con una confianza tal vez ilimitada. Vicente cazaba en trampas prefabricadas por él, con tablas de cajones viejos: rabipelados -faros-⁸ para comerlos, nos decía que eran blancos y suculentos, como la carne de gallina y era habilísimo manejándolos, en su furia, al sacarlos de la trampa. Con Vicente a caballo, -me enseñó a montar- visité todos los rincones del Municipio La Punta (Juan Rodríguez Suárez); íbamos a la fiesta de San Isidro en la Pedregosa; la Loma de los Angeles; al entierro del gallo de los Vasallos de la Virgen en la Aldea Zumba; al Otro Lado (hoy los Curos), donde abundaban las perdices y nos enseñó las difíciles trochas y cuestas, para bajar a las Vegas del Río Chama. Vicente era muy enamorado y excelente a caballo -pienso hoy- arreglaba citas y arengaba amores, alejándose de mí, al hablar con variadas mujeres en nuestros largos paseos a los cafetales o a caballo, o al arrimarnos a alguna casita campesina contándonos historias que iban fabricando libertades infantiles.

Me enseñó con crudezas de honestidad intensa, la vida... de los apegos, del miche que odiaba, el amor, del chimó que degustaba. Hábil cazador para mí, de escarabajos verdes, sabía de trucos para la pesca, encontraba nidos de pequeñas ardillas, un día nos sorprendió con un mágico regalo, dos escarabajos larguruchos negros con pintas amarillas, creo recordar, venían en una cajita artesanal hecha por él, con un trozo de caña de azúcar; a levantarle la tapita hueca, estaban dos insectos que al ponerlos en una superficie lisa, rebotaban saltando al tocarlos en

⁸ Faros, marsupial venezolano.

el alto de su cuerpo largo, fueron sensación en mi salón de clase y se alimentaban del jugo azucarado de la caña. Vicente era gordo y grande, moreno de sol y con una calva amplia, que protegía con un inseparable sombrero, barrigón, con una muy ancha correa llena de carteras de cuero y cinto para un machete filoso y corto, racimos de llaves, chimó y algún dinero que lo acompañaba, andaba en alpargatas negras y de suela y/o botas o polainas al montar; cuando más gordo, más hábil parecía para transformarse en habilísimo jinete. Todos lo querían en el pueblo de Santiago de La Punta, era líder de peones y compradores ocasionales de panela, recto y valiente en sus posiciones vitales. Vicente... se transformaba en niño, cuando teníamos la suerte de que nos acompañara largos ratos y me repetía que las mujeres “siempre tenían algo de bonito”, nos decía aquel valiente hombrón, de manos poderosas y valientes que nos quiso tanto y cuya muerte en un austero catre de cuero templado y madera, nos afectó tan intensamente. Murió en la casa de la hacienda. En mi casa de hoy.

El Frailejón es la más distinguida y exclusiva planta del frío tropical presente en los Páramos del norte de los Andes suramericanos. Hay más en Ecuador, Colombia y Venezuela allí hemos podido verlos.

El Páramo desde niños nos cautivó por sus leyendas, sus lugares amplios, sus truchas, sus rincones, sus grillos eróticos de colores y sus aguas... su fauna. Era lugar del frío y humedad y de sequías. Rodeado de gramíneas que hacen el hábitat al frailejón de hojas de bello y suave terciopelo, lo que los protege de excesivos fríos y ventiscas, hojas que acarician como algodones de seda en la altura paramera. Hay más de cincuenta especies de frailejón, nuestros ojos de legos, nos permitieron ver muchas variedades pequeñas y una alta que obliga cambiar rutas y caminos: el frailejón arbóreo, el bravo (espeletia) es el rey del “bosque” paramero, muy alto con muchos años de vida están estas bromelías gigantes, van creciendo sobre sus hojas muertas y secas que van dejando su lugar para dar paso a las nuevas que van renovándose para darle la nueva flor. Esos altos montan en su final, una bella planta robusta que brilla al sol, que da flores que adornan la altura paramera y que sólo podrá ver -si puedes- ir a caballo. Hay otro chaparro de flor violeta, que los campesinos llaman “pata de burro” y otro llamado “cebolleta” o “cebollín”, muy escaso y que está cercano de los espacios del astrofísico y en lugar de hojas tiene unas especies de tubitos, que al estrujarlas huelen a cebolla.

Desde niños empezamos a admirar a los artesanos andinos y parameros y a visitar sus lejanías de horas y horas dentro del Páramo andino —hasta 12 a caballo— un bello especial del frailejón era portador de exótica fauna, donde un grillo de colores alucinantes, es el Rey del frío, es un grillo mágico de colores, que lo vimos hacer el amor con una grilla discreta y amorosa, asomarse un ágil conejo o aparecer en la lejanía de una loma un asustadizo venado paramero, que se quedó en Mérida, al subir un día de Barinas. La grilla que tanto recordamos tenía unos ojotes bellos y distantes y somos persistentes en su recuerdo inolvidable y único... siempre recuerdo a “ojotes” y sus amores intensos...

En la casa del Banco Agrícola y Pecuario que gerenciaba Don Rafael Herrera Valero, de extraordinario sentido del humor y querido de mis casas jóvenes, el padre del primo Rafael Herrera Gabaldon, “ocupábamos” sus depósitos los sábados y días de fiesta, habían montones de sacos de café en grano seco, que hacían montañas escalonadas y recovecos y cientos de cabuyas, y sogas con ellas abríamos combates tirándolas unos a otros con fuerza y en equipos, cuando nos pegábamos un “cabuyazo” era como recibir un latigazo que nos dejaba morados y marcas, era “La guerra de las cabuyas”, con 10 ó 15 asistentes. Iba un alemancito que se confesaba protestante y estudiaba en el Colegio, resolvimos “bautizarlo”, el alemán al saberlo seguramente por radical, se volvió como loco y al agarrarlo para someterlo al “bautismo”, pateaba y mordía, aturdiendo el lugar con sus gritos angustiosos. Se hizo el “ritual”, no sé quien, si Mario Baptista o Rafael, busco la vasija con el agua que se derramó sobre su cabeza catira, y se “bautizo”... el alemán lloro y se lavaba su cabeza repetida y obsesivamente, para “quitarse el bautismo” decía él desesperado.

Las casitas que enseñaban la pobreza liviana entonces, de aquella Mérida, agropecuarias, eran bellas en su sencillez, encaladas se hacían muy blancas y atractivas en la lejanía, unas con teja criolla y otras con techos cubiertos a dos aguas de paja andina, puerta de madera y pequeñas ventanas de colores diversos, muchas tenían un corredorcito de entrada donde los campesinos citadinos y rurales hacían tertulias secas o animadas de miche claro. Las cocinas eran muy oscuras, con dos o tres hornillas para madera y/o carbón vegetal, construidas en bahareque o ladrillo y barro cocido y un tiro —chimenea— que fabricaba los hilos de humo que veíamos nacer y extenderse en lejanías de montaña... ¡bellísimas

las cocinas de los pobres!, nos gustaba visitarlas y hacer tertulias para escuchar los relatos rurales de la llorona andina, la mujer que con un palo de agua, llevaba seco el pelo frente al chofer de automóvil que se estacionaba a su llamado en las carreteras lejanas y oscuras. El sereno que visitaba los pueblos y servía con su cuerpo iluminado de linterna esparciendo luces tibias en las callecitas. La bruja hermosa que a carcajadas caminaba los techos sin quebrar una sola teja. Las escobas vegetales y pajizas de palo de carruzo que colocadas detrás de una puerta... corrían una visita fastidiosa. Los entierros: el de los curas Jesuitas de 1627, el de la Urbina en Estanques. Los milagros de los "Santos" populares, Nachera en las casitas de la cuenca del Río Albarregas, la vieja que recibía litros y litros de miche, conducido con bambú al interior de su hueco en el cementerio de Tovar y decenas más...

Siempre hemos amado la simplicidad, limpia y autentica del hombre pobre merideño de su acogedora casita y sus singulares relatos de él siempre recibimos afectos...

Capítulo V

Mérida era entonces una ciudad pequeña y esmeradamente poblada, culta, había una unidad y convivencia social admirables, donde todos depositamos querencias, respetos y adhesiones sin importar bolsillos, credos, raza, estatus, pues estábamos atados por un proceso cultural singular y creo que no repetido en el país: la Universidad, donde además de las ciencias, la literatura y el arte se cultivó “la solidaridad total” de los merideños, que mantuvieron materialmente a la Universidad, al ser privada de sus aportes económicos por el Presidente Pavorreal (Guzmán), líder de un gobierno autoritario y centralista, que procuraba la destrucción y desaparición universitaria lleno de inmerecidos, jamás sangrados, uniformes napoleónicos y de su imperio ganado con bayonetas, Guzmán disfrutó su rastro de sastrerías y artesanos. Esa misma Mérida era y debe ser persistente repetición de aquellos siglos de entrega de todos sus habitantes, sin mayores distingos. Mérida (1946) podría tener -decíamos- en esos años unos 18.000 habitantes. Ubicada sobre la llamada meseta de Tatuy por cuyas profundidades pasan líneas sísmicas, fue habitada por los aborígenes Mucu –Tatuyes, cuyas adoraciones y creencias se ubicaron entre otros, en el agua de las lagunas, el sol y lógicamente las colosales montañas y las grandes piedras (gordas) que han existido siempre y que los verdaderos merideños apreciamos su belleza y los indígenas nuestros reverenciaban en adoración de siglos.

La piedra andina no era emblema monopólico en otras tierras aun cuando en estas alturas y rocas si fueran icono de merideñidad. Mérida al contrario de otros rincones de la patria, nació, se aposentó, sobre rocas y piedras y paredes de barro pisado, verdaderas moles esculturales, tapias con setenta centímetros de ancho muchas de ellas y alto aporte de bellas maderas en sus puertas y ventanas. La piedra ha sido madre de esta originalidad, aquí hay muchas variedades de ella: las conocidas como rigurosas piedras de cercado, que no son otra cosa que los depósitos nacidos al desempedrar los potreros o siembras, primero indios y después campesinos, que llenaron esos espacios en los páramos con cercados que separaron linderos y caminos, dando espacio a

una pulposa negra y poderosa, tierra abonosa de milenios; es una piedra áspera, irregular, a la cual se adhieren líquenes y musgos con más facilidades de vida en virtud de sus pliegues y severas rusticidades.

La piedra de canto rodado, es muy lisa y nace de sus revolcones poderosos contra el agua del río o quebrada de montaña, que las talla con bellas formas de redondeces siempre. Hay como las de cercado, cantos rodados gigantes, unos penden milagrosamente de barrancos o al margen y/o centros de los ríos y quebradas que estos ni en siglos de persistente agresión han podido desplazar de sus lugares o la lentitud de hacerlo es simplemente milenaria, tienen tonos grises, otras son blancas y se enseñan bellamente como piedras “raras” para el resto de los venezolanos.

Las lajas son otra distinción merideña de tipos y colores, algunas exclusivas de Guaraque o San Juan de Lagunillas, negras u ocre, que parecen salidas de greda cocida y robusta fosilizadas o cocidas en cocinas de volcán y calor; hoy excelentemente trabajadas por los merideños de provincia y hoy por los lajeros de los Araques. A casi todas las casas de Mérida, en su construcción y decoración las acompaña la piedra en creativities increíbles.

La piedra fue instrumento de trabajo desde la colonia. En La Punta, Ejido y el Páramo, abundaban unas ruedas graníticas gruesas, bellas y pesadísimas, grises con un eje cuadrado en su centro, que permitiera al poderoso tronco hacer norias con dos piedras, una a un lado y otra al otro, para moler la caña de azúcar, sin salirse de su eje. Las había también para el café y el trigo. Mi dilecto amigo que fue el doctor Ciro Peña, Abogado distinguido de la ciudad, me visitó un día de diciembre en mi casa de La Punta, eran días de aguinaldos y me dijo “vengo a ofrecerte un regalo que sé que te gustara... ¡eso sí! Tú verás cómo traerlo Bernardo”... la traje... era una histórica, bellísima y pesadísima rueda de piedra gris acero de su finca paterna, en Tabay, piedra para moler trigo, muy alta en su diámetro y bien usada y cuidada aquel espléndido regalo del querido colega Ciro, hoy es mesa de lectores, fumadores o bebedores, en una esquina de nuestra apacible biblioteca... allí terminé de amar y admirar la piedra merideña y quererla con respeto y con ostentación, para alabar la artesanía superior de los andinos de ayer. El Doctor Ciro Peña y su esposa forjaron una valiosa familia, que hoy anegó el país, donde se distingue la calidad de su hijo Zelin Peña y sus numerosos hermanos, grandes andinos dispersos en Venezuela.

Los juguetes de nuestro tiempo y en nuestra vieja ciudad, se dividían en algunos traídos del exótico mundo y de otros lugares venezolanos y los autóctonos y artesanales nuestros, propios y singulares, poco vistos y más divertidos que los demás para nosotros. Uno el tambor hecho con una lata vieja de galletas que me construyó papa, amarrando en sus dos bocas una vejigas de toro húmedas, bien tensadas, que al secarse amarrándolas quedaban como el más templado redoblante napoleónico. Los juguetes "importados" eran alemanes, gringos y japoneses, carritos de lata (láminas de metal), no existía el plástico o era utilizado en cosas muy especiales, no masivo y total como hoy. Los soldaditos de plomo eran atractivos -no los finos de colección- los revólveres de repetición con una serpentina de tiros de pólvora que los hacían sonoros. Con plomo "cocinado" y derretido en moldes de yeso y barro vaciamos figuras. Igual jugábamos con el mercurio líquido, del cual comprábamos ¡tres bolívaes! en la Farmacia la Vencedora, que las madres perseguían pues devoraba el oro de cadenas y medallas, cuando se adosaba a esos costosos metales. Los relatos de mi madre de inicios del siglo XX eran bellísimos recuerdos de esa Mérida mi madre era artesana de las cometas de sus hermanos, relataba también ella, a mi hija Carolina, que una viejecita hacendosa, visitaba periódicamente las casas merideñas, para ofrecer juguetes a las niñas, consistían en ollitas y menudencias de cocina en miniatura, que les compraban para jugar... después mi madre le buscaba en nuestro mercado a mi hija, esos juguetes austeros de la Mérida que murió, de difícilísima ubicación entre las bellísimas artesanías de hoy que no encontraron.

Los juguetes merideños privilegiados eran unos vivientes y otros objetos de entretenimientos autóctonos y universales. En los vivientes teníamos para escoger avispas "desculadas", cortando la ponzoña le colocábamos en el lugar de las tripas un "palito" de frágil y liviano papel y las soltábamos para ver cuál volaba más alto. Lo escarabajos negros y ocre gigantes, eran buscados y hasta comprados, y se mantenían en cajas. A los bubutes (escarabajos) verdes les amarrábamos entre cabezas y cuerpo una pita (cuerda) o hilo y así volaban por largo rato, apostando a la mayor altura y tiempo que cada uno podía volar. Con las chicharras hacíamos lo propio. Los escarabajos verdes frecuentaban numerosos, los rosales de las casas y haciendas merideñas.

Los perros eran mascotas singulares tuve el primero se llamó Toby (ca-

llejero) cuyo cachorro compré a los hijos de Pedrito Calderón, el líder, de gran amistad, por dos bolívars. Los Calderón Pedrito, Rosita y Quique sus hijos, fueron compañeros solidarios en mis caminos largos y políticos. Eran hijos de uno de mis más grandes y aliados políticos: Pedro (Pedrito) Calderón con un atajo de hijos increíbles, padre de Rosa líder “verde” muerta en accidente y Enrique (Quique) mi compadre solidario de muchos años.

Los pájaros eran atractivos cantaban, los gonzalicos amarillos y negros de pico largo y puntudo, las paraulatas, y sólo adornaban, los pico de plata cuyo macho era de rojo encendido, bobos para todo canto, como los azulejos y los copetones. En temporadas llegaban loros reales, guacamayas verdes y pericos montañeros, que habitaban los bosques que rodeaban la ciudad y de paso las bandadas negras de patos guariréis.

Los caballos gustaron -por nuestras enseñanzas más a los míos, llegaron a gustarles más los caballos árabes que las motocicletas, lo que lleno de paz a la madre. Los Caballos eran lo exclusivo y singular, los campesinos los montaban con la destreza que da el usarlos diariamente, eran pues avezados -por habituados jinetes- de Lomas y riscos, sus caballos eran trotones “docidoceros”, igual que sus numerosas mulas y burros. Mi padre me regaló un caballito criollo “docidocero”: “Cisne” se llamó, se lo compró papá a Don Tulio Febres-Cordero Carnevali, quien me obsequió una silla andina (de pico alto) pico de plata, que había sido de Don Tulio el patriarca, (niño) —quien era su padre—, la monté por años y un día el chalán y amansador Leopoldo, me la pidió y yo se la di, con facilidad, incultura y torpeza, sin entender el valor histórico y afectivo de la misma, años después busqué a Leopoldo, para recuperar la silla, pero él también la había perdido. Taiwant fue otro caballito blanco, muy brioso y por ello perdedor de paso, que papá compró a Don Luis Lares exitoso y competente ganadero de aquella Mérida de mis recuerdos. El caballo era pequeño, corto, pero muy bien hecho, como las japonesas bonitas. Con él me mantuve por años en la caballería del Colegio que organizó el padre Iturri S.J. y nos incluyó en los desfiles por la ciudad. Abdul era el caballo comunitario de la Hacienda Las Tapias, un día estaba “accidentada” nuestra bestia y acudí a mi tía María Luisa, había un evento en el Colegio que incluía carreras ecuestres y de cintas, mi tía, me prestó a Abdul, era un caballo muy alto, moro azul, bello y muy brioso, regio, un caballo rebelde

y alzado por soportar a varios jinetes, hubo resistencias en el derredor; pero la Tía a quien tanto quise, me cedió el caballo el día prometido y logramos en aquella competencia un honroso “cuarto lugar”, con el difícil Abdul, que nos hizo sudar aquellos eventos. Arlequín fue un caballo negro, colombiano trochador; arreglado por Adalberto González el gran chalan que vivió en las caballerizas de la hacienda y lo montaron muy niños María Carolina y Pablo Javier:

Las pescas en los ríos y acequias eran fuente de entretenición. Litros vaciados de vino, cristalinos y de culo hundido, eran agujerados con clavos por allí, con marcada habilidad, para pescar palometas y voladores, que entraban en ellos pero torpemente, no podían salir después, dentro estaba la carnada de plátano cocido y/o pellejos de carne. Las pescas siempre nos rodearon de sorpresas y acontecimientos especiales. Los abejones de José Miguel Uzcatégui: en los depósitos de la gran ferretería de su Padre, soportaban los techos cercos de madera, que estaban perforados por huecos y galerías habitados por terribles abejones, negros y amarillos, con un frasco de tapa perforada, recogíamos cinco o seis de ellos, para soltarlos en horas de silencio o rezo en el Colegio, organizándose el pavor, que hacia incontrolable los gritos y en respuesta a esto, los castigos de los curas confundidos con la tan involuntaria y “espontanea” revuelta colectiva, eran ejemplares, dejamos de hacerlo al comprobar que habían posibilidades de ser descubiertos... fue una originalísima diversión que disfrutamos un tiempo largo, José Miguel y quien escribe.

Entre los juguetes merideños populares, se destacaba la perinola venida de fuera y la “musaraña merideña,” similar a ésta, era una perinola artesanal hecha con carros grandes (vaciados) de hilo, que se rellenaban con algo de alambre para darles peso y cera de vela, un hueco por ambos lados y a un carro al otro se le enterraba un lápiz viejo, atándose ambos carros con un hilo fuerte, se zumbaba al aire con “maña”, para poder voltearla y así penetrar por cualquiera de los dos lados el carro con cera ensartándolo para “perinolear”. La musaraña era la perinola... de Mérida!!!

Como hoy los carajitos suben y bajan calles pegados a sus teléfonos celulares, ayer nos veían subir y bajar la ciudad... “perinoleando” con musarañas merideñas.

Los juegos de ajedrez, damas chinas y españolas, ludo y monopolio, salían a relucir en aburridas vacaciones.

Algo especialísimo hacíamos en la fábrica de velas del general Golfredo Masini, cuando venían de vacaciones los García Muller, Gerardo el mayor, era nuestro amigo... visitábamos la fábrica con Gerardo, para meter las manos en pailas con cera caliente, para hacernos guantes. Otro día visitábamos el escritorio-biblioteca del general, para "robar" y disfrutar los enlatados que éste escondía donde nosotros ya sabíamos, así probamos ostras, pulpos, calamares etc. Que el viejo General guardaba con celo, y que seguramente aprendió a degustar en los largos años de prisión y grillos, que su dignidad y valor le enseñaron a soportar bajo la dictadura Gomecista. Otro que se unía en estos juegos y expediciones era Alberto García silencioso primo de Gerardo y Mario Baptista Troconiz inteligente y rápido en sus movimientos a quien no vimos más y fue más amigo nuestro por su tiempo, ya que su hermano el competente intelectual y profesor Asdrúbal (Pita) quien estaba lejos de nosotros por su edad. También nos seguía —un pequeño— Miguel Roberto García Muller en discreción y timidez.

La pólvora era diversión de la mayoría, triquitraques chinos y de Ejido. Voladores⁹ pequeños e inmensos. "Salta pericos" criollos, que era una gota de

azufre y pólvora, pegada o chorreada en papel de bolsas de cemento, que se pisaban o tiraban con fuerza contra el suelo, para qué brincaran reventando en rápidos y débiles estallidos quemantes, un primo tenía algunos en su bolsillo y alguien sin culpa golpeó este... logrando activarlos, por lo cual casi pierde... nada menos que una de sus dos insignias de varón y se le quemaron los pantalones. Las recámaras eran tiradas desde un cañón transportable y pesado, las escuchábamos en procesiones y navidad. Matica era un Quasimodo que vivía con un tabaco muy chupado y encendido se llamaba José Encarnación Alarcón. Era bajito de andar arrastrado con las rodillas dobladas, llevaba con unas alpargatas negras y un sombrero vuelto nada en sus arrugas y formas, media camisa parcialmente por fuera, estilo borracho y unos pantalones enrollados en su terminación uno más que otro; su



"Matica" vestido por Don Fabio Febres, Cordero (Colección María Isabel Febres Salas).

⁹ Voladores: nombre de los cohetes de pólvora en Venezuela que se elevan velozmente para explotar en el cielo.

saquito era chuto como el de los italianos, pero ajado y engurruñado, no sé si fumaba el tabaco o era sólo para encender voladores y recámaras. A la fecha tampoco sé si era mudo, o su bisbiseo y sonidos sordos, al tratar de hablar, eran reales o no, él reía incesantemente, se veía siempre donde había pólvora, no sé cómo se enteraba o si lo llamaban. ¡Matica, era el emblema de procesiones y la pólvora abundante de aquella ciudad!, hay en estos recuerdos una foto de Matica "con corbata, travesura de un singular merideño el dentista y Teniente Don Fabio Febres Cordero quien se la tomo empaquetándolo previamente de traje y corbata!!! Foto cedida gentilmente por su hija la competente María Isabel Febres Cordero Salas.

La Parroquia de Milla, es para nosotros la más importante desde, su nacimiento, en la Conquista y en la Colonia, pues la ciudad camino más entusiastamente hacia Milla, "Tibisay" la princesa india de los Mucus merideños y Juan de Milla el primer "Arquitecto" de Mérida, son prueba de lo dicho. Milla fue una Parroquia -casi ciudad, en su inicio..., después fui amigo de los milleros líderes de la ciudad vieja de aquel tiempo: Hércules José de Jesús Moreno Roldán, el negro o el indio, como lo quisieran llamar era un negro peleón, después profesor cordial, entrañable, fue entumecido por el carácter en su vejez fornida. En las esquinas de la plaza de Milla encontramos a Francisco Rojo(+), Miguel Rojas Bracho(+), Jesús Alfonso Herrera "el Chicho", mi gran amigo, educado y superior como adversario político, reflexivo, con quien compartí como Senador de la República. Chicho guardó siempre mi alta estimación. Omar Uzcategui Araque, el popular "Mion", hoy esposo de la reina ferial, esplendor de su momento: Gladys García. En Milla estaba también Emelina Rojo(+), amable y popular telefonista de la central de toda aquella Universidad. Estaba el bien recordado doctor Óscar Montes Domínguez con su Farmacia, mi estimado profesor de química y gran amigo años después, padre de la solidaria Coromoto (Moto) Montes, esposa del irremplazable amigo Profesor Sergio Matamoros Pulido. Las Montes Sumaban una familia de bonitas mujeres que mantenían varones dando vueltas a la Plaza Millera. Había otro grupo de milleros que estaban a pasos de la Cruz Verde donde se destacaban Eloy Febres, hijo, muerto a temprana edad, Damasio Ramírez, abogado hoy y amigo de gran estima que nos frecuenta por afectos, en consecuencia fraternal,

y Carlos, Gilberto y Oswaldo Moreno. Desde Milla cuya Plaza se convertía en pista de patinaje en diciembre y era partida de carretas de patín y de grandes carruchas, para bajar la meseta en las madrugadas de aguinaldos hasta Pie del Llano. En Milla empezaban las mejores misas de aguinaldos, lugar que disputaba con las Parroquias Belén y El Sagrario.

El runche era un juguete popular muy común, con botones y/o tapas aplastadas de cerveza o Coca-Cola afiladas y dos huecos centrales separados, pasábamos por ellos una cuerda fuerte, que se enrollaba girándola por los dos extremos y luego de enrollado, se tiraba de esos extremos para hacer girar el runche, los afilados, eran un cuchillo volador que costó sustos a muchos; el juego consistía en tratar de cortar la cuerda del otro con tu runche afilado, al cortar, la tapa cortada volaba girando anárquicamente suelta por el aire, pudiendo herir a alguien del contorno o a los propios contendores...

Los creyones especialmente los "prisma color" eran tesoros que todos deseábamos, nos gustaba pintar y estamos rodeados de pintores aficionados, así nos llegó una caja de 12 colores, en una lejanísima Navidad. Otro regalo de ocasiones especiales fue un "mecano", similar al Lego de hoy, pero más rudimentario y sin sus sofisticaciones, era de láminas metálicas, con tuercas y tornillos para juntarlas y armar modelos, que el juego traía... con el devoraba las horas.

El yoyo gringo era eso... un yoyó, había amigos, que hacían piruetas inconcebibles al operarlo. Verdaderos profesionales del "oficio".

Se celebraba la Navidad, también los Reyes Magos y el ratón, que ponía algún dinerito al dejarle un diente de leche caído en la batalla diaria. El niño Jesús era el líder de los regalos navideños: el arbolito y San Nicolás tenían menos popularidad que hoy y la pólvora, era la reina de cada Navidad en todas sus formas y llenaba el cielo de reflejos artificiales de colores y explosiones llenas de luz. Los globos colombianos, empezaron a llenar los espacios merideños en cada Navidad... que era un evento que reunía las familias distantes y nos unía en los sueños.

Muchos se divirtieron coleccionando estampillas afición popular entonces, también las colecciones de insectos fijados a un corcho con alfileres era entretenido.

Las metras y sus primos los bolones de mayor tamaño, eran juego en cada minuto libre, habían muchas variedades de ellas su juego: el radio y/o la hoya, se trazaba su forma en la tierra y con tiza en los suelos de cemento. Un "juego de azar" era el utilizado por "empresarios metreros" de gran alcance, con una cajita de madera donde venían las tizas, a la cual le perforaban tres o cuatro espacios en forma de portalitos, se hacían "muy ajustados" para que apenas pasará una metra, los apostadores se colocaban a pasos de la cajita, en lugar fijado por el "empresario jugador", se lanzaban las metras que llovían, sin mucho entrar por aquellos "portalitos-ruletas", estas metras perdidas eran del emprendedor y si alguna de ellas entraba casualmente por uno de aquellos ajustados agujeros, arriba del portal, estaba escrito el número de metras que había ganado. Este juego llenaban los terrenos tierrosos del Estadio Lourdes del Colegio y en las calles de tierra de la ciudad, que las tenía abundantemente en sus parroquias.

Los trompos eran populares, habían verdaderos magos en su manejo y gigantescos en su tamaño. Los criollos del mercado eran tallados en duro palo de naranja y otros de maderas de cinaro andino, su herrón era un clavo de acero, que hacía al trompo "tataratear" brincando al comienzo, hasta volverlos "sedita" de tanto bailarlo, en los trompos la variedad era tan grande en tamaños y formas, que era divertido verlos amarrados en crinejas de curricán en los mercados de cada Semana Santa. Los buenos jugadores tenían malos trompos, que colocaban para los castigos al perder; aquel trompo era golpeado por el ganador con otro trompo de herrón de hachuela, para buscar partirlo. En tiempos más viejos, los de mi padre, habían herrones de gran calidad, costo y prestigio, que laboraba un acreditado herrero Merlina, lo llamaban "herrón Merlina", término de aquellos tromperos más viejos.

El Ping Pong, era el juego de los Colegios, corríamos a la campanada de recreo para llegar primero, a "tocar" las mesas de Ping Pong y jugar los minutos de distensión por "derecho propio", en orden de tocada y llegada.

Los circos que llegaban a Mérida se establecían en los terrenos libres de Barinitas cercanos al entonces nuevo Seminario. Los colombianos y sus picantes payasos eran comunes, el circo Razore u otro Circo exhibía a "Blacaman", que dicho en corrección era "Black a Man", un melenudo fuerte y gordaso que no se le veía cara si no pelo, y pelo llevaba desde las cejas hasta los pies. Después los

circos y carruseles, se instalaban en terrenos de la Urbanización de La Magdalena (vacíos) que después partió "el paseo de la feria".

Siempre me gustó la pintura, he sido un arquitecto frustrado y un pintor que sin escuela, pretende crear todavía algo que llene momentos vitales especiales, mi abuelo materno lo hizo, Ana mi tía fue excelente, mi madre pasaba largas horas haciéndolo y yo imité esa vocación de sangre. Mi profesor de arte, en el bachillerato fue Carlos Páez, un español flaco con buenas "eses" de gran dicción, el mejor dibujante... hizo los retratos de los muchachos del colegio que murieron en el accidente aéreo de Monte Carmelo, que sustentan la explosiva y bella creación de San Javier del Valle Grande. Nos dio la base del dibujo clásico, era un haz con el lápiz, que deslizaba con premura y maestría en el papel, después, ver a mi madre en el día a día, me enseñó técnicas del óleo que yo convertí al acrílico. Mi amigo profesor Carlos Páez, nunca más lo volví a ver; no sé si fue un exquisito bohemio o un gran pintor; era joven entonces, blanco, de pelo liso y cara huesuda y lleno de excelencia técnica.

El Tío Alfonso Parra (Toto) un tío espontáneo y clasado me regaló un tren eléctrico réplica de cualquier tren europeo que cuidé con esmero, era el esposo de Elenita Pardi Dávila con la cual mantuvimos cariños especiales. Igual con el Doctor Francisco Domínguez Villegas, intelectual Trujillano, quien también me distinguía con tratos singulares como esposo de mi Tía Ana Parra, de él conservo hoy trascendentes libros de autores andinos y venezolanos que de su biblioteca me obsequio su hija Gloria.

Había otro profesor de música, el profesor... López Peinado, español, que nos daba notas en el acordeón del que nos dio lecciones, tampoco volví a verlo jamás, era un gordo cordial y dicharachero, de gran oído y calidad, blanco y colorado. En ratos de ocio y hastío aprendimos el cuatro y el tiple, que disfrutamos tanto los años de serenatas, después en los grandes lapsos de aburrimiento de recreos largos aprendimos a tocar la sinfonía. Mi dúo musical fue siempre el hermano "Ivan Rojas Rojas" que le gustaba el ron...y las guitarras.

Las cometas llegaban con los vientos de Semana Santa, eran de papel de seda de mil colores, y armazón de estillas de carruzo, se pegaban con engrudo (almidón) y llevaban una cola de retazos de telas viejas como contrapeso, algunos, colocaban en aquellas colas dos o tres hojillas de afeitar, con las que buscaban

cortar la cuerda de las cometas vecinas, con hábiles movimientos de cercanía para despachar al contrario, si lo lograban, la cometa herida se iba dando volteretas sin control en el cielo, que se la llevaba para siempre acompañando al viento que la alejaba loca del lugar de vuelo, trastabillando cielos y montañas en revolcones aéreos hacia las otras y el cielo merideño.

El Estadio Lourdes era el estadio del Colegio San José, era un campo grande rodeado de Sauces, después construyeron algunas gradas y tenía pequeños campos infantiles, los arcos eran de tubo super fuerte y sus mallas eran de alambre alfajol, que hacía discutido el conteo de goles por los rebotes. Tenían dos piscinas, una rectangular para "mayores" y una cuadrada y con poco fondo para "bambinos", sin planta de tratamiento, sus desagües creaban una charca de la que nacía un arroyo lleno de peces millón (gupis) donde pescábamos siempre, con las ramas de los sauces hacíamos arcos y flechas y allí jugábamos los ratos libres, años después el progresista José María Vélaz S.J. inteligente rector soñador de sueños, negociaría con el gobierno de Vicente Tálamo, el paso subterráneo del Colegio a los campos, que además de la comodidad y valor de integrar las propiedades, evitaba "la fuga" de los internos en las tardes de terminación de clases, para pasar "escapados" un rato sueltos en la ciudad adyacente. En los campos estaba la carpintería del Colegio donde elaboraban pupitres, mesones, tarimas y bancos para el Colegio. En la piscina grande, aprendimos a nadar cuando una pelota muy grande imposible de abarcar que agarrábamos, fue empujada por el Padre Andreu S.J. quien gritó al soltarse la pelota, ya en el agua "sal a la orilla Celis o te ahogas", el pavor me hizo manotear "eficientemente" en segundos, y perdí el miedo a la hondura que era mi tragedia con el agua en el mar, piscinas, ríos y quebradas... y a manotadas tome la orilla. Aquel día empecé a nadar.

En el campo magnífico del colegio, del cual algo queda... estaban: Montilla que vivía en uno de sus laterales en una casita de tejas, era grueso y de pelo rojo castaño, un bigote ancho y poblado y un sombrero bien puesto, moreno, y machete al cinto, recorría los campos y estaba en todas partes, con un potente pito, que aumentaba su recia autoridad. Montilla tenía en un lugar libre una trampa de cazar patos Guariréis. En un cuarto con otros espacios laterales, estaba el negro Secundino, pelo chuto, era joven y despierto y cobraba por su eficiente oficio de arreglar balones, los cosía y les ponía parches a las tripas

reventadas, aquellos balones de cuero, eran pesados y tenían una especie de bragueta por la cual se sacaba y metía la tripa, que era cerrada con una tira de fuerte cuero, muy distantes de los sintéticos y livianos de hoy, un buen día de lluvia un equipo forastero perdía el partido por el extremo peso del balón enchumbado merideño. Secundino también ponía clavos y tacos de suela, a los pesados guayos que tenía refuerzos densos, en sus punteras. Un buen cabezazo por aquel lado de aspereza, el de la "bragueta" dejaba chichones y rotos en la frente.

Muy niño recibimos un bello regalo de cumpleaños, un libro infantil de "Don Quijote" con brevedades de sus páginas ilustradas, que conserva una de mis hijas. Viendo algunas hojas sueltas y viejas de nuestro archivo, sacamos los apuntes que Cervantes en la voz del Quijote aconsejó a Sancho Panza, para cuando fuese gobernador de la ínsula que le adjudicaría para gobernar; eran consejos y prédicas dadas en el colegio y en la casa que se nos quedaron marcadas para siempre... recuerdo muchas.

Cito: Al ver cadenas y hablar de los esclavos que conducen las galeras, Don Quijote pregunta quiénes son Sancho y éste le responde: "esta cadena es de Galeotes¹⁰ que forzados por el rey van a las galeras" -y Don Quijote interroga ¿"como gente forzada"? Y agrega "es posible que el rey lleve a la fuerza a ninguna gente?". Es realmente una ingenuidad candorosa del Quijote ¡pero lo liga al concepto ilustrado de libertad! La libertad, la deliciosa libertad, importa que la libertad, sea obstruida, limitada, imperfecta, si es libertad... es un bien..."

Don Quijote sigue con sus sabias lecciones a Sancho: "Debes temer a Dios, es sabio le dice. Conocer te, para no ser pedante, has gala de la humildad de tu linaje"... ¡genial! Y esta verdad es tan cierta y profunda que la pedantería de ricos y gobernantes que tanto vivimos, termina cuando después de horas de pompa fastuosa los dejas sólo en "el cajón" en el cementerio, allí la pedantería que confunde y acorrala a tantos mortales se vuelve necia y estúpida y llena de gusanos en su intolerante pestilencia.

Pero continúa el brillo de Cervantes en la voz de el Quijote: "la virtud vale -Sancho por sí sola, lo que la sangre no vale, no desprecies a los parientes y amigos que lleguen a tu ínsula". -Se hace aquí sublime el valor de la democracia y de Platón-, valen por el mérito, la virtud, el oficio, la instrucción, nunca por la sangre o por el privilegio artificial que te mantiene (decretado?). Y Sancho al escucharlo con

¹⁰ Los Galeotes: eran esclavos que conducían encadenados las galeras.

genialidad señala: "yo imagino señor -que es bueno mandar aunque sea un hato de ganado", Sancho regresa a la realidad- obsesiva del hombre: el poder:

Y continúa el viejo flaco y huesudo y dice a Sancho: "la compasión son lágrimas del pobre; y al que has de castigar con obras no lo trates mal con palabras". En ésta, recuerdo al que me ha acompañado generoso y entregado por años! Luis Hernández Peña, quien relata que de niño, él decía a su padre que le reprendía con gran severidad de palabra, él replicaba: "papá si me va a pegar no me regañe"...

Pero la genialidad que Cervantes va sembrando en el pueblo de la tierra, no es sólo para remediar el alma, también alerta el Quijote a Sancho Panza sobre el cuerpo: "el baño debe ser diario y continuó; hay que cortarse las uñas, nada uñas largas amarillentas de pajarito; no andes mal vestido o desceñido, zafado, destartado en tu ropa; viste a tus pajes, pero también viste a los pobres; no des malos humores, nada de comer ajos, ni cebollas Sancho; come poco y cena poco; se templado en el beber; no comas a dos carrillos; ni eructes, ni regolde; nunca mezcles pláticas con refranes; si vas a caballo hazlo bien montado, derecho, firme, unos parecen caballeros y otros caballerizos; Sancho, modera tu sueño, el que madruga goza del día; toda hartazgo es malo Sancho gordo" y sigue Don Quijote enseñando al rústico Sancho, de las cosas pequeñas que hacen lo grande de la vida, que nos enseña a convivir en libertad, es el libro más hermoso de la humanidad: idealismo puro.

Mi inclinación por la lectura como diversión me la sembraron en mis casas y años después el Padre Carmelo Salvatierra S.J. Nuestro profesor de castellano y literatura en el bachillerato, que sabiamente manejó el interés por la excelencia en la lectura. En la familia se promovía tal inclinación, ya vimos que el tío Enrique nos regaló los cuentos de Calleja, en una Navidad mi padre me regaló el bello libro con ilustraciones y letras grandes "el Quijote", del que antes escribimos; Eloy Dávila Celis nos obsequió una bellísima publicación con tres tomos: "el reino de los animales" de Artur Berger y Josef Seltmd, que disfrutamos mucho tiempo. La enciclopedia Espasa fue otro estimado regalo que llegó a nuestras manos y el Tesoro de la Juventud, fue un bello regalo de la abuela materna. Con Julio Verne insistía mi padre en acercarme a los libros... Verne me gustaba sólo a ratos y a veces cansaba mi edad.

En la biblioteca de nuestro padre nos interesamos muy temprano por los indios que reducían cabezas en el Ecuador. Los jesuitas en forma sistemática y continua solían promover con "pasión" la descalificación de Voltaire, tanto, que desde temprana edad -tal vez no acorde con tal interés- atrajo nuestra atención y me intrigo ¿quién sería? el tan mentado Voltaire, de él decían que "a la tercera vez de verse al borde de la muerte y sus amigos no querer traerle al Sacerdote que deseaba viniera nuevamente... se tomó entonces, —contaban ellos—, los restos de su bacinilla"... esto repetía algún Cura Jesuita con vehemencia. Busque a Voltaire en la biblioteca de papá y no entendiendo mucho aquella lectura sobre él, apagué mi curiosidad... hasta años más tarde que leímos con más propiedad mucho sobre Voltaire el gran revolucionario de la libertad como Bolívar, enemigo de los absolutismos dogmáticos. Mi madre me leía o ayudaba a leer los cuentos universales, así conocí a "Simbad el Marino", "Gulliver", "Ali Baba y los 40 ladrones", "Pinocho". El aprender a leer me abrió paso a una curiosidad que yo ya podía manejar parcialmente, la prima Magdalena Picón Parra que nos consentía de manera especial, nos llevó con primos, para ver la película "Fantasía" de Walt Disney, con ella comenzaba aquel imperio, el largo camino de sus éxitos en el mundo, que ha llegado a dominar "el comunismo" de la Nueva China capitalizando sus espacios pues ya existen allí también Parques de diversión propiedad de Walt Disney muy poco leninistas por cierto y muy liberales!!!

En bachillerato teníamos dos profesores que se destacaban por la densidad de su ilustración: Luis Arconada Merino, quien nos daba historia universal y la adornaba con citas literarias y libros importantes constantemente y el referido Padre Carmelo Salvatierra S. J., decíamos, un excelente Profesor que hizo de sus clases a veces pesadas de Castellano, ratos agradables donde leía trozos y ordenaba tareas de análisis sobre muchísimos autores y obras: recordamos la Divina Comedia de Dante, El Arcipreste de Hita y muchos más ocuparon la atención de todos, entendiendo el celestinaje que tanto "adorna" el planeta tierra en todos sus escalones de este mundo nuevo, con aquellas lecturas donde "La Celestina" era centro de curiosidad y aceptaciones mi hermano Gilberto Sandia brillaba como lector conocedor en las clases de literatura.

Con el "Lazarillo de Tormes", el Padre Salvatierra nos lava el cerebro: "esta novela anónima y picaresca enseñaba la verdad de la vida", persistentemente la

acercaba al Quijote de Cervantes. Su historia es simple... es historia de todos y allí está su grandeza nos decía el gran profesor Salvatierra. Un ciego que tiene un lazarillo que lo guía, el ciego sabio por veterano, ve hábil al lazarillo y lo hace hombre con su trato severo y aleccionador; el lazarillo tiene otros dueños, un clérigo que le hace pasar hambre; y un escudero que lo hace sentir pobre...

Otra gran obra para el Padre Salvatierra que nos sembró para siempre, fue "La Celestina" de Fernando Rojas, la celestina era la alcahueta de Calixto y Melibea, "y hace el análisis de la cabronería", respondió un compañero de clase, provocando el sofoco del Padre Salvatierra y la risa de todos.

Y así nos sembró cultura este ilustrado profesor de literatura, haciendo la deseada y agradable para nosotros, recuerdo: "la vida es sueño" de Calderón de la Barca; El Mío Cid, el símbolo icono de la unidad española; "el Cantar de los Cantares" del rey Salomón... y Fuente Ovejuna que nos enseñó verdades políticas que nos impresionaban y hoy nos hacen añorar voluntades colectivas.

Una tía que fue una segunda madre para nosotros Mimina Parra Febres, ("Mirca") soltera, cuidaba a la adorada abuela y nos obsequiaba periódicamente Billiken revista argentina llena de juegos y fábulas: la de León y el Ratón o la del burro flautista. Robín Hood fue el primer libro completo que leímos niños aún.

Al Bar principal de Don Andrés Peña íbamos los domingos a buscar la mesada de Andresin para el cine, recordamos una anécdota negadora de asepsias, uno de los mesoneros puedo recordar que se llamaba Pedro, era preocupadísimo de mantener la limpieza del local, pienso que con necesidad radical... limpiaba y limpiaba casi para pulir los vasos y copas, de cristal, para comprobar su transparencia las ponía contra la luz y las miraba a cierta distancia alargando su mano, si observaba alguna mancha y/o sucio en el vaso o copa —ya lavado— con la mayor tranquilidad escupía la mancha y/o sucio y después frotaba la copa con su limpión para sacarle el brillo en esa parte. Andrés y yo nos mirábamos extrañados de tamaña suciedad... sin hacer comentarios, sólo pensando en el pobre cliente que le tocaba aquel vaso o copa con más mugre que agua.

Capítulo VI

Mérida era sencillamente más fresca, fría y más lluviosa que hoy, el norte terminado en Milla y la vuelta de Lola, podía tener unos 18° y la ciudad del sur terminada en Santiago de la Punta unos 20°. Llegaba mucho, mucho, la neblina y los aguaceros abundaban. Las áreas verdes eran calidad y regocijo de la ciudad. Lagunillas era clima para sanaciones y buena salud, repitamos las montañas del sur eran deliciosos silencios de paz.

Cuando llegaba la lluvia, construían las trampas para patos guariries, unos patos pequeños y flacos, por sus esfuerzos de vuelo desde los Llanos. Hacían un cuadrilátero con malla de gallinero, cerrado éste, lo tapaban con alambres lisos que se cruzaban en cuadrículas, y hacían en su suelo un charco y/o pozo, para facilitar los reflejos nocturnos del agua, después colocaban unos pitadores, patos mansos o parecidos a los otros, pero de pico naranja, que llamaban "yaguasas", estos pitaban al ver pasar en las noches y madrugadas las manadas de guariries, los cuales al ver el agua del charco reflejada en luces y/o pozo y escuchar el llamado de aquellas yaguasas se lanzaban en picada y con las alas replegadas pasando fácilmente los cuadriláteros de alambre y cayendo al encierro... pero al querer levantar vuelo para salir de la jaula no podían hacerlo, pues expandían sus alas a plenitud para remontar vuelo y estas no cabían por ellas, ni podían pasar los alambres de las cuadrículas, quedando así atrapados. En la Hacienda de la Punta, eran famosos tramperos de guariries: Ramón y Aurelio Nieto, en Las Vegas del Río Chama arriba y abajo otros abundaban. Los guariries se comían en sancocho y los vendían en 2,50 bolívares cada uno... apenas si tenían carne...

El primer Restaurante que conocimos en Mérida se llamaba "La Linterna" en la planta baja de la casa del Doctor Rafael Ángel Rojas, calle 24 con Avenida Bolívar. El italiano Héctor excelente cocinero, era el Chef-propietario y recuerdo, preparaba unos ricos espaguetis Boloñesa, una buena pasta, algún otro plato de un corto menú. Más allá en la misma calle 24 unos ¿lituanos? hacían pastas dulces de todos los tamaños y sabores, el cordial matrimonio, atendía personalmente el lugar donde las cocinaban y eran solución al hambre de los internos del Colegio,

al tener oportunidad de comer en la caída de la tarde escapados del Colegio.

Cada Navidad, Mérida se llenaba de Pesebres muy andinos, por sus estructuras, topografías y materiales, se usaban papeles de bolsas de cemento y/o periódicos teñidos de colores variados, que los hacía cada creador o se adquirían en el mercado, donde también vendían increíbles tierras y arenas teñidas de colores. Al armar aquellos pesebres con ayuda de rocas, cajones, brillantinas, musgos de todas clases, hiedras y micas brillantes, que daban fulgores con las luces artificiales. La merideñidad intensa de aquellos pesebres tan originales y a veces inmensos y soñadores como sus constructores, se completaba con pastores, ovejas y figuras artesanales hechas en anime y vestidas con retazos de telas variadas, algunas verdaderas miniaturas y obras de arte que se veían en todos los rincones, principalmente en el mercado. También podían tener el movimiento de trenes, barcos y cascadas. Se acostumbraban visitar los pesebres especiales, por sus dimensiones, belleza y/o movimientos curiosos de "sabios" hacedores, para ello se formaban grupos de amigos que se reunían para estas visitas. El Pesebre de las hermanas Luengo Pardo era sensacional. Los de Pedrito Carrero eran tan especiales, que lo buscaban en casas e instituciones para procurar su apoyo y decoración en otros. Al igual los Jueves Santos, el pueblo salía todo a la calle a visitar los Monumentos en las Iglesias de la ciudad, verdaderas romerías se formaban para estos fines. Cada 12 de octubre, organizaban la gran procesión de la Virgen de la Coromoto, donde acudían Colegios, Bandas de Guerra, Instituciones etc., y al final desde el balcón del Palacio Arzobispal se dirigía a los miles de asistentes algún orador sagrado de excelente verbo, recuerdo haber escuchado al Padre Juan Ramírez Roa y a Ecio Rojo Paredes, ambos "picos de oro" en la región, hemos observado que una luchadora merideña y especial, la prima Elda Dávila de Parra trata de recuperar esa costumbre que da vigor a la devoción de la Coromoto.

El transporte de ganado al matadero de Barinitas, se hacía en camioncitos, pero también había una forma muy original de hacerlo, aquellos que no disponían de motores, lo llevaban amarrando al toro por los cachos de estos pasaba la soga al anillo de cobre que atravesaba su nariz, para dominarlos con el dolor de halarlo, luego cada pata, una delantera y otra trasera, se amarraban independientemente a la soga de cachos-nariz, pata delantera y pata trasera que iban tiradas

por varios hombres, así avanzaban por el centro de la ciudad, dominando al animal que embravecido, al alzarse, era jalado de cada sogá, por cada hombre independiente y el toro era inmovilizado en sus movimientos; este tránsito era acompañado de muchachos,



Los últimos super camiones de 1958 con piezas de teleférico, atravesando la ciudad.

que a prudencial distancia se divertían con el paso del toro trasladado, recordamos aquel cuadro en las cercanías de Barinitas.

El viejo Marcial Paredes, tenía una pequeña carnicería en Santiago de La Punta, y manejaba al pequeño matadero para esa población y la Aldea La Pedregosa y Zumba, Marcial era un viejo fornido, blanco y bigotón, musculoso y un haz matando cochinos, que apenas alcanzaban a chillar frente a su hábil cuchillo. Ramón Nieto administrador joven de la hacienda y amigo de mi niñez era "socio", amigo y ayudante de Marcial, administraba una cochinería que tuvimos, donde un cochino blanco padrote de casi 500 kg comprado al hermano Lascano S.J. era icono y daba prestigio por su calidad, aupando las ventas de lechones y los saltos de padrotes.

Al fondo de Barinitas bajando la meseta por empinadas cuestas estaba junto al Río Chama, San Jacinto, una bella Aldea al pie de la Sierra Nevada, que se hizo grande con la construcción del colosal Teleférico y de donde partía la carretera principal a la aldea El Morro, el Arenal y los Nevados, que hoy por decidía oficial se anarquizó en su crecimiento en las áreas de Chamita.

Barinitas era centro de movimiento en la ciudad: circos, pandillas, "caimaneras" de fútbol, en espacios abiertos Barinitas apenas estaba construida. No había teleférico, ni edificios y allí estaba la Sanidad Nacional, centro coordinador de los ministerios de salud y núcleo de vacunaciones. Algunos días las putas anegaban la ciudad, saliéndose de "Cuatro Piedras" su lugar tolerado y desde sus otros rincones de prudente habitación. La Sanidad se llenaba de furcias y busconas, los días de aquel control sanitario, para ellas, era obligada su asistencia, entonces Barinitas se llenaba de fulanas, que iban con vestidos escandalosos y zapatos de tacón filudo, metidas todas en sus mejores "peroles" y vestimentas en este día tan especial para todas, con mamás, unas bonitas, casi al aire, llenaban

las calles solas de Barinitas para ser controladas sanitariamente y después se regaban como moscas por la ciudad, aquellas mujeres singulares eran llamativas y algunas muy anómalas en su presencia donde los cosméticos y el maquillaje eran instrumentos para destacarse, a un cabello ondulado se agregaban unas cejotas totalmente depiladas y remarcadamente pintadas, el exceso de colorete hacia rojo su rostro y el pintalabios se salía de la demarcación de su boca con estridencia, parecía que procuraban un aire de diferencia con los demás o un signo de rebeldía, pero se destacaban al pasar pues los vestidos apenas rosaban arriba de sus rodillas para enseñar piernas sin mayores recatos.

En aquel tiempo viejo, abundaban el carate y la lepra -al menos lo veíamos más -el carate era casposo y habían anécdotas donde el enemigo llevaba el mal, raspaba la caspa de éste y camuflado, lo daba en una bebida al sano, para “cundirlo” del mal. La lepra se veía en deformidades y ausencias de miembros en cuerpos golpeados, sin nariz o con supurantes muñones. El pueblo temía a estas dos enfermedades y las evadían con gran temor al público, en caseríos y aldeas, el páramo tenía muchos enfermos leprosos...

Tenía unos 12 años, cuando en clase de apologética pretendí intervenir con el Jesuita que la dictaba, la dialéctica planteada era sobre el amor y creencia de Dios, quise intervenir intempestivamente, pero el Sacerdote contrariado bruscamente nos mandó a callar... quedé plantado y transcurrió un largo tiempo; pasado éste, en un recreo extenso, el padre Arismendi S.J. Me llamó para interrogarme sobre mis dudas: le indique que “no sentíamos el amor por Dios, claro y real y que a veces dudamos de su existir...” el padre con su dedo índice cruzando sus labios, me dijo: “oye Celis y del infierno que tal... ¿temes al infierno?” Yo le respondí sin dudarle: “sí, ese es mi problema, le temo y mucho al infierno”. El Padre sonreído, caminó hacia atrás para separarse de mi lado y añadió: “eres una mierda... pero eso te vale” y se marchó. Esta lección me sirvió el resto de mi vida y me ayudó a madurar en verdades vitales y filosóficas para siempre.

Se ha generado actualmente, con la aparición de manuscritos del siglo II y/o IV D de C, un debate sin razón; lo central en la polémica de “si Jesús era o no era casado”. El Apóstol Pedro, primer Papa, es decir primer jefe de la Iglesia, ¿era casado...! Los demás apóstoles lo eran o no, nunca se han detenido en esto.

"¿Cuál es el problema?" Diría el jovial amigo y pariente Paco Calderón Gabaldón. San Pablo era casado y ha sido uno de los líderes con más talento de la Iglesia de todos los tiempos. El carácter de célibe para los sacerdotes, más que por separarlos de lo carnal y lo sensual, es por un deseo de que estuvieran "a dedicación exclusiva, en su difícil apostolado", esta exigencia de "dedicación exclusiva" es una de las formas de ejercer como Profesor Universitario, y esto es lo trascendente e importante. El Libertador Simón Bolívar, libertó cinco naciones y recorrió a caballo la mitad de la América hispana, con un desprendimiento superior y una total entrega... ¿Sabes que facilitó esa legendaria y eficiente gesta? Que Bolívar no tenía esposa ni hijos, de otra forma sin "dedicación exclusiva", no lo hubiera hecho, ni hubiese logrado el mismo éxito y brillo que acompañó a El Libertador.

El Vaticano debe abandonar este estéril polémica... "del Jesús casado", por carecer de trascendencia para la religión católica, romana, pensamos. casado o célibe, —creo lo segundo—, es Cristo, Dios y hombre. María Magdalena es otra excusa, para sacar dinero con otra "novela" de distorsiones, como lo ha sido "El Código de Da Vinci", con millones de dólares de utilidad, hechos en el capitalismo consumista, amoral y arrollador de hoy que no tendrá tanto éxito con su reciente libro "Inferno".

La Plaza Bolívar era centro cívico y social de la Mérida de entonces, allí nos reuníamos todos, era el núcleo excepcional igualdad, viejos y jóvenes, fiestas populares, final de procesiones numerosas y encuentro de conciertos. Mujeres bellas solas o con sus novios. Había una estupenda Banda del Estado, dirigida por Don Rafael Rivas, e integrada por muchos maestros de la música, esta decantó en sinfónica, esta banda alegre tocaba retretas los domingos por la noche y la plaza se llenaba de merideños de todas clases, colores y bolsillos, allí se iniciaban y terminaban amores, los viejos en el centro verde de la plaza hacían largas tertulias nocturnas y en las misas de aguinaldo se llenaba de patinadores que se deslizaban por su ancho contorno de liso y atractivo granito. No habían buhoneros, éstos estaban en derredor del mercado principal, el espacio era verde de pinos, gramas, plantas y anchas caminerías, la banda ejecutaba desde un espacio de concreto situado alto frente a la calle 22. Había y se sentía total respeto y absoluta libertad y convivencia. Tenía 12 años cuando fumábamos con el conejo Pérez Febres que nos enseñó a aspirar cigarro sin atorarnos, en

sus lecciones con cigarros "Lucky Strike", comprábamos cinco cigarrillos por un real, terminando con dos cajetillas diarias de Marlboro rojo y con filtro. El Conejo es un flaco, guayanés, hermano de por vida, entonces tenía unos dedos nicotinosos color ocre, estrella del fútbol colegial, pertenecía al Coro y después se hizo conmigo Abogado. Ya señalamos la casa de los Pérez Febres era fondo del exterior de Banco Venezuela (Mérida) que era trascendente en la ciudad por su fortaleza, lo conducía admirablemente Don Ramón Pérez Clavier; era un viejo cordial y aparentemente manso, pero de una inteligencia y viveza que no podía esconder, su esposa Doña Tula, era todo amor y bondad, nos trataba a todos como sus hijos. Vivían en la misma casa del banco que era inmensa, ya que la familia era extensa y a ella se agregaba primos guyaneses que estudiaban en la ciudad. Había un cuarto grande de varones con al menos cuatro o más camas y un desorden de libros; allí convivían Pedro José (Zulu) el mayor que después ha sido uno de los grandes cirujanos del país; el conejo; Alfredo (el chingo) brillante líder en su oficio; y el gordo Rafael, que forjó gran parte del social cristianismo oriental venezolano, donde Copei antes de él apenas existía. Luisita ya hablaremos de ella, era la consentida y estudiaba donde las Salesianas. La casa de los Pérez Febres era casi un club para todos, por la generosidad de Doña Tula y la calidad humana de esa gran y distinguida familia guayanesa.

Era costumbre que se hizo andina entonces, pedir la "colita" al fumador que estaba por terminar su cigarro, el tabaco negro capitolio y/o victoria, era un áspero y fuerte recuerdo, los Iribarren Ramón y Rafael, cambiaron de tabaco rubio a tabaco negro... para que nadie les pidiera "colitas"... El cigarro era prohibido en el colegio sólo fumaban los mayores -con permiso escrito de sus casas- esto nos hacía magos en esconder el aliento y el humo, maneábamos el cigarro metido en la mano y está en un bolsillo, o fumando en los baños y sitios abiertos: en los campos de fútbol, los chicles nos ayudaban al llegar a casa para despistar olores. Una caja de cigarro rubio importado costaba dos bolívares, todas las bodegas los vendían detallados. Era un vicio popular de muchos, en aquel tiempo, los vicios eran: el cigarrillo, el aguardiente y el chimo, que era tal vez más interiorano. No existía a nivel popular y de calle las drogas como la marihuana o la coca, sólo estaban estas en los grandes cenáculos y bolsillos del mundo de artistas lejano, que no vivíamos y sabíamos de algunos médicos morfinómanos,

llegados a ello por su propio oficio. En 1968 empezaron a llegar las drogas de Colombia y tuvimos traficantes criollos y bandas de narcos de gruesa dimensión.

Los portones de las casonas del centro merideño, eran muy altos y de pesadas maderas, entrabas por ellos para llegar pasado el zaguán a una segunda puerta más pequeña y que no alcanzaba el alto techo, era la romanilla, donde estaba realmente la puerta que tocaba el visitante, en las primeras horas de la noche el portón se cerraba hasta el siguiente día que se abría muy temprano en la mañana. Las ventanas de Mérida eran legendarias, casi todas, para no decir todas, tenían una celosía que se abría en sus laterales, estas celosías eran metálicas con miles de agujeros que dibujaban formas y que permitían ver la calle... sin ser vista la persona desde afuera, así se bisbiseaba con tranquilidad. La ventana sobresalía de la pared con la armazón de sus balaustres de madera o hierro y en el marco de la ventana, esta podría estar herméticamente cerrada... habían algunas que jamás se abrían y otras que vivían abarrotadas de ojos escrutadores en diversos "turnos" y momentos escudriñando la calle... mucho tiempo sola. Según fuera el lugar.

La electricidad ocupaba la ciudad debidamente, con postes en todas sus esquinas. Habían dos compañías que en algún tiempo tuvieron dificultades por representar ambas un monopolio de primos y parientes, que el tiempo dispuso y que hoy todos olvidamos. Eran dos: la Compañía del Alumbrado Eléctrico de Mérida, conocida popularmente como "Luz Parra", fundada por Caracciolo Parra Picón, con grandes dificultades y enorme voluntad y visión de crear y la Hidroeléctrica Mucujun, fundada por Antonio Picón Gabaldón en 1940 y conocida por el pueblo como "Luz Picón", muchos tenían suscripción en las dos empresas y cuando una fallaba, pasaban "la cuchilla" para recibir fluido de la otra. A las seis de la tarde en las casas debía pasarse "la cuchilla" para cambios operativos. La luz Parra estaba en un pequeño galpón en Mucujun, que aún existe, sus oficinas eran en la Avenida Zerpa con calle 18; y la luz Picón en instalaciones en la Aldea Chama y sus oficinas en la legendaria casa de los Picón en la esquina de la Torre (Catedral). Ambas fueron vendidas en negociaciones amigables en 1958 a la empresa oficial nacional CADAFE y cualquier escozor histórico terminó para todos felizmente. Antonio Picón Pardi desde muy joven era fundamental en la empresa, lo recuerdo activo y organizado con una camioneta de tolva, estudiaba

Ingeniería Civil. Tony se hizo más mi amigo al casarse con Gloria Aranguren Salas y se hicieron nuestros compadres, llegando todos a alcanzar grandes afectos. Tony es ahora un competente historiador que conoce a fondo la historia merideña y su gente pues es competente y leído conocedor de la genealogía merideña.

Los Velorios sobre todo los del campo, eran aglomerados y visitados acontecimientos populares, reverenciando al difunto con abultados obsequios y manducatorias, en condumios de sancocho de gallina o carnes, adornados con pases de café y miche (aguardiente); si el muerto era músico estaban con él los compañeros del conjunto que lo llevaban hasta el cementerio. El Velorio era largo y ritual y cambiaba de acuerdo a lugares y rezos. Días después proseguían los actos con el novenario, el cabo de mes y el cabo de año, con altares en las casas y generosas pitanzas y brindis. Los entierros de los niños, angelitos con alas, eran también condumios especiales, que llevaban tiempo. En los entierros citadinos se caminaba por cuadras detrás de la limusina que portaba al muerto. En algunos entierros “el cajón” era llevado por 6–8 amigos que turnaban su paso lento al Cementerio, cuando éste era cercano.

Las diversiones infantiles de los domingos se concentraban en algún Parque itinerante de entretenimientos instalado en la ciudad; algún circo ubicado por los lados de Barinitas y en los Cines, a la entrada de el futbol se cambiaban barajitas de colección y cómicos, algunos desechos por su uso y cambio de manos: el Capitán Maravilla, revistas de Mandrake El Mago, el Fantasma, Supermán o Roy Roger y otros. ... Benitin y Eneas recuerdo ahora.

Habían dos cines principales, el precio era de un bolívar; en el comienzo recordado el Cinelandia y el Cine Mérida, el primero estaba pasos abajo del Mercado Principal por la Avenida Lora (2) y el segundo en la Avenida Independencia (3) pasos arriba de la Plaza Bolívar; fundamentalmente habían dos funciones en las que nos reuníamos una a las once de la mañana y el tradicional “Matiné” a las tres de la tarde. Había otras a las 5 p.m., 7 p.m. y 9 p.m. en ellos se hacían verdaderas ferias de encuentros y celebraciones para vernos, los años fueron facilitando el ver las novias y amigas, aunque estas fueran blindadas de hermanos, mamás y grupos, también nació el Cine Popular y el Cine Imperial de grata recordación. Había un cine originalísimo sin techo, donde algunos llevaban su propia silla, los días de aguacero por supuesto no se daba la función,

éste pertenecía a una fundación de protección a los débiles, conocida como "Unión Protectora", la entrada costaba 0,50 Bolívars con derecho a chinches, pulgas, piojos y alguna nigua descarriada. Años después nacería el Teatro Glorias Patrias frente a esa Plaza y el Teatro Gran Casino en la Plaza de Milla ambos del poderoso grupo "Diez y Riega" y el Cine Tibisay del grupo Plaza en la Avenida Universidad. Eran los tiempos en que la juventud merideña, todos, estábamos enamorados de la descomunal Esther Willians que pavoniaba su belleza en la película Escuela de Sirenas; Mickey Rooney hacía reír; Frank Sitrana era el Julio Iglesias que reinaba; y Ricardo Montalban lucía su porte de elegante autor latino. Los Beatles estaban por tomar el mundo con su Batlemania; Alfredo Sadel era ídolo de las mujeres y Agustín Lara ronco y feo con sus poemas musicales levantaba al primor de María Félix.

Frente al viejo Hospital se colocó con "visión" una funeraria que ostentaba exhibiendo, los desagradables cajones de madera en que nos meterán a todos, aunque no nos agrade la asfixiante idea... cajones que ya empezaban a mezclarse con los de metal acolchados para ricos más soberbios. El Hospital viejo era un emblemático edificio, repleto de excelencia académica y formidables galenos, su esquina se engalanaba con las batas blancas de médicos y estudiantes que frecuentaban el cafetín diagonal a él, en un ir y venir continuo y diario. No recordamos lógicamente a todos aquellos valiosísimos médicos, tan lejanos a los frágiles y masificados "médicos sociales" de hoy, que se gradúan conocidos y abundantes "tres años" de médicos - políticos. Hare mención a los que el afecto me permite tener más cerca del recuerdo, creando así nostalgias: El pedigri medico del trascendente cirujano Doctor José Antonio Parra León, se salió de los límites regionales para mostrar su excelencia profesional al país; a Joaquín Mármol Luzardo el inmejorable cirujano, entrañable amigo, con ojo y cerebro denso y sabio, casi genial, que le permitía diagnosticar al vuelo lo que llevaras dentro; Daniel Ortiz era su otro yo, como excelente Cirujano; Eloy Dávila Celis el mejor clínico de la región, viajaban desde lejos para verle; José Humberto Ocariz escritor y hombre de una depurada calidad académica y humana; Néstor Febres Cordero con ojo de águila para saber lo que padecías; Justo Miguel Bonomie que con Juan de Dios Celis Dávila formaban una llave excelente y brillante en traumatología, el Dr. Bonomie se integró con tanta

fuerza a la ciudad y su gente que fue después gran líder social y político exitoso; José de Jesús Avendaño era el líder de los pediatras fue el amigo y sostenedor incondicional de la salud de mis hijos, aún en su retiro; el Cardiólogo Germán González el gran “Batu” de mis afectos; Carlos Esteban Chalbaud Zerpa era líder despierto en su área; Jonh Inglessis un cardiólogo de lujo, con Mauricio Vargas un partero inigualable; José de Jesús Rojas excelente oftalmólogo y gran médico; Gabriel Gonzalo Picón Parra radiólogo que dijimos en algún lugar de este relato, revolucionó tecnológicamente la medicina en la ciudad facilitando y dando diagnósticos que enriquecieron el piso a su ejercicio médico; Doctor Domingo Baptista muy competente; José Molina Burgoin que fue mi entrañable médico, por quien guardé fe y cuyos honorarios fueron siempre el cariño y la amistad. Había un médico de excepción, que dirigía con esmero y calidad profesional el antituberculoso de Mérida: el Doctor Augusto Gabaldon Parra, excepcional, uno de los grandes médicos venezolanos, esmerado, pulcro y competente. Otro de los grandes fue el investigador Doctor Mario Spinetti Berti, de condición singular. El Doctor Américo Romero es muy recordado; y el Doctor Abdel Fuenmayor fue un competentísimo cardiólogo de fama nacional tal vez. César Paredes Briceño, era un director de postín que mantenía un hospital que brillaba en su asepsia y equipamiento, lo demostró en todos los sectores como Director del viejo Hospital y como cofundador y motor de la primera Clínica Privada de la Ciudad: la Clínica Mérida. El pariente Dr. Antonio José Uzcategui rectoraba magistralmente la Maternidad, donde creó una brillante escuela “de parteros”, tuve el privilegio y el honor de que recibiera medicamento a mis dos primeros hijos. El terror me invadió al ver a María Carolina mi hija, con su cabecita “puyuda”, al inquirir por ello al Dr. Uzcategui, éste rio, agregando: “tranquilo Bernardo es el forcé, se le pondrá “redonda” y así fue... Pedro Rincón Gutiérrez uno de nuestros grandes parteros con Daniel Febres Cordero.

El Doctor Claudio Vargas Mendoza con larga pasantía en el ejercicio médico en la Europa de posguerra y quien sería después de muchos años mi suegro, se destacaba y distinguía con luz propia en el país primero y la región después, abriendo y reorganizando los grandes hospitales central que iban naciendo y así fue a Maracay, Valera, Tovar, Barinas y Mérida. El Doctor Vargas ejercicio la Odontología y la Medicina, profesiones que ostentaba.

Mérida no tenía escudo... pues fue fundada en rebeldía, sin consentimiento de la corona, ni de Bogotá, por eso la nombraban al comienzo "Ranchería de San Juan de las Nieves". La cultura densa de los que se aposentaron en ella, dos conquistadores y otra ciudad "traída" por Juan de Maldonado, órdenes religiosas, hombres, muchos conventos, el Colegio Jesuítico de 1627 y después del Seminario decantado en la Universidad de Fray Ramos de Lora, todo le dio piso de sobra para llegar a ser la gran metrópoli que se desarrollara, entre más allá de Lagunillas, El Añil y Tabay. Mérida nació muy lejana al mar que desarrollaba a los pueblos y entre los obstáculos que hacen las montañas altas en cordón de Sierras más allá de Lagunillas. El Concejo Municipal del Distrito Libertador en resolución del 9 noviembre 1955 presidido por el Doctor Julio Gutiérrez Arellano Abogado de brillo, le dio el bello escudo que elaboró en el talento y gran cultura Marciano Uzcategui Urdaneta, merideño de la excelencia, con asesoramiento del gran historiador del pie del Ande Barines Pedro Nicolás Tablante Garrido y la ayuda profunda del historiador Ramón Darío Suarez Baptista, protector y amante intelectual de la ciudad. Esta historia llenó mi casa, pues formó parte de aquel Concejo histórico mi padre, Abogado y Profesor Universitario: Pablo Celis Briceño y mí entonces joven primo, Roberto Gabaldón Parra, quienes lo suscriben. El escudo fue oficialmente aprobado según consta en acta de sesión Número 17, del 24 de agosto de 1955, creando el bellissimo escudo de hoy, suscribiendo además otros prestigiosos concejales de la ciudad en aquel momento; merideños sobresalientes y aliados de la meseta: el Doctor Humberto Nucete R., Don Hermes Balza P., Don Asdrúbal Baptista y Don José Rafael Avendaño y como Secretaria Rosa Uzcategui Raven, talentosa merideña de gran estimación y aprecio en la ciudad.

Pecho e' Palomo o Pichón de Palomo, se llamaba Antonio María, era un atolondrado inteligente y habilísimo, baboso cuando te necesitaba y excesivamente agresivo en sus rabietas. Así era éste simpático chalado popular; protegido de todos. Surcaba la Ciudad de Norte a Sur y Sur a norte, para caminar se inclinaba hacia adelante y movía sus manos como péndulos logrando un andar rápido, sin dejar de vistear su alrededor a cada paso. Era blanco, de pelo lacio pantalones mayores a su talla, sin muchos dientes, siempre llevaba periódicos viejos que vendía a las carnicerías del mercado, para envolver la carne, esto con



Dr. Pablo Celis Briceño

ocasionales mandados y alguna dádiva hacían su diario. Se podía hacer un libro con sus anécdotas: sabía a leguas del sepelio de algún acomodado de la ciudad, "carajo se murió don Torcuato, aquí la vaina se puso buena" decía entrando a la casa del velorio a "recoger"; a las mujeres les miraba más las joyas... qué otra cosa, cuando llevaban algún prendedor les pedía "regálame el prensa pechito ese..." Duró los años de nuestra niñez y más... en la Facultad de Derecho, le dábamos un billete al entrar y otro al salir de la clase, y con ello lo animábamos a participar de voz en ella, el debate que se organizaba era de gran relajo... un día nuestro Decano Doctor Masino Valeri ya desesperado con tales actos, lo llamó aparte, no supimos que le dijo, pero Pichón e' Palomo, jamás volvió ni quiso hacerlo a acompañarnos dialécticamente en las clases de los futuros abogados. Otro día que visitaba la Hacienda las Tapias, para buscar "su mesada", al verlo Eloy Dávila Celis, quien salía de bañarse en bata, cubrió su cara y cabeza con el paño y pasó cerca de Pichón e' Palomo, para evadirlo, pero este con gran malicia y picardía envuelta en el respeto, gritó "ah carajo... yo como que conozco este fotógrafo"... Pichón pudo ser un talento, que la vida desorganizó cerebralmente. Don Obdulio Picón Picón, en su libro de personajes, un merideño con sabia estirpe cultural, escribe de él: "gran parlachin de dispersa conversación, quería decirlo todo al mismo tiempo"... realmente así era "Pichón".

Habían dos locainas que ellas mismas se hacía llamar locas: la loca Ana María, una "la negra", apodada "la zamura" de impecable moño, iba siempre de negro y reía sin complejos, exhibía sus dos gruesas encías, con un solo diente en las profundidades oscuras de su bocota, como para destacar más la fealdad de ella, trabajaba como auxilio en las cocinas pudientes de la Ciudad y piropeaba púberos varones, "aquel si me lo comiera yo con gusto..." decía soltando su sonora y gutural carcajada, haciendo más gestos, con brazos y manos para destacar la acción de tenerlo apretado amorosamente. La otra era blanca y las canas tapaban su viejo pelo que tal vez fue rubio, era la loca Ana María "la blanca", gorda, tenía un pompis de respeto, también cocinera de casas pudientes, muchos temían a su genio. Pegaba gritos agresivos en las calles ante cualquiera que la hiciera sentir agraviada. Su boca era chabacana y sucia... ¡Ella no!

Tuvimos una carrera de bicicletas, fue un evento que se hizo de la ciudad y llegamos tan lejos del primero, tanto, tanto, que preferimos decir que llegamos cinco puestos antes del último que llegó a la meta. Éramos unos 50 corredores, cercanas al Colegio vivían las Gutiérrez, recordamos a Olguita y a Blanca, eran vecinas y cercanas y las Pisani, las Pisani más cercanas a nosotros en edad, nos volvían locos a todos: Anabel, Zamira, Nélida y Nilda era muy pequeña entonces, Zamira era muy linda, de pelo negro y liso, delgada como un junco y de una inteligencia excepcional, además de ser agresiva para arrinconar, la tontera que nos acompañaba timoratos, pero al menos a mí, Zamira me movía el piso, cuando retardora y simpática me acometía a veces burlona. Nélida tenía unas largas crinejas y era también muy bonita, las otras, una nos rebasaba en edad y otra tenía pocos años. Aquella carrera de bicicletas pasó frente a ellas, yo quise acelerar en la curva para lucir un poco el pobre puesto que ocupaba y al dar la vuelta, en un charco la bicicleta se deslizó y el golpe para mí fue de supremo dolor; todas rieron y yo en apariencia me enseñe sin dolor; me sacudí y monte nuevamente la bicicleta dando la vuelta en la esquina, ya escondido de la vista de las Pisani y amigas, me tiré como un cerdo revolcando el dolor y reparando visualmente la raspadura sangrosa hecha del hombro a la nalga, en eso estaba cuando desmayadas en burla y gritos las Pisani, con Zamira como líder; aparecieron riendo a carcajadas... mi colosal porrazo desde la esquina.

Escribíamos con lápiz y empezaban a inundarnos de bolígrafos de pésima calidad. Era lujo de Navidad o Cumpleaños una buena pluma tinta que se llenaban con una palanquita que sorbía tinta hacia un depósito similar a un "preservativo enano" la Sterbouk y la Parker, eran las marcas de más renombre, que no manchaban tanto dedos, manos y cuadernos. La tinta casi siempre era azul...y era un lujo poco colegial su uso, en los grados menores del Colegio el lápiz mongol era el rey... permitido y obligado.

Capítulo VII

Hemos repetido que las calles de la Mérida vieja eran de pésima calidad, cuadras y manzanas terrosas en Belén y Barinitas y otras zonas más de la ciudad, en algunos rincones reminiscencias coloniales en piedras juntas como adoquines, destartalados y rotos. El mal concreto y la falta de un buen sistema de cloacas, a veces inexistentes, acompañaban la ciudad aquella. Sus bellos techos y barro cocido hacían al verla desde los montes y sierras que la rodeaban, una bella alfombra de ocre en tejados que hacían la Villa más hermosa, bellísima... con más calidad para vivir; también hemos repetido rutinariamente.

Los edificios empezaron en la segunda mitad del siglo XX, el primero de unas siete plantas, de los hermanos Grespan grupo meritorio que ayudó a crear con su recia voluntad, la nueva Mérida del contorno citadino, el edificio estaba en la esquina de la Avenida Bolívar con la calle 32. Mérida al igual que Santiago de La Punta debió haberse dejado su centro intacto y crecer en la Otra Banda y/o sus contornos menos trascendentes, como lo hizo Bogotá o Bergen, Roma o Praga... Varsovia, son tantas que lo han hecho con visiones de talento... En Mérida no supimos hacerlo.

El cielo merideño se llenaba de nubosidades densas y negros truenos y días de lluvia, y de cielo azul limpio con la ventisca andina que lo limpiaba en los veranos. Había vías, carreteras importantes: a Jaji, a La Azulita y la Chorrera, a los Pueblos del Sur por Santa Cruz, y antes camino de recuas que transitábamos en 24 horas, y que tal vez relataremos, y la trasandina sin asfalto partiendo de Valera y Timotes atravesaba la ciudad para pasando por ella y Ejido, tomar Santa Cruz, Tovar y llegar a Bailadores, donde remontando las sierras del sur, trepaba al páramo de la negra, neblinoso y lleno de silencios y aguas, hacia La Grita o Pregonero, eran vías fundamentales con el Estado Táchira, es después que desarrollaría Mérida hacia el pujante El Vigía, que salía de su cascarón para ser colocado en el país plano y hacerse líder del Sur del Lago de Maracaibo y desde allí a toda Venezuela y la importante carretera a Barinas. El Vigía riqueza y soporte del Llano de los merideños.



Monseñor Acacio Chacón el Arzobispo, José Humberto Quintero el coadjutor, siguen en procesión merideña. (Foto colección Consuelo de Celis).

Mérida tenía tres obispos visionarios y andinos, llenos de densidad profunda. Jóvenes los hicieron arzobispos, de una de las diócesis más importantes de Venezuela: el viejo líder y respetado arzobispo Acacio Chacón Guerra; el que sería 1º gran Cardenal Venezolano, José

Humberto Quintero y el arzobispo inteligente y simpático de gran carisma José Rafael Pulido Méndez político activo en la constituyente adeca.

Después la mitra merideña tuvo altibajos de tiempo, ausencias y debates se adorno de obispos capaces que, equilibraron el gran prestigio de aquella mitra merideña en los siglos de existencia: Monseñor Domingo Roa Pérez, el arzobispo Ángel Pérez Cisneros entrañable amigo que nos honro con condecoración de la curia; El Arzobispo de la humildad Miguel Antonio Salas y el joven escritor combativo y valiente aún Arzobispo metropolitano Baltazar Porras Cardozo defensor de la ciudad e intelectual de obra y peso nacional.

En aquel tiempo lejano hubo forcejeo de los jóvenes duró el tiempo que duró el Vaticano para dar el cardenalato a Venezuela. Copei y Caldera dieron piso político a la aspiración del gran arzobispo Pulido Méndez que había pasado por la constituyente al lado de Copei, para combatir a los Adecos “revolucionarios” los del golpe contra el demócrata Isaías Medina Angarita; el Arzobispo Humberto Quintero orador insigne, estaba solo en aquel el escenario político, había discurrido en la inauguración del rectorado y el Aula Magna universitaria, tutelada por la mano capaz y protectora de Joaquín Mármol Luzardo, Rector que dio a Mérida y a la Universidad sus mejores y más duraderos cimientos a quien el dictador Marcos Pérez Jiménez -antiadeco nacido del adequismo golpista- había entregado la obra sin duda colosal y más importante en concreto de la Universidad merideña el edificio central de la ULA. Este discurso quitó a Quintero el piso político después de 1958. Venezuela esperaba desde 1824, una ley que normara la relación con la Santa Sede y éste logró político sin duda del Arzobispo Quintero lo fortaleció. Él auxilio de uno de los políticos -que adversamos- más hábiles de la historia nacional: Rómulo Betancourt, quien con sabiduría legendaria,

dio soporte y apoyo político del que carecía Humberto Quintero, apuntalándolo y revolviendo ofertas y seguridades para el Patronato Eclesiástico, dando oxígeno a este gran Arzobispo Merideño, para ser el primer Cardenal Nacional. La Diócesis Merideña quedó fisurada entre Curas “Pulidistas” y “Quinteristas” y el Arzobispo Chacón en su ancianidad de jefe siempre, siguió siendo ductor invisible de aquella gran Iglesia venezolana que tan cerca a la excelencia total el jefaturó por lustros. La Diócesis de Mérida aportó otro obispo Monseñor

Roberto Dávila de nuestros afectos a quien mi esposa y yo, representamos a la gobernación en la compra para obsequiarle —ante su designación— de los arreos episcopales en Bogotá, que fueron obsequio de aquella gobernación merideña al nuevo y sencillo obispo. El Seminario de Mérida donde jugamos tanto fútbol, era dirigido excelentemente por la congregación de los padres Eudistas. De los Eudistas nacieron trascendentes mitras andinas y merideñas: el Obispo que se fue al Llano Helimenes Rojo y el coadjutor Arzobispo Luis Alfonso Márquez. Hubo otro obispo de gran proyección y personalidad el merideño Monseñor Paparoni quien fue nuestro maestro rector en el Colegio Padre Arias en Tovar. Monseñor Paparoni de gran talento y carisma fue amigo y maestro de presencia nacional.

En aquellos años, vividos intensa y diariamente, vimos crecer ladrillo a ladrillo y teja a teja, el contorno de la nueva Plaza Bolívar merideña acabada y rematada por el terremoto de 1812 —y varias veces remodelada— y los sucesivos edificios que públicos fueron regresando su recia presencia colonial. Sólo quedaban como puntales históricos las casas emblemáticas algo coloniales y algo independentistas de los Picón al Norte, con sus plantas llenas de historia y la de los Dávila Fonseca en la plaza, la de Don Adolfo Briceño en la esquina del Carmen calle 20 con Avenida 4 Bolívar y la de los Valeri en esquina de la 20 y Avenida 3 Independencia; y fuera de la voluminosa y bella Catedral (en construcción); se levantaba el Palacio de Gobierno y la Municipalidad y el edificio del Rectorado, pegado a la Facultad de Derecho concluida esta por el Rector Orador Roberto Picón Lares, hijo de Gonzalo Picón Febres, que con sus trazos



Habían muchos tejares artesanales en el Valle, San Juan y el Páramo.

escritos en marfil y oro forjo literatura nacional. El Palacio Arzobispal de Bocetti, también lo demás eran dificultades arquitectónicas alrededor de una plaza que no contó con la ayuda y proyecto oficial para forjar un centro sensacional como el de Lima por ejemplo, donde esta presencia sola, genera la visita diaria de cientos de turistas, que al verlo aunque cercano y lejano, pasmados, regresan a ese centro en nostalgias y recuerdos del Villerreinato del Perú... y sus incas ¡superiores y ricos!.. y muy inteligentes.

Dijimos que el pasado Colonial le dio a Mérida... un trazado en parroquias, plazas, iglesias y campanas. Las plazas eran como hoy, pero más dinámicas, pobladas y vividas como centros humanos de expansión: Milla... Belén... El Espejo... la placita chucuta de El Llano, el Parque Glorias Patrias y la plaza Bolívar Centro social, o la diminuta Placita Colon de la legendaria Capilla Jesuítica de El Carmen, era la pequeña ciudad que contamos y tratamos de recordar. Todas limpias!!! Había un trozo de cuadra con pinos, al costado del palacete obispal donde había estado el viejo Seminario. Era un lugar de receso y de encuentro escolar, allí estaba ya dijimos la Escuela Rivas Dávila, colmada de mujeres bonitas. Demorábamos ratos largos en ese centro bajo los pinos, algún mediodía o tardes, la “porosidad de mi memoria” no lo precisa, pero hubo allí siempre pegas, retos para peleas y



Los Pinos... en la Avenida Zerpa, allí se citaban los combates a puño limpio a la salida del Colegio.

pugilatos diarios. Mario Avendaño, hermano del médico-gobernador Rubén Avendaño Monzón, estaba cercano a un bululú donde recibió cerca de la cien una pedrada... él regresaba a casa en su bicicleta y al sentirse mal por aquel golpe se desmontó de ella y acometió el esfuerzo de llevarla y guiarla sin montarla, hasta su casa cercana, cualquier complicación circulatoria, no lo sabría, lo mató aquel día, Mario murió... y el Colegio lo recordó siempre en tristezas de todos “los bambinos”... de entonces repeti-

mos. El Colegio Rivas Dávila las muchachas “marineras” de azul oscuro y el de la Inmaculada Concepción, “las salesianas”, nos concentraban en las esquinas de sus salidas de clase cuando se podía, para ver el desfile de mujeres chiquitas, medianas y grandes, que adornaban la Avenida 5 Zarpa, los mediodías y las tardes de salida colegial y ocasionaban demoras para regresar a casa.

La Iglesia de El Sagrario, con la Catedral en construcción, era la Iglesia que la reemplazaba, ubicada pasos abajo de la Catedral, en ella oficiaba el arzobispo y fue sede parroquial y arzobispal provisional por el tiempo de construcción de la Catedral de “Monseñor Chacón” que fue lento y largo.

De Belén y Barinitas salían las más agresivas pandillas, que se peleaban entre ellas y hacían incursiones a otras parroquias y lugares. La Parroquia de Belén estaba saturada de mujeres bonitas.

Con los años y el crecimiento de Mérida, las pandillas parroquiales de Barinitas, Belén o Milla se quedaron en grupos de peleadores, que se colocaban en fiestas y formaban parrandas de cerveza y música no eran traficantes ni delincuentes... pues fue años después cuando llegaron los grupos de bandoleros, que terminarían en bandas armadas, traficantes que se extendieron por el país. Mi primer recuerdo de aquellos capos y jefes es el de Machera, nacido en 1956, se hizo leyenda popular; era fuerte y escuchado, se llamaba Luis Enrique Cerrada Molina y murió abaleado, con sólo 29 años y ayudaba a “sus” pobres de Santa Anita fundamentalmente.

“Machera” más que narcotraficante fue atracador y asaltador de comercios, y jefe absoluto de la pandilla delictiva de Santa Anita. “Machera” era consumidor de droga, marihuanero, era pequeño, blanco y bien flaco, tenía el pelo lacio, largo sobre los hombros, fue valiente y atrevido. Habilísimo y certero conocedor de las armas. Su madre tenía algunos medios económicos, por lo que en sus visitas a la Cárcel Pública de Mérida, llevaba allí muchas arepas, pero sólo para los presos amigos de sus grupos y los de sus hijos, no para todos.

“Machera”, salía de su casa en Santa Anita por el pie del entonces tupido Cerro de las Flores y por él se iba por trochas hasta salir al hoy Hospital Sor Juana Inés de la Cruz y de allí se tiraba por rastrojos de Vega, hasta salir al Barrio Simón Bolívar; para remontar por sus escalinatas al mercado y la ciudad... sus rutas eran siempre al pie del bosque y rastrojos de Mérida, jamás se enseñaba

en las calles de la ciudad. Nunca fue preso procesado en Cárcel (“la grande”)¹¹ lo más, estuvo detenido en la policía. Era humilde y buen amigo, relatan sus conocidos. A “Machera” lo mataron un día en su casa, en el callejón de la muerte, salió de su casa disparando y mató un policía, dejando otro parapléjico con un tiro en la cabeza, a “Machera” lo coció la policía con balas... su tumba en el Cementerio del Espejo está llena de placas, velas, flores y el pueblo lo llama “milagroso”, él regó de sangre y fuego inestable su vida de angustias y huidas permanentes.

“Machera” robaba las farmacias para obtener drogas que mezclaba con la coca. Enfrentaba las otras bandas y ayudaba sólo a los suyos, dicen sus amigos y confirman sus conocidos que me hablaron largo de él.

Hubo otra pandilla que no eran asesinos, ni atracadores, sino traficantes y rivales de Santa Anita, eran los pandilleros de Santa Juana su jefe fue “Orlan el gato de Santa Juana”, amigo de Felipe el hermano de “Machera”, Orlan estuvo procesado y preso cuatro veces y condenado a cuatro años en la Cárcel de Bogotá, me decía que la cocaína pura, rompe de inmediato las fosas nasales, ellos la mezclaban con optalidon. Era un hábil pistolero, es flaco, blanco y de ojos verdes. No mató jamás. Traficó una vez 700 panelas de marihuana desde Cúcuta. Consumía y vendía también mandra y seconal sódico. Igualmente robaban



droguerías y farmacias. Orlan me decía lleno de inteligencia y simpatía, -hoy curado y digno- que cría gallinas lejos de Mérida y que “fumaba la marihuana dándole tres o cuatro buenos chupones en las mañanas, sólo estos cuatro, dan la nota más bonita”, los demás son feos e innecesarios repite. Jamás se hartó como otros, con un paquete de marihuana, aunque dispusieran de él... insiste, “Eran sólo tres o cuatro chupones” y ríe”...este hombre que apreciamos y que hoy es amigo y hombre de ley. Había otros jefes menores en pequeños sectores de aquella Mérida vieja ya tomada por la droga, una numerosa pandilla de “Cheo pelota” y otra de “La Gata Loca”. Hemos tenido en esta parte una ayuda formidable de los amigos populares y humildes de mi tiempo, lo único bueno que me dejó la política, son los amigos

El popular Machera, foto inédita. (Colección Orlan el gato de Santa Juana)

¹¹ “La Grande” nombre en jerga que da la delincuencia a la Cárcel Pública en Venezuela.

humildes, siempre solidarios y atentos a mi llamado que le dieron abono a mi memoria para recordar a “Machera” y a los demás pandilleros del delito y a los tiempos oscuros de la “Ciudad que yo viví”.

El Coronel Antonio Paredes Pulgar, era un militar... tal vez de Cipriano Castro o Gómez, ¡no sé! Pero debía ser emblemático para los adultos de aquel tiempo. Vestía de Kaki con pantalones de montar, polainas y correa de cuero marrón, de bigote sobrado, y pelo rojizo que percibíamos teñido, unos dedos finos y largos con uñas filosas. Lo acompañaba el rito de su hablar cordial, merodeaba por Milla donde alguna vez escuchábamos sus relatos de guerra y de “chopos”, adormecidos por su lengua suelta y de hablar salpicado de angustias labiales, labios movidos para escupir lo que no escupía nunca, sino sobando aquellos labios con la presurosa lengua, que entraba y salía de su boca ágilmente y acompañaba su inquietud nerviosa que animaba su muy inquieto acontecer.

En la Ciudad debía haber más, pero recuerdo cuatro sastres: José Miguel Dávila, “el mago de la tijera” hábil y con gran calidad profesional y humana, mi amigo incondicional de siempre, estaba frente a la Botica La Vencedora; pasos arriba un señor “Triana”, sacaba maniqués con sus trajes a la acera; y en el Llano estaba el Señor Uzcategui, cuya sastrería en esquina estaba frente a la calle 26; años después el italiano amigo Doro instalaría su sastrería en un local de la emblemática casa de las hermanas Gonzalo Salas con su líder Josefa amiga de mí madre, tías de Alecio Paoli Gonzalo, amigo de tertulias en la casa de Rodolfo Ruiz Fonseca.

Las bicicletas eran monopólicas, las Hércules alemanas las distribuía Don Eulogio Rivas en Belén. En el Espejo tenía una distribución de bicicletas Raleigh inglesas, el señor Gilberto Otaiza Osuna, era un hombre que entre nubes lo recuerdo pelo negro y de poblado bigote severo y distante en su trato era hijo de Don Pedro Otaiza abuelo del estupendo y excelente escritor y crítico literario Ricardo Gil Otaiza y excelente profesional del hierro, Don Pedro a su vez fue hijo del General Liborio Otaiza Marbes y llevaban el rastro en la ciudad de excepcionales tesoneros comerciantes. El costo de las mejores bicicletas comparado a hoy era risible. Una buena Hércules 28 podía costar un poco más de cuarenta bolívaes. El arte pictórico de la ciudad lo comandaba un español, Viscarret impresionista a veces, surrealista otras, que pintaba cerros morados y rojos, se puso ciego

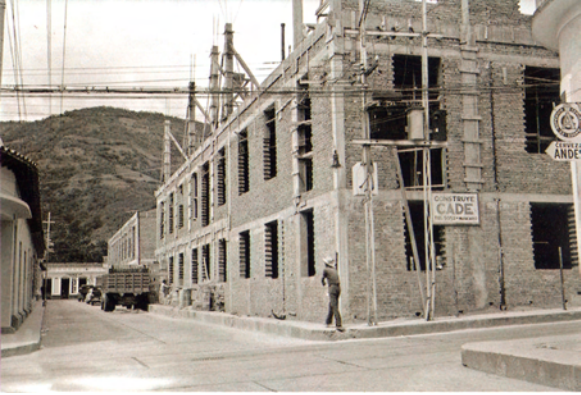
o la calle lo comentaba... pero seguía pintando. Berecibar era nunca visto en sus esculturas y tallas de madera, fue quien talló el hermoso Cristo y todo el increíble Altar de maderas talladas y preciosas de San Javier de Valle Grande, era un hombre de bigote gris, maduro, de pelo canoso y mirada triste, manos diestras llamativas y grandes que movía en todas direcciones. La Fundición de bronces de Don José Chulia era superior a su tiempo y disponía de recursos artísticos y técnicos increíbles, fundió los bronces de la Mérida inmortal escudos, medañoses que vivirán en la Catedral Metropolitana y en el edificio central de la Universidad de los Andes para siempre. Ivan Belsky empezó en la Catedral, fue amigo y maestro del diestro primo y escritor Álvaro Parra Dávila, quien pintó las mejores —como maestro—, cabezas de caballos, que yo haya visto, a pesar de ser veterano en exposiciones de pinturas, de ellas, he visto dos en Europa... ninguna, como los magistrales caballos de Álvaro, quien me obsequió varios óleos que guardamos como tesoros pruebas del intenso afecto mutuo, que nos acompañó siempre. Ivan Belsky dio a la Catedral un valor artístico superior y de excelencia plástica a la ciudad que no creo tenga otra Iglesia venezolana y que debe ser patrimonio invaluable de la ciudad y protegerlo para siempre.

El Club Andino Venezolano, fue una conquista de Carlos Chalbaud Zerpa. El alpinismo daba a Mérida una disciplina de excepción. Las sierras retaban al rapel y los escalamientos eran continuos, habían puesto placas y banderas en las cimas del Bolívar preferentemente. Conocía los picos de la Sierra y sus trochas, pasos de hielo y caminos, donde reinaba un campesino recio y fuerte con su chamarra azul y roja, el legendario Domingo Peña, desde la ciudad lo apoyaba este gran merideño íntegro y veterano —decíamos— en las técnicas más avanzadas del alpinismo mundial, de aquel momento: el Doctor Carlos Esteban Chalbaud Zerpa, “el amante de la Sierra Nevada”, médico, historiador, muy amigo de mis casas e hijo del gran historiador de la Universidad Don Eloy Chalbaud Cardona, amigo entrañable de los Parra. Carlos Esteban dio piso nacional y mundial al alpinismo merideño, seguía su rastro con destreza y valentía su hijo competente Carlos Chalbaud que se fue demasiado pronto. Carlos Esteban organizó muchas cosas buenas en el Turismo Merideño y con Eccio Rojo Paredes, fue defensor de logros alcanzados para la grandeza de Mérida. Cuando caída la dictadura perezjimenista en 1958, se pretendió detener el casi terminado teleférico,

motor indudable de nuestro turismo ellos comandaron el grito popular, para terminar aquella colosal obra. ¡Lo lograron! El padre de los Chalbaud Zerpa, valioso merideños es el erudito Don Eloy el brillante historiador de nuestra Universidad era amigo fraterno de mi madre e inseparable y solidario le veía cordial y afectuoso en la casa del tío Gabriel Parra Febres quien sentía por él querencias escolares. Don Eloy fue el biógrafo generoso y documentado del Rector Caracciolo Parra Olmedo y mi admirado hombre que llevaba por dentro una muy notable merideñidad y calidad académica, rebosante de hostilidad. Era el padre también de otro gran merideño el Profesor Erasmo Chabaud Zerpa dedicado siempre a enseñar.

El aguardiente merideño se llamaba Miche Andino, anisado a veces, habían uno “con estampilla”, el legal precintado y oficial el “Miche Callejoneo”, palabra que venían de los alambiques ilegales que los merideños operaban en zanjones y callejones dentro de la montaña. El chimo heredado de los indios de Lagunillas, es una pasta de sal de Urao, que se sacaba del fondo de la laguna del mismo nombre y mezclaban con tabaco para hacer la pasta amarga, que mareaba a primerizos y era el vicio más popular de entonces, ya decíamos que uno observaba en todos los rincones que soportaban aglomeraciones humanas los parches ocre y oscuros del chimo escupido sobre cualquier suelo popular. El chimo mata serpientes y/o las aboba y lo usan nuestros campesinos, contra picadas de insectos venezolanos y para proteger su dentadura... El urao se asemeja a “la trona”, pero es superior, se extrae hundiendo, un tubo de unos 20 ó 30 cm en el fondo fangoso de la laguna y el urao brota pues la sedimentación del fondo de la laguna de Lagunillas es muy compacto y lo protege.

Teníamos en La Punta, concretamente en la hacienda, hombres especiales y muy apreciados por los míos Ramón Nieto fue uno que llegó a ser nuestro compadre y excelente amigo, diestro cazador de lapas y lochas en las faldas de la Sierra Nevada y las Vegas de Chama y el último mayordomo de la Hacienda Las Peñas (Urb. Alto Chama), Albino y Miguelito eran mis dos amigos contemporáneos, con quienes recorríamos potreros y ríos, los dos atendían los altos depósitos de bagazo seco que servía de combustible al horno del trapiche. Los tres nos hacíamos a veces inseparables, con Miguelito empezamos a ver lo que a la niñez no interesaba... que había mujeres bonitas... algunas muy muy



Construcción actual Facultad de Odontología. Esquina casa de los Celis Briceño, calle 24 con Avenida Independencia.

bonitas, con Miguelito de Cicerón, volví dos o tres veces donde “María”... entre las recogedoras de café eran populares y escuchados por ellas. Aurelio Nieto era jornalero en el trapiche, comía chimo en abundancia y los sábados tomaba miche como agua, sus cuentos de espanto

eran increíbles, siempre encaminados a una mujer hermosísima, que atrayendo con gestos a los hombres hasta determinado sitio, estos seducidos la seguían y se iban por un barranco espantoso... o se ahogaban en barro movedizos de alguna laguna o río, terminando todos los cuentos, en que el hombre moría por “agalloso de carne” agregaba Aurelio, riendo y casi sacando los globos de los ojos de sus parpados para dar más intensidad a sus relatos.

Mérida nunca tuvo acceso apropiado a la riqueza petrolera del país, pero sus casas o casitas, jamás fueron ranchos de cartón, —el clima no lo permitía—. No éramos un pueblo rico... pero tampoco pobre y la propiedad estaba excelentemente repartida, no había latifundios en los Pueblos del Sur, o en el Páramo, ellos son ejemplos de esta distribución y presencia de muchos propietarios. La marginalidad y el hambre no nos acosaron jamás. De Bailadores, Timotes y Chachopo salían las más bellas flores. El Mercado se llenaba los lunes de blancas calas. Mucuchies y Pueblo Llano eran los sembradores de una abundancia colosal de papas y zanahorias. Había cebollas y tomates en Lagunillas y hortalizas en todos los rincones del Páramo merideño. El apio era presencia de Canagua y de los Pueblos del Sur y el café cubría las fincas y finiquitas en Tovar, Zea, Santa Cruz, Ejido, La Punta... La ganadería de leche abundaba en El Vigía y Jaji donde se estaban fundando, con esfuerzos y sudores increíbles, las mejores Haciendas de Venezuela. Era tanta la producción y la comida que los camioneros nos regalaban las zanahorias partidas para los caballos.

La caña y la panela eran productos abundantes en el Estado. El día de San Isidro se celebraba en los pueblos, donde yuntas de bueyes traían legumbres, hortalizas y gallinas para el Cura del pueblo. Asistimos mucho a las de La Pedregosa y La Punta y tal vez Ejido?...

Difícilmente podría olvidar el Civet de conejo, que se hacía en casa y que mi padre degustaba con buen vino, entusiasmado. La historia es corta. Mi padre visitaba mucho un restaurant, frente a su casa de soltero que era “La Casa de los Celis” en esa calle 24, en aquel espacio que hoy ocupa parte de la Facultad de Odontología, el Restaurant era de un francés que preparaba a pedido, “el Civet” de conejo, que Papá le solicitaba, cuando Papá quiso casarse, llevó dos o tres veces —no se— a mi madre para que aprendiera “en aquella cocina”, la deliciosa receta del francés, así lo hizo y mi madre se hizo diestra y gourmet en su preparación, mejorándola por años, junto con el delicioso “cochino en panela”, que eran gozo y gusto de mi padre, fino comelón. Mi madre enseñó el Civet de conejo a mi esposa, quien se hizo maestra insuperable en su preparación y que seguimos disfrutando... resulta embarazoso, es difícil decir, que algunas veces lo comimos en París... y siguió sabiendo mejor el “criollo” de nuestras casas, con sus cuatro horas de horno y mucho cariño y pasión en su preparación, pues a todos nos gusta extremadamente y mi esposa triunfó en su búsqueda en forma excelente, cada vez mejor... quizás única?

En algunas casas viejas de la ciudad, mi esposa me relata que también en su Tovar, había un cuarto de tablas de madera, que se conocía como el cuarto de los temblores, abundantes en la ciudad y el cordón andino, que pasando América Central, llega hasta San Francisco. En aquel cuarto dormía con sus mantas la familia, cuando el temblor nocturno les hacía pasar difícil un tremendo momento o un nuevo terremoto, angustia que aún vivía aquella Mérida y que la protección del todopoderoso nos ha hecho olvidar por los lustros pasados sin su presencia. En aquellos cuartos la madera traqueaba... pero no aplastaba, ni se caía. En aquella ciudad tan lejana ya, en “mi memoria porosa”, recuerdo varios temblores con fuerza de pánico infantil, que mi padre con serenidad y calma me ayudó a superar como suceso normal. Recuerdo uno en particular que logró mover la silla donde estaba sentado y me causó un pánico, que no soy capaz de describir y que recordamos siempre.

Serían las 7 pm de una noche temprana de cielo limpio, estaba en los alrededores de la plaza y se nos ocurrió ir a la lavandería de Ramón Tang, rara especie por ser el único chino recordado en aquella ciudad quien almidonaba los duros cuellos de las camisas de los viejos de aquel tiempo. Ramón Tang,

era un asiático con suecos de madera alta y caucho de tripa de carro que el sostenía ágilmente en sus pies, amarillo de verdad, lampiño y bastante calvo... jamás lo vi por las calles de Mérida, pero sí asomado mirando arriba y abajo desde el portón del zaguán de su lavandería. Había un grupo de selectos viejos y Profesores de la Universidad ¿que bebían y jugaban dominó? en la lavandería, a modo de discreto y exclusivo bar; el zaguán chino tenía un “apetitoso” bombillo colgado largamente de su cable, éramos unos tres amigos, se nos ocurrió nada menos que quebrarlo a piedra, sin percatarnos del peligro de que la piedra pasara hasta adentro y escalabrara algún “coco” ilustre o a los chinos, atravesando la baja romanilla de la lavandería en la Avenida 5 Zerpa, tiramos dos piedras y luego dos más, la de mi amigo reventó el bombillo, cuando yo tiraba la última... corrimos por la transversal de la calle 23, en dirección a la Plaza Bolívar; para disiparnos allí entre la gente que se reunía para la retreta en la Plaza, a la media cuadra, nos percatamos que dos muy jóvenes chinitos, en suecos corrían tras nosotros como galgos tras el conejo, yo había quedado último en el grupo y frente al billar del Coronel Izaguirre, el chinito agarró mi camisa con fuerza, agotado cai al suelo, enchumbado de susto, entonces el chino, ante la gente y mis amigos más allá observando, me dijo, “tu tiras piedras a nosotros y yo te pongo plancha caliente culo” y me arrastro lleno de rabia hacia la lavandería que estaba a unos cien metros, fue entonces cuando apareció mi salvador; era el querido primo Jhon Parra Febres, alto y de unos 17 años, que aparentaba muchos más, por su porte recio, de joven mayor; fuerte y bien plantado, tal vez para el chinito... que lo creyó policía? éste le echó en su español cortado el cuento y Jhon sacó un carnet? Jamás supe de qué, pero enseñándolo le dijo “entrégume el muchacho lo llevaré yo a la policía” y el chinito que era garrapata de mi camisa, me entregó a Jhon, quien me amenazó con “decirle todo a Pablo” y yo lleno de pánico me fui a mi casa. Jhon jamás lo hizo... siempre fue de los primos que tal vez más me protegió y mas quise. Y yo guardé por él todo mi afecto y admiración. Muy niños, Jhon en ventajismo de su edad, al encontrarnos a Alberto, su hermano y a mi fumando en el solar; nos decomisaba los cigarritos para fumárselos él. Mucho más que hoy, repetidamente Mérida se hacía Moscú, con fríos y neblinas, transformándolos en lluvias en la altura del Ande. Aquella neblina era característica privilegiada de la ciudad de techos ocre de ayer, que

era más fría y sin duda con mucha más calidad de vida que la Mérida anárquica, sucia y destrozada de hoy. La neblina con intenso frío repetía el fenómeno de las Sierras tapadas con ella, que luego aparecían densamente blancas, producto de espléndidas nevadas, al desaparecer las brumas que las hacía invisibles mientras las nieves las iban cubriendo en helados aguaceros de terrones que mojaban la lejanía para alimentar el musgo.

En los primeros tiempos de este relato histórico habían pocos sombreros en las calles, salvo los campesinos que no abandonaban su sombrero de fique, después todos los hombres llevaban sombrero de fieltro, terminando más tarde aquella costumbre, tal como murió hoy la corbata, pasaron los años si cubrir cabezas... para que nos llegaran las cachuchas que hoy aplastan cabezas en todas partes y son el lugar común del siglo XXI y hasta símbolo político.

Las primeras motos que vio rodar la ciudad fueron las vespa, italianas, estas pujaban su motor en las empinadas cuestas de Mérida, sobre todo las más recias que llevaban al cuartel. Rodolfo Ruiz Fonseca tenía una bella vespa gris, con asiento para el pasajero(a) y otra moto famosa era una grande y poderosa de Ricardo Fargier Suarez en ambas fui estimado pasajero.

Capítulo VIII

Fuimos educados para la reflexión y la razón, en función de una libertad total que sólo se modela con el aprendido prodigio humano del control. Siempre nos sentimos, aunque sea pesado escribirlo, “soberbiamente” libres.

La reflexión más difícil de asimilar, ha sido el extremo de lo mutable y lo inmutable. La eternidad que Borges y Voltaire simplifican en agnosticismo pero que pesaban entonces para nosotros como una roca de hierro.

La inmortalidad es esperanza, inalcanzable aunque la ciencia se llene en el futuro de victorias académicas, Dios la sustenta para los creyentes y la naturaleza y finitud para los descreídos, simplemente porque al estar en un espacio finito, que se llena, debemos irnos, para que puedan arribar otros. ¡Así de simple! Debemos morirnos periódicamente y punto. ¡No hay debate..! sobre “el más allá” si lo hay. El más allá. . . es un angustioso pensar: “Está allá, o no está”. A Einstein no le valió su genio para no angustiarse por el más allá. El más allá es tan difícil de ver y vivir terrenalmente, que en miles, ¿millones? de años, seguiremos discutiendo y produciendo dialécticas sobre el difícil tema, ya la propia Iglesia lo atempera en el “infierno caluroso” del siglo XXI, que pareciera dejarse enfriar en los sabios discursos llenos de fe y esperanza, de los grandes líderes de la humanidad, Juan Pablo II y Francisco.

Soy Jesuita de formación, es decir ex-alumno como lo han sido: el Papa “Francisco”; José María Velaz; Voltaire; José Ortega y Gasset; Pierre Teilhard de Chardin; como Fidel Castro y/o Pedro Rincón Gutiérrez (el Rector excelente de la Universidad de los Andes, Venezuela); o como el Presidente Rafael Caldera o Edecio La Riva Araujo; o Guillermo Soto Rosa, o Paulo Coelho o Lope de Vega o Calderón de la Barca; como Emilio Botín o Francisco de Quevedo o Luis Buñuelo; o el talentoso Cardenal Papabile Carlo María Martini etc. El ser alumno Jesuita me enseñó, al menos yo lo asimile así: a tener líneas verticales y de acero, que apuntalan la personalidad del hombre; siempre perdono, jamás olvido; “olvidar es de pendejos” me dijo un cura profesor. Jamás odio, pero si guardo distancias. Y por último no soy hombre de rencores, pero siempre recuerdo lo sucedido. Con

esas directrices y otras que omito por razones ya escritas, estructuró la moral y la ética que nos han acompañado.

Algunos en extremo libertinaje han llegado a decir “primero Jesuita y después católico”... son los radicales. ¡No lo somos!. En aquella Mérida habían magníficos Colegios: el Colegio San José y San Francisco Javier de la Compañía de Jesús; la Escuela Rivas Dávila hecha en la forja de las hermanas González Uzcategui; la gran Escuela Picón; el Colegio de las Hermanas Salesianas; el Colegio San Luis (de los Salesianos) empezaba; la Escuela de Comercio; la competente Escuela Industrial Mérida de donde salieron grandes merideños; y recién nacía el Colegio Nuestra Señora de Fátima, de las magníficas hermanas dominicas. El Colegio o Liceo Los Andes y el emblemático y muy acreditado Liceo Libertador de Mérida. Todos formaron excelentes profesionales hombres y mujeres para el país democrático y nuevo que nacía, tras la muerte del dictador Juan Vicente Gómez y daban brillo a aquella ciudad lejana.

Todos y la Universidad, hacían a Mérida —con fama de cerrada— tan abierta, apacible e intelectualmente espléndida como Helsinki. Es una mentira absoluta que Mérida fuese una ciudad cerrada... a las pruebas me remito con rectores, obispos, gobernadores y distinguidos forasteros de mil creencias, colores y bolsillos, que se aposentaron en Mérida, y han sido bien queridos líderes, en la ciudad y en ella labraron su éxito e historia. Sería indiscreción nombrarlos, pero son la prueba contundente de la gran amplitud serrana, en todos los caminos posibles y señalados. Son los Merideños asimilados “de diversos colores, creencias, culturas y bolsillos” que aplaudimos y respetamos todos.

Carlos Fuentes, el excelente escritor mexicano, escribía: “si Dios nos hizo a su imagen y semejanza, ¿Dios contiene el mal humano? Yo, contesto, (escribe él) si, somos reflejo también, de la parte mala e inconclusa de Dios. Oramos para completar a Dios”. Es fuerte la cita, pero tiene un trozo succulento del pensamiento humano de este siglo XXI, irreverente y agresivo.

En la “biografía a dos voces” por el biógrafo de Fidel Castro, éste, que fue alumno del Colegio Jesuítico “Belén” de la Habana, escribe en una entrevista su biógrafo, no sé si por cinismo o por sentir el peso de ese honor; Tararea Fidel, recordando, estrofas del himno de la compañía de Jesús, que hoy transcribo...

*soy, soy, Ignacio y general
de la Compañía real...
que Jesús con su nombre distinguió
la legión de Loyola...
con fiel corazón.*

Los Jesuitas nos enseñaron siempre, como el genio de la rima, Andrés Eloy Blanco, un Venezolano de la más depurada excelencia, que “hay que pintar angelitos bellos”, pero también “aunque la Virgen sea blanca... hay que pintar angelitos negros”, este es el fundamento humano de la igualdad más pura. Los Jesuitas limaban humanas asimetrías, con la escuela nocturna... del Colegio. La igualdad se alcanza mediante la educación y preparación cultural de los humildes con la que alcanzan su redención tal como lo logró la acción de José María Velaz S.J. en “Fe y Alegría”. Y el genial José Antonio Abreu con las Orquestas Juveniles; Cobijamos nosotros la igualdad política que es: la igualdad ante la ley que fue igualdad impuesta sabiamente por el Libertador liberal Simón Bolívar; nacida de la Revolución Francesa... No hay la igualdad marxista, pues esta golpea, destruye y mata a la mitad de la población, que rechaza el comunismo, para crear una igualdad marginal y repleta de esperanzas, que no llega, sólo con la escasez y privaciones igualan por abajo: todos pobres y limitados, sin bienestar alguno. La igualdad alcanza fundamentalmente por dos vías: la educación del hombre y la igualdad ante la ley... la justicia es la forma de proteger y estabilizar esa igualdad.

La formación Jesuítica, partía de su primera verdad la guerra humana y la divina, ellos fueron los más importantes defensores del papado en todos los tiempos y momentos de la “Reforma Luterana”, que los hizo vehementes y radicales frente al protestantismo en todos los tiempos; esto sin excluir el rechazo a ex alumnos como Voltaire, por haberse este desviado en su fe y creencia por motivos políticos, pensamos... hoy. Hoy Francisco, es el primer Papa Jesuita, ¿hijo



Una masa gris El Colegio San José 1949.



1949. 4 GRADO. COLEGIO SAN JOSE. Ultima fila de pie: de izq. a der.: Bozo; Ricardo Chalbould; Rios; ?-?; Rivas; Bozo II; "Sicomoro"; Anez; Ivan Salas Rotundo; Ramirez; ?-?; Matute. Segunda fila sentados: El Maracucho; Araque; Cadena; Balza; Bernardo Celis P.; Luis Alberto Pena; Rincon; Ruiz; Andresin Pena y Gerardo Garcia Muller. Tercera Fila también sentados: J.M. Uzcategui; Corredor; ?-?; Otto Rodriguez; Nestor Lopez; Ivon Diaz Pisani; Jose Estrada; Francisco Pacheco y Relojito Sanchez.

de Francisco Javier y del humilde S. Francisco de Asís?...sera el Papa del milenio?

Los Jesuitas ¿son?, Tal vez es mejor escribir, "fueron", muy competentes maestros y forjadores de juventudes en cualquiera de sus tiempos idos, masificadamente hablando. Tienen resultados, tal vez "pasados" y tal vez no futuros, pues su silencio de hoy, nos aturde de angustias, por su visible ausencia tan lejana a sus primeras posiciones y planos de ayer; donde tanto brillaron y se hicieron visibles y presentes. Hoy tal vez regresan sus destellos de ayer animados u obligados por la fosforescencia humana que les está radiando a cada paso la lotería ganada con la elección del Papa Francisco que salvara la mediocridad de la orden hoy.

Su educación y formación era global, formaban genéricamente en la ética y la moral y tu tomabas el camino de lo específico, el camino de cada quien dentro de unos parámetros de libertad que ellos moldelaban.

Iban desde la aparente simpleza de enseñar a tomar el lápiz de mina en la mano, para escribir con destreza y correctamente, hasta prohibir el uso de la tinta ayer y el bolígrafo de hoy, hasta que no dominarás ágil y sobradamente tu mano con el lápiz, para escribir corrido... y sin temores, así alcanzaban excelencia, dominio, seguridad en el trazo, usando sólo lápiz de mina. De allí partían hasta crear un clima de seguridad casi absoluta, para el ejercicio de la dialéctica, organizando sabiamente el poder de nuestro pensamiento, para hacerlo consistente y/o victorioso, cada vez

que pudiera presentarse el combate de voluntad y reciedumbre de la vida diaria.

Los jesuitas disolvían la angustia ante la muerte, simplificando con gran talento la aceptación de esa verdad, y conviviendo diariamente con esa posibilidad que es la única y tremenda certeza. Así ellos la hacían sencilla, normal y repetitiva...y natural y menos temida.

José Saramago, un escritor que no nos agrada tanto, por lo rebuscador de temas, para procurar lectores y páginas mundiales, temas que pensamos son pobres frente a los de otros. Rebuscando novedades “increíbles” en los Evangelios. Saramago en su obra “Las Intermitencias de la Muerte”, llega a la conclusión de todos y señala que la inmortalidad es “la crueldad de la longevidad”, esto lo tenemos nosotros en un cuento inédito que guardamos y no deja ser un lugar común “su novedad” asentada por muchos otros y que nosotros logramos escribir antes de Saramago... ¡hay testigos!

Cuando le dijeron a Sócrates; “los treinta tiranos te han condenado a muerte”, él contesto con aplomo y paz: “y a ellos la naturaleza”.

La muerte sigue haciendo estragos en la angustia de los más valiosos seres y escritores...

El colombiano, Fernando Vallejo, relata que él lleva una libreta donde apunta los muertos familiares, amigos y enemigos y agrega “a la muerte ya le perdí el respeto y le doy palmaditas en el trasero...” y agrega “remedio para la vejez es la muerte”, este pensamiento es un huracán lleno de conformismo, verdad y solución?

Tenemos tanta tensión repetitiva y diaria sobre el tema, que recordamos mucho de lo leído y sentido; Epicuro, “el marxista” ortodoxo y puro, jamás “chavista”, decía: “no debes tener temor a la muerte, porque al no haber nada, después de ella, todo termina”. Ese es el Materialismo puro...

Pero hay más en el recuerdo. El premio Nobel y excelente escritor V.S. Naipul en su “Enigma de la Llegada” escribe que para poder seguir; “alcanzó una nueva conciencia sobre la muerte” y Carlos Fuentes siempre polémico y profundo pensador; cuestiona: “¿es vida este breve paso entre la cuna y la tumba?”. Éste es el “más arrecho” me decía un entrañable amigo que hablaba de aquellas angustia vitales en varias tertulias con nosotros.

Quiero recalcar nuestro nombre: Bernardo Celis Parra piensa, que al final de todo la muerte es la verdad inmodificable y eterna de la existencia cierta



Un domino en recreos. De espalda Bernardo Celis Parra; J. Ramón Pérez Febres, Toto González y Valeriano Díez y Riega.

de la igualdad. Eso creo. Esta es una verdad manejada brillantemente por la Revolución Francesa en lo político y que simplifica la imperfección y brevedad finita del tiempo de vivir y respirar. Es la única verdad segura.

El Colegio se llamó primero San José, después fue llamado Colegio San José y San Francisco Javier, llegamos a él en tiempos casi terminados del Rector Rezola, ya que estuvimos casi todo el tiempo rectorados, por el brillo creativo del padre José María Velaz, el líder universal forjador de la igualdad cristiana. El Colegio era una masa gris de concreto armado, sin frisar que se imponía en la ciudad de techos rojos. Tenía dos patios grandes y una gran azotea en un segundo nivel en la calle 23, dos patios más, uno deba a las canchas de Fronton y el otro era el acceso interno a la capilla, una batería de baños unía estos patios. En su entrada tenía un balcón y encima una piaña soportaba una imagen en mármol de San José y debajo de él, estaba en piedra el escudo del Colegio. El Edificio se enseñaba austero sin frisos y dentro tenía obra inacabada, pero robusta y de



Altos de Pie: J. Estrada; Berecibar; Cadenas; Añez H. Correa; ¿?; ¿?; ¿?; Tuta Adams; Giagopini; 2ª fila de pie izquierda a derecha: Rodríguez; ¿?; ¿? Carrillo; Ibarra; ¿?; I. Salas; C. Adams; sentados J.A. Masini; Daboin; ¿?; ¿?; Rafo Briceño; R. Colmenares; Barrios; N. López; Goetz y B. Celis Parra; 1950. 6º grado. Colegio San José

buena calidad. Entre al segundo grado de primaria, pronto me llene de amigos, el grado estaba ubicado frente al patio principal, a cargo de él, estaba el hermano Alberdi, como todos los Jesuitas, llevaban una sotana con una ancha faja que colgaba al cerrarse, igual a la del cualquier cura secular; no tenía tonsura por ser hermano, el resto de los curas que si la llevaban, con bonete algunos días. El hermano aunque lleno de bondad, era rígido y muy estricto y exigente en las tareas y trabajos, lo recuerdo narizón y canoso, flaco y grande, parecido en su fisonomía al viejo Presidente Chileno Eduardo Frei. También tenemos recuerdos de 4° grado, allí estuve con quien fuera Rector merideño Néstor López Rodríguez (Lopecin), los Adams Tuto y Carlos, Estradita, Ricardo Chalbaud, Rafo Briceño, José de Jesús Muchacho, (Chuchi), Ivan Salas Rotundo, Rodulfo Teran, Andresin Peña, José Antonio Massini, y Rene Colmenares Finol, entre muchos recordados. Unos pupitres pequeños de una sola pieza, que al levantar la tabla de escribir encontrabas una especie de cajoncito en el cual guardamos nuestras cosas, respetadas por todos. En el 4° grado nuestro maestro era el Hermano Marquina, un Jesuita de Tabay, sus pellizcos y sopasos eran legendarios, lo llamábamos “el hermano palomo”, era chiquito y barrigón, de corte militar; muy “grosero y altanero”. Nuestro examen de 4° grado fue histórico, -así lo recuerda Néstor- pues vinieron dos examinadores de fuera que con el hermano Marquina hacían el trío, aquel día aparecieron el Doctor Miguel Ángel Burelli Rivas y la Señorita Josefa Barrios Mora, que eran maestros públicos, el examen fue presentado oral y escrito por todos, que hacíamos incursión a esta difícil disciplina... de ser examinado delante del colectivo.

En 4° y 6° grado recibimos clase de geografía del Doctor Carlos Febres Poveda, entonces joven profesional; en Historia de Venezuela el bachiller Luciano Noguera Mora; el Profesor Rivero daba Ciencias, era un español que parecía escupir su cultivado bigote negro al hablar; quitándose así los pelos que querían entrar en su boca habladora y el bachiller Oswaldo La Corte, trujillano nos daba aritmética.

Las clases duraban unos cincuenta minutos, después de los cuales un timbre



Desfila el Colegio San José con su caballería detrás La Banda de Guerra.



Colegio San José desfila (camiseta Rojiblanca) al fondo la vieja fachada Cathedral en construcción.

y tarde. Salíamos a las 4 pm. El Colegio tenía una especie de mini librería, donde vendían útiles escolares y algunos libros de texto, que llamábamos “la procura” y era atendida por un laico español, Redondo se llamaba. Había también una mini cantina con refrescos y unos emparedados lastimosos, dos panes tostados con una ligera untura de salsa de tomate y una rueda de mortadela. El hambre a veces los devoraba y clasificaba, como delicias tal era su intensa presencia. No había uniforme diario, ni exigencia especial en esto, pero el uniforme de actos y desfiles, si era pantalón blanco—corto



Desfile fiestas jubilaes del Colegio San José. Escuadra de “Llaneros” de izquierda a derecha B. Celis-Parra; Carrillo; Nuñez y “peparila” Vazques.

los bambinos con medias a la rodilla, saco azul y camisa blanca abierta y con el cuello sobre el palto. Después vestíamos de azul. También desfilábamos con pantalón azul y la camisa rojiblanca a rayas del equipo Colegial. Estábamos divididos en externos e internos y todos en bambinos (pequeños) de los grados; medianos; y los mayores de 4° y 5° año de bachillerato. Éramos mucho más de trescientos, en aquel edificio de dos plantas y azotea, que se imponía áspero y singular decíamos, en la ciudad pequeña de entonces y era dechado de formación.

En los grados se hacían muchas veces debates que influenciaban las notas y permitían adelantar o ir atrás en las filas de excelencia, de los grupos que el profesor creara: se llamaban Roma, Esparta, Cartago, etc., ésto incentivaba el esfuerzo de todos y habían esos divertidos debates sobre las materias vistas, con ello los alumnos avanzaban en las filas de los equipos adelante, para mejorar la calificación o atrás para bajársela.

Los castigos eran severos para forjar la hombría, dos mil líneas (veces) repetir, “no hablaré en clase” por ejemplo, ahí salían los “Fenicios”, casi siempre internos que vendían líneas (hechas por ellos en tiempos libres) tengo 500 líneas de “no mancharé las paredes” o “no escupiré en clase” etc. Estas líneas de castigo las controlaban los curas, como las encuestas, tomaban al azar una página de líneas –que eran de escribir muy diminuto– y las contaba, sobre éstas debían estar el número de líneas que el castigado señalaba, si esto no era cierto y había menos líneas, rompían todo el trabajo y había que repetirlo. Esto aseguraba que el número señalado en páginas y más páginas de líneas... fuese cierto y muy preciso. ¡Sin ser necesario contarlas todas! Otro castigo sentido era dejarnos a la salida de la tarde hasta las 7:30 p.m., ésto lo sentíamos más los externos. Los sopapos, “carajazos en la cabeza”, abundaban para los alzados “boca sucia”, que abundaban. Igual te podrían sacar de clase y dejarte afuera de pie media mañana. En el Colegio Luis Arconada Merino, fue uno de los profesores laicos que más quise y admiré... era un español, “ateniense”, por su intenso amor, conocimiento y pasión por la cultura, de pelo muy lacio, canoso, pelo rebelde como él, que devolvía hacia atrás a cada instante para destapar su frente, con su ágil mano de intelectual y Director del coro colegial, organista genial, nos dio inglés, pero su brillo insuperable iluminaba las clases de Historia Universal, en ellas me enteré, corroborándolo en mi madurez que Inglaterra, repetía Arconada, era “la gran puta del mundo”... siempre recordé y recuerdo a Luis Arconada como hombre de depurada excelencia, quien nos devolvió afectos, en un momento duramente espinoso de mi vida, cuando él viajó en avión expresamente desde Maracaibo donde vivía, -junto a su honorable familia-, para visitarme por unas horas en mi casa de Mérida y darme un espaldarazo de fe, que cambió mi aturrido momento de hundimiento espiritual, estuvo conmigo un largo rato y regresó en el siguiente avión a Maracaibo, ¡Arconada! hago homenaje a tu memoria con este apretado recuerdo, de querencias y grandes afectos y mucha admiración.

Los primeros amigos de niñez en el Colegio, son realmente y quedaron fijados en el recuerdo a pesar de los años que erosionan y drenan la densidad del pensamiento, éstos sólo son algunos: Gilberto Sandia, Iván Rojas R. Rafael Herrera G., Andresin Peña Cimarro, José Miguel Uzcategui, Valeriano Diez y Riega, Alberto Febres, Jesús Ramón Pérez Febres, Jorge Spinetti, Román Eduardo Sandia, Felipe Puleo, Alberto Parra Febres, Omar González, Álvaro Parra Dávila y Cesar Nieto Torres... no sigo, eran tantos, tantos, que sería una provocación al afecto mutuo olvidar alguno, si los omitiese en los extensos listados que viven en mi precaria memoria. Sólo destaco compañeros de grado y amigos entrañables que murieron entre los 27 del accidente del avión –del Colegio– en los Páramos de Monte Carmelo: éstos fueron “Correita” y Omar Gonzalo. Entre las docenas de alumnos internos estimados, ahora recuerdo a algunos: Hector y Cesar Lemoine; Alvarito y Fernando Sosa Maya; Chuchi (José Jesús), Muchacho Bertoni y su primo Maracucho Manolo; Prospero; Alfredo Febres; Santos Herminy; Hector Soucy; Randolph Brewer Carias; Fredy Vivas Sivoli; Miguel Capote, Los Vernet, los Urdaneta, los Villasmil, el Cojo Lugo, Ernesto Carvallo; Villegas Barthell; Rene Colmenares; Jorge Ray; Alfredo Jugo; Tony Dagnino; Luis Oropeza; el gordo Vidal; el Chivo Zubillaga; Charles Brewer Carias; Oswaldo Osorio; “Cucu” Villasmil, era un gordo descomunal cuya calidad humana era incomparable; y Heberto Urdaneta quien fue el mejor de los amigos, en las horas aciagas del Banco y que estando en esa ayuda cayó su Institución y no por eso dejó de ser el gran y diestro gerente y fraternal que recuerdo con afecto y admiración, por su formidable capacidad y temple; y la calidad humana que adorna al inteligente Heberto. Las fiestas rectorales del Colegio eran la distensión para la disciplina diaria tan exigente y rígida. Cambiaban según fuera el día de cumpleaños de Rector de turno. “Todo” era válido, el humo de morteros oscurecía y se hacía tos colectiva, en los corredores del edificio. Había corridas de toros, al toro le limitaban sus cachos con dos guantes de boxeo amarrados, que noquearon a muchos valientes osados, en el segundo patio de petróleo frío que servía de Plaza de Toros. Había concursos de trompo, carreras de cinta a caballo, metras, pintura, cometas y mini copa de fútbol, bicicletas. Alguna vez vi a un maestrillo (Cura no ordenado) que vio venir hacia él, un potentísimo y rastrero volador; éste estremecido de pavor abrió sus piernas olvidando su sotana, el volador pasó y

dejó dos grandes agujeros en la sotana desde ese día inservible.

Se hacían murales con caricaturas de todos, se sacaban defectos de los profesores con desparpajo y los conjuntos musicales cantaban coplas.

Había una valiosa igualdad por tres días, que nos permitía abusos y retos a Sacerdotes, Profesores, Maestrillos y Hermanos, aliviando nuestros “rencores” del año. Los poetas y rimas se multiplicaban en periódicos murales y cantando los pasillos:

*¡Damboriena (era un Cura profesor) en la Capilla...
Que ladilla, que ladilla...!
¡Me lo paso por el forro
al Cura Corro!
¡oye el canto de Arconada
que cagada, que cagada!!!*

Y así transcurrían tres días con teatro en las noches; fiestas y ventas de comida de los más audaces comerciantes. Los padres Rector y Prefecto veían aquel relajo y bulla colectiva, desde las robustas barandas de concreto de los segundos pisos del Colegio y disfrutaban la distensión de un verdadero espectáculo de creadores, abusadores y cómicos espontáneos. El Colegio tenía enfermería, atendida por un Jesuita enfermero, paramédico, era el hermano enfermero el hermano Laca S.J. creo recordarlo allí. Tenía dos o tres camas de “hospitalización”. Habían argucias para el reposo del trajín diario, los internos las usaban, decían que si colocabas unos pedazos de papel periódico debajo de la planta del pie, entonces la fiebre de unas decimas se hacía presente y con un poco de agujajes en el rostro te acostaban un tiempo. Los curas tenían miedo al sarampión, la ceguera, la lechina etc. pues se regaban como la pólvora. La igualdad era un valor persistente de lo jesuítico... a los golosos narcisistas los combatían con fortaleza y coraje, ridiculizándolos ante el público a los actores



“Estrellas Juveniles” del equipo de Mérida. De izquierda a derecha: Sáez, Marcelo Castro; Alberto Segovia; Oscar Rivas L. y José Estrada.

en las aglomeraciones de patio o en las clases. El San José sostenía su propia carpintería y el hermano José Antonio Lascano S.J., era el mayordomo-administrador de la hacienda del Colegio en la baja Pedregosa, con panela, novillos y cochinos de ceiba, frutas, vacas lecheras, pollos, gallinas y huevos, café, hortalizas, maíz y granos. Pienso que ellos sí que tenían “soberanía alimentaria”, pues disponían de un buen trapiche donde sacaban panela (papelón) para la venta y café artesanal, en muchas hectáreas allí sembradas, tenían potreros y animales de carga.

J.M.Velaz S.J. Había dado impulso a la escuela nocturna verdadera educación y formación de redención popular, sin los rencores y odios, de la idea comunista. En la escuela nocturna los mayores de 4º y 5º año eran profesores disciplinados, cumplidores lo que se nos permitía ir a todos. Entablabamos así amistades profundas con la muchachada más humilde de la ciudad, allí ellos tenían todo: libros, comidas etc. de la escuela nocturna nacieron mis afectos con Cosme Dugarte, entonces solidario limpiabotas con su hermano y después empresario exitoso, en la distribución de revistas y periódicos en la ciudad, Cosme era de izquierda y para mí complacencia, salió a la calle en mi defensa, cuando fui Gobernador del Estado, esta amistad nos acompañó hasta su muerte. Recuerdo también a la estrella del fútbol de entonces “Chuleta Zerpa”, (Jesús Alberto) nacido de aquella escuela y “Patilla” de Barinitas, llegó a las mejores posiciones en el fútbol colegial, de los más destacados de la Escuela Nocturna. “Patilla” era una fortaleza y jugaba descalzo, pateaba los goles fuertes y bien puestos a “dedo limpio” y sin inmutarse. Uno de los mejores futbolistas merideños, salió de allí: Amenodoro Dugarte, elegante y muy eficiente en la cancha. Hay una anécdota que me relata el gran Profesor y pintor sublime Doctor Oscar Rivas Lamus, jugaba el equipo juvenil del Colegio vs la Escuela Nocturna, esta perdía 3 x 0, el P.Arriortua que los animaba los indagó que les pasaba?.. respondieron, con zapatos nos duelen los pies y no podemos correr, el Cura ordenó que jugaran descalzos y la Escuela Nocturna ganó el partido 4 x 3, señala riendo el cordial Oscar: De la Escuela Nocturna del Colegio salieron los primeros sueños de la exitosa “Fe y Alegría” y grandes hombres que en el comercio y la intelectualidad y la técnica venezolana, llevaron en alto el valor cierto y sincero, vertical, de la real posibilidad de la igualdad humana, que hizo luz política la Revolución Francesa, que solo se alcanza en la perfectibilidad posible de las acciones humanas con la educación y la formación, jamás fusilando, odiando o llenando a

los humildes de rencores y buscando sangre y violencia diaria. La formación era global, entendimos desde entonces, que la caridad es la forma religiosa de amar al prójimo, sin olvidar que la forma política (jesuítica) de protegerlo es la justicia social, posible por una eficiente y no corrupta distribución de la riqueza, producida por todos los sectores comandados por el sector público regulador y un sector privado productivo y eficiente y educando a todos. La buena educación hace el hombre libre.

El equipo de primera categoría del Colegio San José, arrasó en los campeonatos de primera, así fue campeón en: 1938, 1940, 1941, 1942, 1943, 1944, 1945, 1946, 1947, 1948, 1950, 1951 y 1952, información que puede tener errores. El Estadio Lourdes del Colegio merideño fue el campo oficial, a partir de 1930 fecha de su construcción, allí existían más de seis canchas de fútbol y una de béisbol, lo quedaba posibilidad de concentrar 150 o más jugadores a la vez. Las barras del Colegio eran creativas y a veces agresivas, el himno deportivo era continuamente cantado en el Estadio y había trifulcas y golpizas colectivas entre las fanaticadas:

*"La Gloria del Bolívar
Y el ímpetu del Chama (repite) tralala...
En el San José aclaman
Al once de la fama", tralala...*

Un domingo recordado, después de una fuerte pega de los mayores en las tribunas, salimos en bloque a la calle —en el Estadio Mérida— allí nos esperó un sólido grupo de liceístas y universitarios, quienes nos recibieron con piedras, hubo combates y forcejeos mayores, el Padre Machimbarrena nos acompañaba, la policía nos rodeó, para proteger el grupo, ante el populoso tumulto y apago la trifulca colectiva.

Antes de nuestros relatos, el equipo colegial en 1936 alineaba a grandes merideños y habitantes de la ciudad, entre otros: Emiliano Díaz Pedroso el arquero titular; Víctor Jiménez Landínez; Toto Davila; Luis González Berti; Francisco (Chichirria) Valery; John Dávila; Enrique González Berti y Diego Terán... entre otros.

En el equipo Josefino de 1947 alinearon: Ramón Charelli el gran amigo de Mérida y mejor empresario; Pedro Rincón Gutiérrez uno de los grandes Rectores de la Universidad, "Jesuita" a tiempo completo; Guillermo Soto Rosa empezaba a brillar e Italo De Filippis un extraordinario merideño y mejor jugador también se hizo sentir.

En 1952, el equipo rojiblanco del San José coronó como campeón estatal y fue base del equipo, que ganó el campeonato occidental de Venezuela, alineaba a: De Filippis goleador siempre junto a Soto Rosa; Fritz Fieweg Pérez; Bellito, Salandy, el gran juvenil José Estrada, que muchos anunciaron se llevaría el equipo Celta de Vigo (España) a la primera división española, con unos 16 años, lo había esculpido con sabiduría su padre Don Florentino Estrada, comerciante apreciado de la ciudad andina. También alineó aquel equipo Eduardo Wallis. Mérida volvería a ser campeón occidental de fútbol en 1955.

En 1952 en encuentro que conmocionó la ciudad, el equipo de Mérida –selección con mayor cantidad de colegiales– derrotó a la selección de Venezuela que había actuado con brillo en los juegos Bolivarianos, le ganó 2 x 1, con goles magistrales de Guillermo Soto Rosa y Cesar Domínguez (pato loco).

Hay una foto del recuerdo, donde José Estrada mi amigo y compañero de clase y juegos, sale del Estadio en hombros de otro gran jugador José Antonio Massini Díaz y el gordo Rodolfini, un joven cordial, italiano de mis días tempranos y amigo de todos, que no vimos más.

En el fútbol Colegial el gran atractivo e icono era la camiseta rojiblanca y pantalón azul del Colegio San José de Mérida –y del Loyola de Caracas –camiseta heredada tal vez por los sesudos vascos que abundaban entre los sacerdotes Jesuitas, maestrillos y hermanos venezolanos, rojiblanca del Atlético de Bilbao de la primera división española. Recordaremos ahora el fútbol colegial más cercano a nosotros del que fuimos fanáticos, aficionados siempre, desde pequeños muy torpes y poco hábiles con el balón en variados equipos, definitivamente, nosotros éramos malazos, jamás contamos con habilidades, aunque deseábamos hacerlo: Oscar Rivas Lamus, tal vez en este tiempo se lo hubieran llevado a Europa, era genial y muy pensador en la cancha, jugaba brillantemente, limpio, técnico y sereno, jugaba entreteniéndole a la tribuna y era mágico en el reparto de juego, haciendo dos cosas imposibles miraba hacia adelante, sin dejar de mirar el balón. Había un juvenil que se crecía en la cancha, era “fegocagil”; Fernando Fábregas, amigo siempre; José Antonio Massini D. Era impenetrable y competentísimo en la defensa y diestro driblador; Carlos Eduardo Gómez, era señor y caballero en la media cancha, seguro y cordial en el juego. Alfredo Febres, organizador y eficiente. Andrés Peña Cimarro también defensa mi más –entrañable amigo de

los primeros años— era incansable en el ir y venir; Bellito, muy bueno; Ramón Pérez Febres, excelente defensa o delantero, jugaba en el centro, era artífice de victorias, un buen goleador; Alejandro Páez Pumar, callado y también gran goleador siempre, era siendo juvenil, delantero en el equipo de primera; Manolo Muchacho un arqueroazo; David Maduro era bueno y se mostraba gran conocedor en la cancha; Luis Ghersey Govea, fue el mejor defensa colegial que conocí, gran persona, robusto y alto, resultaba impasable y siempre estaba allí... donde lo necesitaban; el Estadio Lourdes merecidamente lleva hoy su nombre; Iván Rojas con “los rojillos”, se crecía para hacerse el más eficiente; Gilberto Sandia era lento y pensador, inteligente en la jugada, una defensa sin suplente y Jorge Uzcategui gran puntero izquierdo; Luis Vargas Burguera era entonces un carajito, que empezaba a crecer como el gran arquero nacional que un día fue, valiente cogedor de balones en los atropellos aglomerados en el arco: Luis Vargas llegó a ser profesional con el Valencia FC. Y se comentó que él y José Estrada pudieron haber sido los primeros futbolistas juveniles jugando en Europa, yo escuche similares comentarios de otro grande de aquel tiempo lejano Oscar Rivas Lamus. Luis Vargas muy joven, fue suplente del gran Chef y Arquero profesional Ramón Vargas, “el tío Vargas” a quien comimos por años el mejor pescado rebosado del mundo, en su fresca marisquería de otros tiempos. Alvarito Sosa, Mario Romero, extraordinario aquel maracucho del diente esportillado; Idelmario Lovera, Orlando Ramírez Corredor, sereno y clasado en la cancha, Pato loco Domínguez muy efectivo y atropellado puntero; el mejor goleador, era el gran José Estrada centro delantero; Eduardo Reinal, hábil portero, Horacio Correa, un goleador excepcional; a todos los recuerdo como estrellas de aquellos momentos dispersos en sueños y esperanzas que hoy aglutinan la nostalgia; ya tal vez, deficitariamente por la vieja memoria. Había entre los más jóvenes excelentes prospectos, recuerdos a Godolfredo Rojas Rojas, Gustavo Corredor Muller, Gustavo Camargo y Miguel Angel Valecillos. El béisbol era menos jugado, lo imponían los Zulianos: Batu González, Ramón Charelli y su hermano, después José Antonio Massini, Emiro Rojas, Villamizar (Villa), Román Eduardo Sandía, Ivon Díaz, Ramón y Pedro José Pérez Febres, Sayago, Mauro Quintero y Beltran Espinoza, creo recordar que jugaban buena pelota. Alguna vez jugaban con el Liceo Libertador donde se destacaba Jorge Rimer Peña y sus hermanos buenos peloteros con el negro Sayago.

Funde un equipo de Fútbol que se llamó “aguiluchos” infantil, —lo hacía para yo jugar—, cuya eficiente estrella era el Conejo Ramón Pérez Febres, y su hermano Alfredo, “el Chingo”, era su imbatible arquero... jugaban en el mis amigos: primero Ivan, Gilberto, Andresin, Gonzalo Vargas Burguera, éste era estrella rápida en el campo, le decían “pata de pato” por su forma de correr; Gonzalo era eficiente al golear y cantaba bien las serenatas.

En un intermedio del tiempo en que serenatas y fiestas eran prioridad de nuestro acontecer, estábamos cursando el 3° año de bachillerato, año perdido por dejos y apatías, que ocurría impasible para mí, en una especie de arresto por algunas materias perdidas reiteradamente, mi padre profundamente disgustado decidió internarme en el Liceo Militar de la Grita, habilidades propias, lo evitaron y fuimos al fin a parar al gran Colegio Tovareño “Padre Arias” por una buena temporada, el Rector era Monseñor Humberto Paparoni, ex alumno jesuita y obispo (merideño) de Cumaná tiempo después. Allí cultive amistad entrañable con Carlos Francisco Dávila Fonseca (Popoy) y Alipio Burguera Sardi, siempre con un mango o aguacate a veces piche que colgaba “por días” en su malla de castigo sobre el pecho, por haberlo tumbado del bosque colegial, refugio intocable de Rector Paparoni, las agresiones a la naturaleza eran por él castigadas severamente cargando por días, las frutas colgadas en cada pecho agresor.

Mi padre me llevó personalmente y visitamos a Don Alipio Burguera en su casa de Tovar; Papá le pidió que me representara, lo que él cordial viejo aceptó complacido, después visitamos a Don Silvio Mazzei. No conocíamos a las Burguera entonces... Eramos demasiados jovenes entonces. Don Silvio tenía una bonita hija, era Sioli Mazzei recuerdo.

En el Colegio estudiaba años superiores, profesionales que después fueron brillo de Mérida: Jhon Inglesis el Cardiólogo y Mauricio Vargas el Obstetra, formado en la pulcra Maternidad Mérida, dirigida en depurada Academia por ese gran merideño que fue el doctor Antonio José Uzcategui. Jhon y Mauricio eran caminadores de leguas y leguas en Sierra alta y compañeros en este andar de sudores y sueños de P.Fernando Bilbao S.J. En el colegio había un grupo de Scouts al que hasta los más flojos como quien escribe y el hoy Ingeniero Jorge Spinetti Vetancourt, entrañable amigo de siempre, se inscribieron, una vez nos auxiliaron a los dos tirados en el camino, nos negábamos a seguir el rastro fatigoso entre

riscos. La pañoleta Scout de los bambinos era azul y blanca, la de los mayores y medianos roja y blanca, hicimos muchas excursiones al norte del Valle Grande a la Laguna de los Anteojos después de horas, de sudores, bosques, páramos y sierras. Recuerdo una anécdota simpática que define al loco Jorge Olavarría, talentoso, pero cerebralmente perturbado, ninguno de los mayores quería llevar pantalones cortos (que era la regla de los Scouts mayores del Colegio) en los desfiles con Scout, así pasó mucho tiempo, hasta que Olavarría, un grandulón, dientón, de gran parecido con Jerry Lewis actuando, aceptó llevar los pantalones cortos a condición de que lo colocaran primero, sólo, y llevar él, el pendón Scout, el Cura organizador río lo del bocazas pues sabía lo fatuo que era Jorge y aceptó tales condiciones. Olavarría también entonces era majaretoso y “come cámara”. Brutalmente inseguro una vez Calderista Embajador que se trasladó en carroza de oro y otras, enemigo acérrimo del luminoso Presidente, otras veces Chavista consumado y al tiempo dio un agresivo discurso contra Hugo Chávez después de ser su compadre alabado. ¡Una veces genial y otras pendejo! ¡Una vez cuerdo y muchas veces chalado de bola. Inteligente siempre!

El Colegio tenía una banda de guerra que dirigía el hermano Larumbe S.J. Siempre quise estar en ella, cuando fuimos aceptados para tocar el tambor redoblante, debí salir del Colegio a graduarme de bachiller en el Liceo Libertador, entonces fuimos incluidos en la Banda de Guerra del Liceo con Ivan Rojas. También había un cuerpo de caballería que presidía el alumno de 5º año: Bolívar, un gran jinete que cabalgaba un caballo alazán alto, de crin clara, pertenecimos por años a aquella caballería que dirigía y entrenaba un español pequeño, gordito, pero ágil jinete, el profesor Guerrero, el uniforme de la caballería era una cristina y chaqueta marrón oscuro y pantalones de montar beige, salíamos en cabalgatas a “horas caballo” de la ciudad y presidíamos los desfiles del Colegio, detrás venía la Banda de Guerra. El San José en desfiles era imponente! y en educación y formación el mejor!

El Colegio tenía una Coral que dirigía el profesor y gran músico Luis Arcónada. Se hacía Teatro. Valeriano Díez y Riega Matera, fundó un conjunto musical y tocamos muchas veces en actos colegiales, música rock.. Los sábados en las noches pasaban películas en el frontón del colegio aprovechando la oscuridad de la noche. Películas históricas de Roma, batallas, etc. y de vaqueros y detectives... Valeriano fue uno de mis más grandes y solidarios amigos, desprendido y noble

siempre, fue temprano dejando a una mujer de excepción querida de mi casa Luisa Pérez Febres, su esposa, con muchos hijos, que ella en su soledad.

La revista oficial del colegio se llamaba “Cumbres”, la dirigían los mayores y relataba las más importantes noticias de aquella agradable comunidad que todos compartíamos. Edité una revista: “En broma y en serio” se llamó, la imprimía el Padre Rojo Paredes en el diario El Vigilante, costaba mucho reunir el dinero para el financiamiento de cada número, el haber conquistado para aquella idea, la pluma y el talento de Román Eduardo Sandía Briceño, fue de crecimiento excelente, pues su capacidad, amistades y fuerza humana eran buenas, esto me unió más a Román Eduardo, ya que yo pertenecía a las fraternidades de aquella casa de los Sandías, por mi relación de hermano con Gilberto Sandía Briceño. Sacamos muchas revistas y ésta murió al salir nosotros del Colegio.

El comedor era amplio, los bambinos comíamos en el sótano (semi interno) y los mayores en la planta baja del edificio, en mesones de diez estudiantes. El silencio era sepulcral al sentarnos, después de bendecir la comida, el cura de turno, daba en voz alta el “Deo Gracias” y el grito masivo de Eoo, Eoo..., (Deo), era un rugido gutural, colosal y altanero, hasta el momento de terminar de comer cuando regresaba un silencio inmediato y total, con un solo pitazo. Hoy pienso que ese era un giro hacia la disciplina y la formación académica y humana.

Había premiaciones anuales al fin de curso por buena conducta, aplicación y deportes, el reparto de medallas se daba en un acto público con asistencia del Arzobispo Metropolitano y familiares de alumnos. Casi no llegaron a nuestro pecho... pero recuerdo unos ganadores de abundancias, que se llenaban de brillo y aplausos: Humberto Nucete y su hermano Alfredo Nucete, La Pulga Carriño, José Antonio Massini, Néstor López, Mario Baptista más cercano a mi edad y Asdrubal muy pequeño brillaban por su singular talento y todos ellos llevaban muchas y bien merecidas medallas entre los externos que recuerdo ahora ¡Eran compañeros de distinción singular!. Muchos internos también se destacaban con brillo.

Nos encontramos los ex alumnos después de muchos años en Caracas, creo recordar que en las instalaciones en el Hotel del Centro Paseo Las Mercedes, en un magnífico evento organizado por Jon San Juan y Francisco Pacheco, decenas de nosotros nos vimos nuevamente las caras después de años y años de ausencias recíprocas, este acto tan importante para todos no se repitió más,

todos estábamos en “todas” partes, profesionales, técnicos superiores, políticos de todos los sectores, que organizadamente, con los ex alumnos del San Ignacio, el Gonzaga de Maracaibo y el Colegio de Barquisimeto, hubiéramos podido tomar con votos democráticamente el país de entonces. Era una masa bien importante la que conformábamos todos, inspiradores de confianza, que era recíproca por la sólida y recia formación que nos unió... ¡para siempre! Y además pienso hoy (2015) que con un liderazgo más fácil y nacional, que derrotaría la mediocridad y los golpes de arpa, con maracas, pollos y misiones y otras dadivas para ganar elecciones, un liderazgo jesuítico de excelencia hubiera triunfado dando piso y prestigio a una Venezuela superior:

El día 15 diciembre 1950, fue un día aciago para todos en el colegio, fue un día de movimiento, que señalaba el inicio de las vacaciones de diciembre lleno de agitación total, urgencias y carreras. Los vuelos desde Mérida salían cercanos al mediodía, ninguno presagiaba la oscuridad y tragedia que cubriría para siempre la temprana y débil mentalidad de muchachos, frente a las cosas fatídicas. Los alumnos externos, como todo primer día de vacaciones visitamos el Colegio o los campos de deportes, en un último encuentro de todos antes de separarnos por varias semanas. Había un vuelo programado para Caracas, en un DC-3, se iban en este con la tripulación correspondiente, y un estudiante universitario, 27 colegiales, el vuelo salió. Los rumores de un desastre empezaron a correr hacia las 2:30 de la tarde, el último reporte del avión -señalo la prensa de aquel tiempo fue a las 12:30 m sobre el callejón de Mérida a 8000 pies el avión se reportó, estaba pasando el final de montañas y picos de las sierras que les daba acceso por llano hacia Caracas, un error de apreciación y altura del piloto de la nave pudo causar aquel desastre que cambiaría para siempre el transcurrir colegial. Cuando la gente de Avenza visitó el Colegio para dar la mala nueva José María Velaz S.J., El Rector y líder de éste, manejaba un tractor para abrir espacios nuevos a las instalaciones que se construía junto a los campos, de allí salieron todos presurosos, iniciándose el sueño de encontrarlos vivos. Mil comentarios angustiosos y llenos de muerte iban y venían. Pasadas 48 horas, campesinos de la zona encontraron el avión siniestrado, dijeron... haber encontrado 20 muertos, esto se regó por todos los rincones... Una nueva esperanza ocupó los corazones inquietos... entonces podían estar vivos, o mal heridos

más de diez. ¡Había sobrevivientes! Se confirmó después y pronto que no era así. ¡Todos habían muerto! El colegio se apretó de gente, la ciudad solidaria lo visitó ocupándolo. Nosotros vivíamos en una casita en la calle 24 (Ayacucho) diagonal al Colegio, casi me mudé para el. En aquel avión iban compañeros de clase y amigos especiales, donde se destacaba Omar Gonzalo Casa Blanca, quien se sentaba en un pupitre contiguo al mío, éste había generado una buena amistad que nos llegó a unir entrañablemente, era interno, un muchacho tímido que también soñaba, de pelo muy lacio e inteligente. Omar jugaba buen fútbol. Correita, (Jorge) hermano de Horacio, era otro amigo de los pequeños fallecidos y éramos solidarios en nuestras cosas.

A los 27 fallecidos los he recordado siempre, unos más que otros, unos entonces, lejanos en edad no pudiendo hablar de todos escojo a Roberto Matute Burguera, era campeón de ajedrez en el colegio y cursaba 4º año, pertenecía a los mayores y era agradablemente activo, Roberto muy blanco y cordial siempre, a pesar de ser de los mayores y distantes por ello de nosotros.

El avión había caído sobre una cima y después rodó pendientes, en un lugar llamado la Cañada Grande, en el Páramo de los Torres, a seis horas a pie (no había otra vía) desde la Lagunita, en Monte Carmelo, estado Trujillo. El centro de operaciones sería Valera, su aeropuerto y La Puerta, como lugares de encuentro, el Padre Vélaz, estuvo en el sitio en pocas horas, una mula lo condujo a la terrible misión de identificar los cadáveres. La prensa nacional inició el macabro relato. “La muerte fue instantánea” fue la primera noticia de Velaz al país, quería cortar la esperanza de estimular quimeras de vida en los familiares que se concentraban esperando en el aeropuerto de la Carlota de Caracas. Después todo concluyó en un desconsolado espectáculo, donde 27 urnas con cuerpos jóvenes venezolanos, partían a diferente destino de la escuela gran Colombia de Caracas, todo había terminado y se iniciaba un nuevo tiempo para nosotros. Aun cuando esta muerte inesperada nos conmoviera tanto a todos, cuando todavía la juventud impedía tener conciencia sobre la certeza de que era un lugar común que nos igualaba para siempre... de aquella inmensa y colosal tragedia nació San Javier del Valle Grande, en efecto, José María Vélaz el inquieto y creativo jesuita, inició el sueño de San Javier del Valle Grande, un centro de retiro espiritual en ese bellissimo Valle de Mérida, justo frente a la Sierra

Nevada y con una vista impresionante y que enseñó desde allí y para siempre la nieve eterna y tropical del imponente Pico Bolívar. Vélaz iniciaba una de sus grandes empresas, después fundaría nada menos que los Colegios de Fe y Alegría, para la redención real de la pobreza: la educación. Lo primero que hizo como Rector y guía, fue distraernos, incorporarnos a todos a la construcción de Valle Grande. Creó un atractivo inicial y especial una laguna... que con palas, picos y rochelas, empezamos a construir los alumnos del Colegio San José y que en unos pocos años trastorno la maravilla fantástica que hoy es San Javier del Valle Grande, con todo los agregados y éxitos que lo acompañaron por tantos y tantos años. Velaz recorrió con talento el peso poderoso y agobiante de aquella tragedia increíble y lo potenció espiritualmente, dando cobijo nuevamente a la esperanza de San Javier. Entonces pereció Cuni Carballo, hermano de un amigo excelente el doctor Ernesto Carballo brillante neuro-cirujano caraqueño y Juan Ignacio Aranguren, hermano de otro amigo especial Carlos Enrique Aranguren, los fallecidos eran estrellas en el fútbol colegial y mis "mayores" preferidos entre los mayores admirados.

San Javier del Valle es expresión de buen gusto, sencillez y espectacular belleza y diseño, un patio gigantesco de tres corredores, llevaba en su parte norte un talud y cascada que en su pie ostenta las dos hélices del avión caído, "cascada que llora y llora sin cesar", al decir del poeta que les canta. Esa Casa de Ejercicios está separada por la Laguna, del Colegio hoy de Fe y Alegría punto emblemático de este proyecto. La obra fue una admirable suma de artesanos brillantes: Berecibar el excepcional escultor ebanista que moldeó la espectacular Capilla de maderas preciosas; el profesor Páez (dibujo) en tinta fuerte el retrato impresionantemente exacto de cada uno de los jóvenes muertos y el paisajismo sueño y poesía de José María Velaz, todo logró el colosal lugar que se hizo legendario y el Profesor Arconada, no pudo estar ausente y compuso la bella canción a los colegiales muertos:

*" Divino jardinero, guardián de nuestra era
llevaste del Colegio un haz en floración
llevaste lo más puro de nuestra primavera
para adornar el ara de la eternización"...*

El aeropuerto de Mérida ha tenido incesantes enemigos para cerrarlo, por causas no pensadas y analizadas, pues alguna vez nos tocó repetir al Presidente Rafael Caldera una afirmación tajante y muy clara que nos diera un extraordinario piloto venezolano de extensa experiencia, nos dijo: “Ese Aeropuerto es el más seguro de Venezuela, porque los pilotos seleccionados para ir a él son inmejorables, además ningún piloto va a Mérida, con malos y gastados cauchos o con alguna avería en el avión por más pequeña que esta sea, precisamente por ser un aeropuerto de cuidado”, Caldera nos escuchó atento y respondió: “Bernardo son convincentes esas razones en boca de un experto piloto que tanto dices ha volado a Mérida, hablare con el Dr. Velázques.”.

En aquellos tiempos viejos que pasaron con la rapidez que sucede todo momento vital, hubo dos accidentes que recordamos, de aviones que salían de Mérida. Uno lo recuerdo con claridad, al final del aeropuerto merideño, junto al pie del llano, la pista enseña un alto talud, que es la suma del gran desnivel de esta pista, proveedora de divisas y vida para hoteles y posadas merideños, aquel talud cubierto de grama salpicada de monte y más allá de él una cerca y antes una vieja calle, hoy Avenida que nos lleva a la Avenida 16 de Septiembre, Santa Juana y ahora a la nueva Avenida Monseñor Pulido Méndez, seguidamente estaban los primeros terrenos que permitían el camino para entrar al bello portal de la Hacienda San Antonio de los Picón Lares. El medio día del accidente el avión carreteó la pista pero más allá de su mitad no pudo levantar vuelo... y siguió corriendo el espacio restante hasta saltar del talud pasar la calle y arrastrarse por el camino a la Hacienda San Antonio, matando al niño que jugaba en aquellos terrenos, evitándose una catástrofe mayor pues esos terrenos propiedad de la hacienda entonces, no estaban compactamente invadidos como hoy por la ranchería que los ocupó después. Fue este el único accidente de pista del calumniado e imprescindible aeropuerto de Mérida, salvo el que ocurrió en el 2007 y que ocasiono su cierre causado lejos de la pista en el Páramo de los Conejos por un descuido y falla humana de un novel piloto sin experiencia que se pegó a los cerros del Páramo.

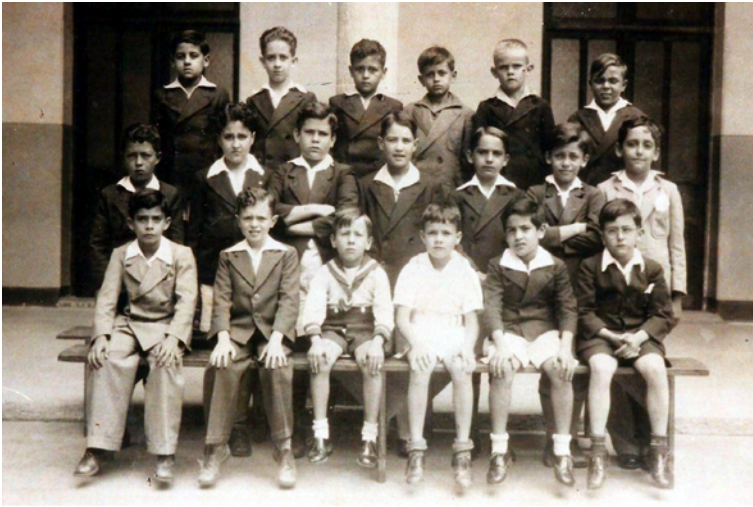
Otro accidente que impacto nuestro ánimo fue el del avión AVRO de Aeropostal. Ocupábamos la Secretaria General de Gobierno, era un medio día largo pues pasaba la una en el reloj frente a nosotros, cuando recibimos una

urgente llamada por conexión del Comando de la Policía de Mérida, presto atendí la urgencia, almorzaba con la familia, y me pasaron a un Coronel del ejército que me habló: "Doctor, le



El primer edificio del Aeropuerto de Mérida.

hable el Coronel Ramirez Mendez, yo casi acabo de salir de Mérida en el vuelo de aerpostal, y este avión acaba de caerse en los Páramos cercanos de Jaji y/o La Azulita, estoy hablándole desde la Alcabala de Jaji", la impresión mino mi cuerpo, hable más y terminada la llamada me comunique con el Gobernador Briceño Ferrigni, para armar el equipo cívico militar de emergencia. Los equipos oficiales y los espontáneos tomaron rumbo a Jaji instalándonos en una lejana y bonita cabaña que la bondad de Don Espíritu Uzcategui y su esposa nos cedieron generosamente sin condición para centrar en ella un pequeño hospital y el rescate en general. Murieron muchos en aquel vuelo donde el avión salido de Mérida, trato de traspasar un alto cerro, pero el equipo mecánico no le respondió, venciendo a sus motores la empinada inclinación de aquel cerro... salvo a la mayoría de los pasajeros el hecho de que el avión "subiendo" peino bosque y cerro de abajo hacia arriba lo que salvo vidas. La lista de conocidos era larga, creo recordar al Ingeniero Luis Jimenez Ron, que decía haber tenido sobre su cabeza por mucho tiempo un goteo constante de agua helada de la nevera del avión; Rosita Calderón líder verde de La Punta murió en el accidente. Pasamos días en la emergencia. Todavía recuerdo la impresionante figura del Doctor Néstor Luis Trejo, Presidente de la Asamblea Legislativa, aparecido frente a nosotros en un trozo más alto de loma, Néstor, saludo lejano no veíamos su rostro pues una tela de sangre lo impedía, todos nos impresionamos, pero después celebraríamos al ser atendido en el Hospitalito que era parte de su piel cabelluda que se había desprendido tapándole la cara y que al volver a su sitio Néstor salió sin mayores aporreos y bien puesto.



Segundo grado Colegio San José últimos De pie, Izq. A Der.: Carlos Adams; Spinetti; Tuta Adams; Roman Eduardo Sandia; El Aleman y Cubillan. De pie segunda fila Flores; Jesús Maria Matute; el Gordo Sulbaran; Francisco Fonseca; Quique Dávila; Orlando Rojas Ruiz y Palacios. Sentados: Mariotto; Dini Murci; Ivon Díaz Pisan; ¿-¿; J.M. Uzcategui y Jorge Spinetti. (Colección Dr. Ivon Díaz)



Primera Comunión Colegio San José
Detrás de pie: Anibal Díaz; Ernesto Salas-Rotundo; Corredor; ¿-¿; ¿-¿; Dino Murzi; Ivon Díaz Pisan y J.M. Uzcategui.



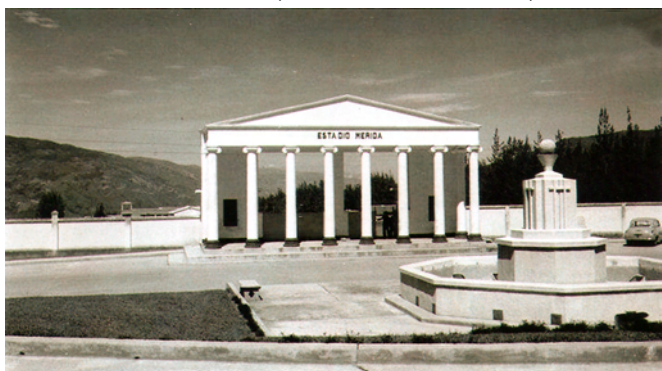
Estrellas de preinfantilde izq a der. Gustavo Parra Pardi Ivon Díaz Pisan y Dino Murzi.

El Aeropuerto de Mérida antes lo señalamos, fue construido en el viejo matadero de Mérida, llegando el primer avión en el año 1946. El matadero se mudó a los terrenos de Campo de Oro detrás de lo que hoy es el Hospital Los Andes de Mérida.

Capítulo IX

Sin duda el fútbol estatal en Mérida, es jesuítico en su vigor y vida de lustros y lustros nos unio, no importan las caimaneras históricas y archiveras de algún recopilador de aburrimientos literarios las ubique en el interior del Estado, todas están siempre amparadas por merideños, que de una forma u de otra, habían pasado, vivido, visto o escuchado las proezas del fútbol Colegial del San José de Mérida, que se medía de igual a igual con el San Ignacio de Loyola de Caracas y/o el fútbol venezolano de “Dos Caminos” o el “Unión”. Primero vinieron las “caimaneras” en el Estado, con universitarios de ingeniería o medicina y del interior del estado, pero siempre... siempre dirigidos a pensar y reconocer en ellas oncenas del Colegio San José de Mérida... Mentor y forjador eterno del fútbol merideño de siempre. Muchos de estos recuerdos de hoy se plasmaron en unas notas de memorias recibidas de mi entrañable amigo Guillermo Soto Rosa, después de algún encuentro en julio de 2006. Los padres Rezola, Pascacio Arriortua S.J., primero y Carlos Machimbarrena S.J. después, fueron escultores de aquel fútbol nuestro en la Ciudad que Viví y que se jugó en mi tiempo de niño y de menos niño. Del fútbol merideño nació el fútbol organizado, la liga occidental, donde Mérida, Falcón, Zulia y Lara fueron puntales. Después vinieron a Mérida muchos de Lara, Fuvlio Pallota y/o Vicente Furiarti excelente amigo y empresario brillante este, creador del Banco Capital, hombre del acero y venezolano de la excelencia y la lealtad entrañable y transparente.

En Mérida tres grandes equipos apuntalaron el fútbol de primera, guiados por el español de manos limpias y aglutinador de todos: don José de Arano, esos equipos fueron Colegio San José, Liceo libertador y la Universidad de los Andes; el primero guiado



El viejo Estadio Mérida de grandes recuerdos y abundante actividad.

y organizado por Pascacito (Pascacio Arriortua S.J.), el segundo por el insigne dirigente Profesor Eli y Camacho; y que enriqueció la merideñidad, al dejarnos una productora esposa Doña Dulce de Calanche y una esplendida familia que se ha multiplicado con excelencia en la meseta y el tercero por el competente dirigente deportivo el Doctor Jacobo Calanche y como entrenador el italiano Filiberto Scanu, que se pegó desde Roma a la ciudad y arrastro con él a su hermano menor, el distinguido italiano y gran empresario del talento y la cultura, Elio Scanu que se ligo a la ciudad en sangre al casarse con la recia y competente Teresa Camargo Mora. Al comienzo en 1948 la ULA estaba dispersada en los equipos de ingeniería y medicina, que después y para siempre se fundieron como Universidad de los Andes. Aquel fútbol lo tomó el marronismo como llamaban a un fútbol profesional incipiente, que a veces pagaba “importados” de otros estados o la vecina Colombia, a los que cancelaban por juego y otras competían con juveniles clasudos que eran casi niños. Recuerdo a Cobos un flaco colombiano que jugaba creo que con el Liceo o Vázquez el portero hábil, moreno, grueso, de suéter verde que venía de Maracaibo a alinear como arquero con el Colegio (San José) regresando los lunes. El P.Arriortua S.J. Pedía a voluntarios el medecito (0.25 Bs.) Para los pasajes de Vázquez, los cuales se depositaban en una alcancía del frontón colegial. Vázquez era formidable, después lo relevó Carlitos Febres Tálamo, alumno, estrella, el mejor amigo acicalado en la cancha: rodilleras, coderas y guantes, recuerdo un día de tangana en el estadio Mérida, cuando Carlos desde el arco Josefino, pivoteo y botó largo el balón que sorprendió rebasando al arquero universitario y el balón después de dos o tres botes entró al arco universitario. ¡El árbitro pitó el gol! Pero el coro de estudiantes de la ULA gritaba, “de gol a gol no vale”... pero el gol fue válido y Carlos se hizo en hombros, como los toreros con el 1 a 0 final. Podríamos escribir un denso libro de anécdotas que todos, son muchos, que vivimos en más de diez años de participación social colegial. Manolo Muchacho fue otro arquero joven que recuerdo como competente y amigo.

El gran merideño, más que cualquier del común, productivo, que no disfruto de los honores que debió alcanzar y mereció: Guillermo Soto Rosa, a quien adeudo la ciudad no estar entre los cinco primeros incluidos en la “política” con que nació “La Academia” de Mérida, como el más productivo y lleno de

brillo, sabio y culto, merideño del deporte, él, estrella, leal a su equipo, a su tierra y forjador de obras desde sus posiciones en el Ministerio de Obras Públicas Nacionales, ingeniero impulsador de viaductos y troncales merideñas, promotor del fútbol, creador con Ramón Chiarelli —merideño asimilado— con honores pendientes también— acreedor de algunos de mis mezquinos paisanos, con otro amigo Manuel Padilla también merecedor de honores y recuerdos. Mi homenaje a la memoria de Guillermo Soto Rosa; incomparable y solidario amigo de los días menguados y que tuvo el honor, de no ser recordado por la “real” de reyes pequeños y aldeanos en los creados honores merideños.

Al contrario, las roscas tan destructoras de la excelencia en el mundo de hoy y que como Tarzan se rodean de animales, para no sentir el peso espléndido y brillante de nadie, no existieron jamás en el fútbol merideño, al contrario, las estrellas de éste que abundaban eran los primeros en apartarse para dar paso a juveniles como Fernando Fábregas, Oscar Rivas, Luis Vargas, Orlando Ramírez, Chipilin Segovia o Estradita (José) o Amenodoro Dugarte, Manolo Muchacho, en la alineación de primera, siendo niños juveniles, tenía el verdadero valor; la excelencia y la sabiduría, sin guardar dentro la mezquindad que genera el presentirse superado por otros. Esta generosa amplitud, creó decenas y decenas de muchachos campeones y quitó el peso de ser roñosos, que tanto abunda en otras áreas del acontecer regional que todos aceptamos en el silencio cultural que dan los siglos de presencia activa en este suelo singular.

Los Campeonatos en Mérida fueron creciendo en esta calidad y amplitud sin egoísmos, haciendo fútbol en el Occidente, el Oriente y en el país entero: en 1948 participaron San José, Liceo Libertador; Medicina, Ingeniería; En 1949 participaron San José, Liceo Libertador; Medicina, Deportivo Obrero; en 1950 participaron San José, Universidad de los Andes, Liceo, Fuerzas Armadas; en 1951 participaron San José, ULA, Liceo, Atlético Los Andes; en 1952 participaron San José, ULA, Liceo, Deportivo Caracas; en 1954 participaron San José, ULA, Liceo, Ital — Mérida. En 1958 participaron San José, ULA, Liceo y aparece Juventus: Un equipo inmejorable



El gran José Estrada después de un triunfo, sale en hombros de José A. Masini y Rodolfini.



Colegio San José campeón de primera. En el círculo, Guillermo Soto Rosa a su lado el arquero Carlitos Febres Italo de Filipis con boina. El arqueo Michelena es de izquierda a derecha el primer agachado y Fernando Fabregas el cuarto.

creado en la valiosa lucha deportiva de un gran merideño de nuestro tiempo Gerardo Villet Lupi, excelente dirigente deportivo; en 1959 participaron San José, ULA, Liceo Libertador...

Los años seguirían en campeonatos sucesivos, que las memorias de muchos no podemos consolidar hoy. También jugaron el Genova, Santa Bárbara, Trasandina, Deportivo Italia, Botafogo, El Sagrario, Barinitas, El Espejo, El Llano, Once Inter; cualquiera pudo jugar en los años relatados, sin que por ello pierda



ULA primera categoría. El arquero de pie el gran Polin Espejo. De pie de derecha a izquierda el Dr. Jacobo Calanche agachado Guillermo Soto Rosa y Pato loco Domínguez.



Mérida subcampeón nacional selección, se ve de corbata a Juan Pedro del Moral, cerca detrás “el pez volador” el arquero Sanabria. La madrina es Gladys Pineda Romero y muchos del equipo y Josefino y del Licveo. (Foto colección Luis Vargas).

autenticidad y legitimidad la lista de Guillermo Soto Rosa el merideño de brillo que no fue académico y este puede ser su mayor logro para distinguirse de los demás dando luz a la ciudad.

“Mikiruni” era Miki Osuna, un “Josefino” borrachito, de cara viruelosa y mal afeitada, que adoraba a Guillermo Soto Rosa y llevaba sus pereques: guayos, balones, paños, etc. etc. al estadio, era la escolta de Guillermo y celestino en amores de los colegiales internos en la ciudad, llevando cartas y papelitos. Miki nos siguió por años... “verde” hasta los pelos, bien borracho, echaba vivas frente a la gobernación a Caldera y a nosotros, después que todos nos fuimos de allí, llevó toneladas de arrestos y perdió su “puetecito” de vigilante de la chatarra¹¹ del MOP¹² cargo que le consiguió Guillermo Soto Rosa, el motivo de su exclusión fue por el abandono casi continuo del lugar de vigilancia... podía facilitar el robo de aquella chatarra (buldozer, y maquinaria pesada inservible) la excusa para botarlo fue pues risible. El gran ciclista José Ricardo Matos fue un soporte popular y estimado del futbol merideño y de grandes éxitos. Ya repetimos que los puntales Josefinos siempre fueron Guillermo Soto Rosa e Italo De Filippis-sobrino de Olga Parilli Anselmi, esposa de mi adorado



Gran arquero juvenil Luis Vargas B, detiene un tiro de penalti?

¹¹ Chatarra hierro oxidado e inservible.

¹² MOP: Ministerio de Obras Públicas.

Tío Gabriel-, que estudiando en la Universidad Ingeniería ambos, jamás dejaron de ser estrellas de la camiseta rojiblanca de los “vascos” Josefinos, los dos eran centros delanteros y goleadores, ídolos de la afición. Rivales, jamás se pelearon por posiciones, Italo con su boina negra, que apagaba su rebelde pelo amarillo y Guillermo narizón, se alternaban la posición goleadora, como caballeros de una Mérida que los aplaudía, pasando del insay al centro y del centro al insay. Qué buenos ratos le dieron a Mérida estas dos estrellas de su futbol. Ramón Charelli más robusto y lento no dejó de ser un medio de gran calidad y empuje. El jabato Jiménez (Jiménez Ron) fue también leal al Colegio, aunque su discreción y humildad jamás permitieron el brillo lustroso de su extraordinario juego, el Jabato era ídolo popular el pelo liso agredía su frente y él mientras chutaba a centro lo sacaba de ella violentamente con su mano. Su inseparable Germán Martínez, “patineta”, con su boina hasta las orejas se venía veloz desde la punta, dejando atrás a sus atacantes ¡blanqui rojo y goleador siempre! También Aldo Bertayola; Leonardo Villamizar “Villa” de brillo que tuvo una imprenta en la ciudad y jugo un futbol de calidad Colombiana, incorporándose a Mérida. El Coronel Martínez gran arquero, fue amigo cordial de todos que unía con el deporte y su fe, esposo de la extraordinaria Malala.

Recuerdo a muchos que gritábamos y aplaudimos desde la tribuna: Alejandro Michelena (Miche) el gran arquero josefino. Germán González, “Batu”, deportistas de brillo y mucha disciplina y humildad, después gran cardiólogo, Batu fue Josefino... y mi amigo cordial siempre... hasta su sentida muerte. Bernardo Vaamonde, un español alto y flaco, uno de los mejores defensas: “Burro Amarillo” le decíamos, y el Burro Vargas un moreno simpático larense, espectacular en su juego que se clavaba su boina joven para tapar su testa pelona.

En otros equipos cercanos al Colegio, estaba el Deportivo Caracas fundado por el gran endocrinólogo venezolano y mejor amigo Virgilio Paz Martínez, blanco, de pelo negro “entonces”, siempre flaco y lleno de cordialidad, equipo al que le cantábamos como presagios de su derrota al salir con su camiseta roja al campo.

*Once de Caracas
Que salieron al campo...
Ay, ay, ay... la botella de ron...*



Equipo de beisbol "Los externos BBC". Uniformados lo jugadores, de pie de derecha a izquierda: Ivon Díaz; Alfredo Pérez F.; Pedro José Pérez F.; Oswaldo Hernández; José A. Masini; ¿?; Beltran Espinoza; Bernardo Celis Parra; ¿?; Rondón E. Sandia. Arrodillados derecha a izquierda J. Román Pérez F.; Emiro Rojas; Sayago; Mauro Quintero; Gilberto Sandia y ¿?.

Virgilio se casó con la bonita Nena Diaz Pisani, hija del merideño sostenedor de la merideñidad Don Antonio Díaz, poeta, editor promotor de Mérida y hermana de Ivon Díaz Pisani, un compañero de pupitres e Italo conocido médico hoy desaparecido y Tamara promotora eficaz de la cultura como su padre y guerrera andina apasionada hijos de la matrona Alchester Pisani de Díaz gran dama, cuya ancianidad de hoy permite imaginarla joven siempre, pues a 102 años conserva su dulzura y calidad..

Antonio Díaz Contreras fue vendedor de seguros que visitaba nuestro escritorio jurídico en las mañanas y hacía de la vida alegría y buen humor en cada palabra. Antonio fue un merideño pegado a su ciudad a la que amo profundamente y nos honro con tratos especiales.

Hablamos en la brevedad que nos permite este largo relato de algunos rojiblancos del San José, pues al hablar de fútbol en Mérida no se puede omitir el ser reiterativo de este persistente su recuerdo y presencia pues estaba en todas partes, con su gloria.

Pero había excelentes equipos que nacieron con su calor y en su campo.

Los recuerdos nuevamente para, Oscar Rivas Lamus, jugó también con el San José donde estudió,



En el viejo estadio Mérida, un gran pelotero Ing. Luis Fargier Suarez acompañado. (Colección Bernardo Fargier).

y con la Universidad y como José Estrada, Luis Vargas, Amenodoro Dugarte, Gustavo Camargo, adornaron selecciones juveniles y los recordamos nuevamente porque llevaron la camiseta de primera del Liceo Libertador y de Mérida y fueron campeones admirados. El pueblo de aquel tiempo los recuerda... me consta... y mi afecto los aplaude, por ser parte activa de la merideñidad, de la Ciudad que yo viví.

El equipo universitario de 1959, alineaba al gran Aurisberto de La Hoz, una estrella del diblin, que se quedó con nosotros para siempre y sembró de fútbol la región andina con un amor poco visto por la ciudad. De la Hoz, parte del “marronismo” del que antes hablamos, vino importado de Colombia y se fundió en su amor por Mérida, dando fortaleza a la merideñidad. Amadís Carrizales Patiño jugador de calidad y resistencia y gran dirigente y soporte de Estudiantes de Mérida, Fausto Giralдино entrenaba equipos en el Estado.

Todos se integraban al fútbol desde todos los rincones de la ciudad nacían estrellas y los nombres eran a veces divertidos: el querido chuleta Zerpa, el Pulpo Peña, Negrura, Emiro el mariposo, Manita Briceño, Pelo Pincho, Rabo de Vaca Rivas. Chicha Ramírez, (dar chicha era dibrar con el balón) Coqui Corredor, Chipilin Segovia (el gran goleador juvenil Caraqueño) o el Cucaracho Paredes, eran algunos sobrenombres conocidos y aplaudidos por todos.

Muchas figuras vinieron por días... y se quedaron para siempre con nosotros, integrándose como sus mejores hijos a la Mérida andina, unos italianos y algunos españoles lo hicieron, siendo después grandes empresarios y forjadores de la nueva Ciudad. El italiano Mari, muerto en accidente en la carretera El Valle, era un gran defensa, otro italiano goleador fue Bruno Arrigoni delantero de gran efectividad y ya escribimos Filiberto Scanu. El arquero Chef Ramón Vargas jugador profesional en el equipo Valencia F.C. (Carabobo).

En Mérida jugaron equipos como El Millonarios de Bogotá; el Vasco de Gama del Brasil; el equipo nacional de la URSS; el Deportivo Quindio traído por el empuje del padre de Joseito Estrada, don Florentino; vino también el Peñarol de Uruguay y la selección de Honduras... entre otros. Con los años pasados en la Facultad de Derecho perdimos el rastro del fútbol estatal y el Colegio San José había sido clausurado en Mérida, (1962) hecho que conmovió la ciudad, perdiendo los Jesuitas mucha de la adhesión, respeto y solidaridad que los merideños guardaban por ellos.

El Liceo Libertador con el profesor José Eli Camacho como líder y con su camiseta amarilla, además de los antes mencionados juveniles también estaba saturado de estrellas. El gran arquero venezolano Miguel Sanabria “el pez volador” lo apodaban, fue el titular del Liceo mucho tiempo, José Antonio Masini, el gran Juan Pedro del Moral, el negro Luzardo y Cobos, componían su alineación. Tenía importados de Colombia y otros jóvenes brillantes prospectos merideños como Jorge Uzcategui, también le han recordado a mi cansada memoria, jugadores de la clase de El Culebro Rojas y Siete Canas (colombianos) a los que pagaban 100 Bs., por partido y ellos contaban que ese dinero de un juego en Venezuela, correspondía en pago a una semana de fútbol intenso en Colombia.

La Universidad de los Andes brilló siempre y el clásico de la ciudad en el viejo Estadio Mérida, era Universidad Vs San José. En la Universidad hubo verdaderas estrellas nacionales, como el imbatible arquero y campeón nacional Polin Espejo; también lucieron la brillante camiseta azul y blanco de la Universidad: “caballo blanco”, era Fritz Vieweg Pérez “Fritz Fiwer”, el mejor defensa de cualquier tiempo, blanco y de bigote desteñido, muy rubio y flaco; Remy Rada puntero lento y pesadamente ágil; el flaco valiente y rápido Froilan Monteverde y uno también rápido y grande entre los grandes que repito fue Juan Pedro del Moral que tanto quise, jugaba adelantado en la media cancha y era líder querido y admirado en la calle.

Eran los tiempos de Zamora el viejo y legendario arquero del Real Madrid, Ladislao Kubala, el goleador Alfredo Di Stéfano la estrella del mundo aquel. Después vinieron Pelé y Puskas. Fueron los tiempos del “fútbol – bonito” de Didi un fútbol atacante que jugó Pele como único y luego fue seguido por Zico. El Real Madrid, Barcelona, Botafogo y el Atlético de Bilbao recorrían el mundo como equipos superiores. Todo se unía para organizar un fútbol de excelencia en aquella Mérida, pequeña y llena de brillo cultural, deportiva, amplia y generosa para que los mejores, todos, pobres o ricos pudieran darle brillo en las canchas del país. ¡Todos nos queríamos en solidaridad de hermanos! No se jugó tanto beisbol en aquella Mérida, en el Colegio San José había un excelente equipo “Externos BBC” donde se distinguían: Pedro José Pérez Febres, Mauro Quintero, Román Eduardo, Emiro Rojas y Gilberto Sandia, Ivon Díaz Pisani, José Antonio Massini, otra vez el conejo Pérez Febres, de nuestro archivo hemos encontrado una buenísima foto que reproduci-

mos. En el béisbol amateur del equipo del Colegio destacaban Italo De Filippis SS; Perucho Rincon era centro campo; Batu González era picher estrella; el hermano de Ramon Charely era field, jugaban en Merida tambien Justo Miguel Bonomie; Leon; Omario Alvarado; el cabezon Guillen; Jan; Cacharra y el zurdo Quinonez habían cuadro grandes equipos: San Jose, Medicina, Ingenieria y el Union.

Pero el beisbol en el estado lo sembró un gran dirigente gremial: del Colegio de Ingenieros: el Ingeniero Luis Fargier Suarez, que creó una liga de niños y realizó los mayores esfuerzos hasta construir el Estadio de Beisbol de Santa Juana donde hizo competencias de juveniles. Luis Fargier Suarez fue un caraqueño que amó a Mérida mucho más que muchos merideños y lucho por ella con voluntad y tesón. Cimentando su beisbol como gran pelotero del equipo amateur del Estado Mérida, con Manuel Padilla y Justo Miguel Bonomie. Luis Fargier Suarez fue un líder de la excelencia y un amigo de los andinos que me distinguió con su trato de suamdos afectos reciprocos.

Desde la Colonia, el Monte Zerpa de unas 1500 hectáreas que se amalgamaba con cerros y serranías colocados detrás de la hoy Urbanización Santa María, se hizo en los siglos icono de la ciudad, por tener un bellissimo bosque neblinoso lleno de bromelias y orquídeas y pertenecer como ramal que es, a la Sierra de la Culata. Estaba lleno de aguas, lagunas y chorros, que fluyen al río Albarregas que está a sus pies y humedece ambientes desde 2500 metros de altura. Está lleno de senderos que llevan a todos los páramos que lo rodean y su nombre se debe a que perteneció en su inicio a una familia Zerpa, hoy su propiedad, está fundamentada en comunidades

con personas que son propietarios de los conocidos derechos de Páramo. Pegado a la legendaria comunidad de Santa Rosa, el monte Zerpa era en nuestro viejo tiempo relatado, panacea de cazadores, excursionistas y pescadores, por la variedad de su fauna, de venados, lochas, lapas, pavas, conejos y palomas torcazas y el Oso Frontino que allí aparecía ocasionalmente. Sus quebradas eran trucheras.



Uno de los concursos de pesca de truchas, con buenos resultados. El Juez José Ignacio León. decide !!!

El doctor y profesor Eloy Febres Cordero, era aficionado a la caza, excelente y fijo en el disparo, vivía a pasos del camino al Monte Zerpa y nos contaba de sus éxitos y peripecias en aquel paraíso, don Eloy relataba de excelente cacerías y de bandadas de palomas torcazas, en aquel bosque insuperable. El monte Zerpa estaba lleno de cuevas y grutas unas secretas y otras conocidas como las cuevas del oso y el diablo y reposa en él la bella Laguna Albarregas donde nace éste río, muchas veces estaba llena de truchas y apetitosos patos. El gran escritor merideño Emilio Menoti Sposito, escribía sobre el gigante enmarañado y veloso que solía aparecer en los riscos más difíciles del bello monte Zerpa y otros cronistas reseñaban, haber visto una gallina de “oro macizo” que aparecía con sus polluelos en las tardes oscuras. Allí se organizaban entonces muchas excursiones que también iba al bello y espectacular Páramo de El Escorial, donde los patriotas merideños se refugiaron del acoso realista antes de 1813 y que son parajes de verdad increíble, en una hacienda de sus alturas de espléndidos quesos, vimos con Luis Hernández Peña, el compañero solidario, un cíparo naranja que brillaba de salud vegetal y debía ser repetidamente centenario, por su tamaño y la robustez de sus troncos.

La Mucuy era otro sitio de aquella Mérida, estaba lleno de pequeñas fincas, lecherías y siembras de hortalizas y coronaba su río al salir este de los bosques que conducían aguas de los deshielos del pie de la Sierra Nevada, allí estaba una gran factoría psicola: la Truchicultura Oficial de la Mucuy, gracias a la cual se pobló de truchas el Estado y su Páramos, dirigida entonces la siembra, por el valioso y exitoso andino Doctor José Ignacio León, amigo fraternal, gran especialista y después gran criador de truchas. Este criadero entregó a un italiano de la cultura Egidio Motti, pescador aficionado, millones de alevines de trucha arco iris, que él con sus sacrificados amigos, sembró por las lagunas de los páramos andinos, poblando hasta 180 lagunas de alevines... ¡180! ¿Quién ha vuelto a hacerlo en la mediocridad que agobia estos tiempos? Los ríos estaban llenos de truchas de excelente carne pues el ejercicio continuo de nadar contra la corriente la desarrollaba para delicia de su carne. Los ríos más trucheros que recordamos eran el Chama (sección Mucuruba) el Mucujun; la Chorrera de las González con truchas rechonchas y gordas; el Río Capaz; los ríos de los Pueblos del Sur; el Río Milla, las Quebradas de la Sierra Nevada. El Páramo y nuestras Sierras están llenos de lagunas, muchos sostienen que hay más de cuatrocientas. Doscientas en la Sierra Nevada y Doscientas en Sierra la Culata,

muchas conocidas por nosotros. Estas lagunas son depósitos tal vez milenarios de agua de lluvia y deshielos que se asientan en oquedades con reposo de siglos, por los desagüaderos que caen en esos hoyos sin salida, quedando allí atrapadas las aguas para siempre y formando las bellas Lagunas Merideñas, cuyo fondo es de una diversidad de oscuros transparentes, verdes y azules increíbles y de vida fértil... y placton abundante. Además de las lagunas existen pequeños depósitos de agua algunos muy profundos, que los campesinos llaman “pozos” y a nosotros tal vez nos guste más llamarlos, lagunetas o estanques naturales paramero; ¡depósitos de vida!

De las lagunas, muchas pueden tener cien metros o más de profundidad y son riquísimas en microfauna, masas de vida, formado este por microorganismos: diminutos camarones y algas, que enriquecen aquellas aguas dando posibilidad a grandes ejemplares de trucha, hasta de veinte o más kilogramos. En aquellas aguas tan profundas desde la sabia experiencia y cultura del documentado Egidio Motti, el agua estancada “no se mueve, tal vez por milenios”. Las lagunas son más vivas, cuando les entra y sale el agua que las nutre y la trucha puede reproducirse por ello. Hay lagunas muertas pues el talco y el material calcario en general, hacen estériles sus aguas de placton y/o peces.

Los nombres de la laguna se repiten muchas veces, hay más de 30 lagunas en diversos lugares que se conocen como “Laguna verde”; igualmente hay una cantidad igual de lagunas llamadas “negras”; las más grandes de Mérida, son la Laguna del Hoyo y la Laguna del Santo Cristo, a muchas horas de camino que tiene islotes.

Ayudados por nuestra viscosa memoria, podríamos recordar algunas vistas vividas y otras referidas, por los dueños de la altura merideña: campesinos excursionistas y pescadores fundamentalmente.

La Laguna de La Cabroncita, está al pie de la Sierra Nevada, doce horas en bestia de la población de Tabay y truchas inmensas, tiene una amplia y bellísima cueva, donde puedes pernoctar por días cómodamente, allí estuvimos con el negro Moreno y los hermanos Raúl y José Luis Gómez grandes pescadores.

Al pie de Pico Espejo, está la Laguna del Espejo, poco profunda donde Egidio Motty pudo observar 8 ó 9 gigantescas truchas de quince o más kilogramos, a las que disparaban los Guardias Nacionales “protectores de la naturaleza”, desde la Estación Teleférico. En el lado de la Sierra Nevada en Mucuchies, está

el Camino Real que conduce a muchos lugares, construido por los presos del General Gómez, a 2.30 horas de Mucuchies se llega a las famosas Lagunas del Páramo de El Royal, ahí están dos que se conoce como “tapadas”, pues las cubre una ciénaga de césped que protege su centro que es de aguas profundas, sus truchas pueden tener de 15 a 20 kilogramos y es imposible sacarlas, sin equiparse de un bote de goma para llegar al agua profunda que las contiene más allá del césped cenagoso. En las mismas serranías, vía Gavidia, esta la Laguna Honda, con mucha pesca pequeña.

La Laguna de la Coromoto, verde y la de El Suero están pobladas también de truchas pequeñas en abundancia...

Subiendo por las curvas de San Román, cerró arriba, se llega a la Laguna de la Playita.

En los páramos también de Mucuchies, está la laguna del Miguey donde Egidio Motty sacó la trucha mayor pescada, que peso más de doce kilogramos. Más allá de ésta con abundantísimo placton (comida) una laguna verde que tiene unas curiosas “truchas patilla” por su forma, (antes de los tres años), tal es la cantidad de comida que ingieren que con boca y cola, pequeñas por su edad, se “inflan” sólo en su cuerpo de tal forma que parecen una patilla, a los tres años se estiran, normalizandose como un bello ejemplar. A unos minutos de allí están las lagunas de la Alpargata, el Buche, y el Cheche y algunos “pozos” regados por el bello lugar, lleno de vegetación paramera.

En el Páramo de Say-Say en la cañada de Michurao, están las dos esplendidas, las lagunas grandes de Say-Say y más arriba la laguna de Mano de Tigre, la del Venado, y desde la primera puedes ver la Laguna Verde de Say-Say que recibe aguas de la laguna La Negrita...

Frente a Mucuchies pero del otro lado, del allí pequeño Rio Chama, que lleva pocos kilómetros de nacido, está la Sierra de la Culata, también conocida como el Páramo de los Conejos, también hay multitud de lagunas. En el lugar -Misinta está el Pico de Bartolo y se llega al “Alto de la Lengua”, llamado así por los campesinos que llegan a él con “la lengua afuera”. En este Paramo abunda la trucha brook, morena de puntos rojos bordeados de blanco y más pequeña que las truchas arco iris, hay muchas, en la Laguna de El Humo y a sus pies hay dos pozos negros muy profundos. En este Páramo descansa la Laguna de los Patos

y la Laguna de la Carbonera, con sus dos pozos negros debajo, más arriba hay una gran laguna, todo está a unos 4.000 metros de altura y con buenas heladas y nevadas por las noches... decía un experto campesino y el veterano Don Egidio.

Cuando llegas a una laguna cerrada por las rocas, un auténtico hoyo, con una densa neblina, si aplaudes fuerte y hay eco que choque con la roca que te rodea, te impresiona ver que de inmediato cae una fuerte llovizna. El campesino sostiene la creencia de que la laguna está brava por la violación de su territorio y dominio, me imagino que si pudieras hacerlo con un tambor bien templado y con fuerte redoble, el aguacero será fuerte y la “arrechera” de la laguna será mayor... decía un experto campesino.

En la carretera a Piñango, hay pozos visibles y otros altos que debes remontar para estar en ellos, con Claudio Vargas Burguera, Valeriano Diez y Riega y el negro Moreno, pegamos una trucha macho de 4.500 kg fue la mayor lograda, en años de consecuencia y afición por nosotros.

Las lagunas más populares y conocidas por todos, son la Laguna de Mucubaji con truchas arco iris, la Laguna Negra (de Mucubaji) con truchas brook, está también la laguna artificial llena de algas y una pequeña laguna, cercana al Monumento del Cóndor “promovido en su construcción por el Merideño ilustre, Don Eloy Chalbaud Cardona.

Capítulo X

Mérida estaba plena —como Roma— de muros y paredes de sólida, pesada y ancha tierra pisada, vivía casi siempre con un verde, que refrescaba su acontecer diario, habían días de verano de azul espacio y sol brillante, pero a pesar de esto la ciudad se mantenía fresca por el viento entre sus torosas sierras, que eran trampas o cobijo para las nubes, que trepaban del lago o del mar a la montaña, las Sierras encerraban nubes entre cerros y abras para allí preñar sus barrigas negras y voluminosas de intensa humedad y agua, que después derramaba en noches de luz, de rayos y tempestad para reventar con terrores en el cielo abierto: así era la Mérida aquella lejana a toda basura y limpia en sus calles, casas y casitas, potreros y bosques. Pobres y menos pobres, estábamos rodeados de asepsia, la ciudad brillaba de limpieza, las paredes no eran borroneadas con las vulgaridades y ofensas de la mediocridad de hoy. El respeto social era recíproco.

Se rojeaba el sur en las tardes de verano, que lo hacía naranja y ocre con el sol de los venados, dando paso al relámpago lejano incierto del Catatumbo, que pintaba y saltaba reflejos y hacía siluetas de montañas sucesivas, hasta llegar a nuestros ojos. Esa luz zuliana, era para todos, esperanza de bienestar y cielo limpio, era la luz de misterio y esperanza unión de andinos y maracuchos.

En muchos rincones de Mérida “el oficio de matar” era destreza. El miche y las faldas ayudaban a hacerlo, en el campo todos o casi todos los hombres llevaban un afilado cuchillo o un buen machete al cinto, pero los crímenes en legitimidad de defensa y/o derecho de cada uno a la vida, eran de acción rápida y jamás con el de regocijarse después del mal momento, jamás se leían en los periódicos, hoy, tan “amarillos”, para estimular su venta: retratos de hombres sin cabeza, asesinos morbosos, enfermos patológicos, que disfrutaban de mutilar cuerpos en “pelota” y/o cadáveres, y permitir después al asesino, “cubrirse el rostro” en signo de una mala interpretación de los derechos humanos y salvarlo celestinamente del castigo popular,... por “venir”. El matador de entonces mataba... luego se entregaba o iba a su casa, a esperar a la autoridad, jamás se recreaba en su crimen en mórbido placer de quedarse, haciendo más enfermizo,

sus encuentros con el muerto suyo, y menos contaba con una policía celestina, que permitiera que después de violar a una niña de cinco años, se cubriera el rostro para que el pueblo de “Fuente Ovejuna” no cobrara en justicia su grave falta. ¡Cabrones de una justicia alcahueta captadora electoral!

En aquella Mérida tan influida por la Iglesia y la educación cristiana, la presencia del infierno, el demonio y los espantos asimilados a aquellos, era un común tema de conversación. Recuerdo dos ahora: un joven aparatoso en sus resultados vitales, fue a parar al infierno y se le sentía algunos días en la capilla de su Colegio a la medianoche, arrastrando pesadas y ruidosas cadenas; otro también de un joven, utilizado para evocar el castigo del calor de fuego en aquel horno infernal, este joven se aparecía por tiempos a sus viejos compañeros pidiéndoles enchumbaran un pañuelo o trapo en agua y lo colocaran sobre su lengua ardiente, para calmar la voracidad de su sed; a nuestras edades esas pláticas eran estremecedoras y aterraban...! y aplacaban carnes.

Tanto fuego, brazas y calores sobrenaturales, facilitaron la curiosidad por el Dante Allighery salido de la radicalidades de la Edad Media, que hizo magia literaria en nuestra formación.

El Dante y su Divina Comedia fascinaba a muchos con quienes conversábamos de esta obra, que embrujó seguramente los caminos de la pasión política en sus días: primero en el infierno; después el purgatorio y por último el paraíso. El Dante en su talento soñador y creativo, se acompañó de una gran destreza politizando a su conveniencia los espacios de ubicación pasional de sus enemigos y haciéndose acompañar de Virgilio en los lugares angustiosos y de Beatriz en la concepción de su “cielo”. En el infierno sepultó el Dante a sus enemigos o simplemente, llevó al purgatorio a quienes rechazaba. El Dante embute en su infierno a envidiosos, cuya cosecha debía llenar sus listas previas; a los perezosos que tanto ocupan el mundo de todos los tiempos; por supuesto no se olvidó de los orgullosos que en su soberbia mil veces sin soporte real pululaban la tierra. Del infierno de Dante Allighery se podía salir y en ese infierno, Lucifer mordía morbosamente al pobre Judas, deudor de todos los pecados de la tierra. Como se disfrutaría hoy de crear literalmente otro infierno, como el del Dante, en nuestros días, no cabrían los merecedores de su fuego espantoso, metiendo de cabeza a tantos hornecinos e hijos de Furcia y pupilas, que proliferan en este

bullir de calles inclementes y rellenas de grises y mezquindades, ahogadas por la mediocridad de hoy. Leemos el sensacionalista “infierno” del exitoso escritor Dan Brown, que hoy aparece en las librerías del mundo inspirado en aquel Dante que sigue siendo vigente que es más bien una buena novela policiaca.

Manuel Mujica Millán fue uno de los grandes arquitectos del siglo XX venezolano, español enamorado de Mérida y amigo especialísimo de nuestro padre, con quien vimos sostener demoradas tertulias y simpáticas polémicas políticas por horas. Mujica cuando llegó a Mérida venía de una exitosa escuela forjada por varios arquitectos muy nobles en Barcelona de España, había remodelado el Panteón Nacional, con brillo, destacándose en la buena planificación de la Urbanización “Campo Alegre” de Caracas. Aquí llegando se volvió el “Rector-planificador” del núcleo central merideño y hacedor de la más bella Iglesia del país la Catedral Metropolitana (hoy Basílica); consagrada con populosos actos litúrgicos en 1960, por el Arzobispo visionario Acacio Chacón. Mujica proyectó nuestra casa de la calle cerrada Nro. 3-39, Quinta Ave María, allí el cultivo más su amistad con papá y Doña Berta de Mujica alta, delgada y muy dulce mujer; con mi madre, que también disfrutaba de la cultura pictórica suelta en las animadas conversas de aquel maestro y gran arquitecto y su esposa. Manuel Mujica visitaba la fábrica de la casa, por demás moderada en sus dimensiones dos o tres veces por semana. La creó con un estilo neocolonial, el ambiente era sencillo para mi padre y mi madre, grato, guardaba excelente la comunicación entre sus áreas, en ella vivimos muchos años. Recuerdo que su teléfono era el 1188. Los planos originales realizados artesanalmente por aquel mágico arquitecto, están montados y protegidos como joyas, que abundan en detalles, en las casas de mis hijos, quienes los veneran. Mudados, mis padres a “Alto Chama”, la familia quiso establecer en ella para proteger la obra de Mujica, ya que el siglo XX cuando se construyó con talento el nuevo centro citadino, la fundación “Doctor Pablo Celis Briceño”, quiso abrir sus puertas a una escuela de arte de mis hijos Sylvio y Carolina Miró-Celis, y proteger en ella pintores y escultores y artesanos, con exposiciones y a escritores con presentación de libros, quienes cancelarían los gastos de su presentación con entrega material de su propia obra: Cuadros, esculturas, artesanías, libros etc. Igualmente que sirviera de sede a la Fundación del Regreso del Cóndor, “Funda Cóndor” y al proyecto protector del Oso Fron-

tino. Para el logro de tales fines María Carolina, ya arquitecto, había diseñado una remodelación, tocando lo menos posible la sencilla y bella casa, siendo soportada en sus esfuerzos por el hijo Ingeniero Civil Pablo Javier; lo hicieron espléndidamente y con la mejor mano de obra encontrada. La casa quedó como la recordamos de niño. Sucedió lo no deseado la “destrucción” del proyecto de Fundacóndor y del Oso Frontino y perdió fuerza, la voluntad familiar de sacar este gran sueño adelante ya que los Cóndores importados por nosotros donados por el Zoo de San Diego y transportados generosamente en Avena por voluntad del grupo Boulton y que volaban aclimatados el cielo paramero, fueron asesinados por balas de políticos mezquinos bastardos uno a uno. Ese recuerdo increíble de actos agresivos contra los cóndores, nos obligan anímicamente a pasar hoy esta página de recuerdo... que confundió política, éxito, ambiente e historia y razones cobardes y personalizadas.

La Radio Universidad se abrió a los Valles y zanjones merideños y era el emblema de la ciudad abierta, creo recordarla en el sur de Mérida, cercana a Glorias Patrias, se mudó pronto al edificio de la Avenida Lora frente al viejo mercado, junto a las escalinatas del viejo Barrio Simón Bolívar. Luminosamente conducida por el talento y la lealtad con la ciudad, del Licenciado Enrique Orangel Dubuc vivió los lustros y tuvo entre sus excelentes locutores a mi entrañable amigo y compañero de Colegio el consecuente Miguel Ángel Liendo, cuya voz en noticieros, se hizo la voz de Mérida. Enrique Orangel Dubuc fue amigo en los peores tiempos, para darme valiosas palmadas de afecto y entregarme sus micrófonos. Un gran periodista de Venezuela German Carias aupó aquí la ciudad por años. Tuto (Rafael Augusto López, luchaba como hoy por la Mérida de todos, en otras trincheras; Leonardo Páez gran periodista dirigió con brillo por años Radio Universidad; León Alfonso Pino hemos hablado de él en otros lugares del recuento, era extraordinario; Alfredo Aguilar gremialista y Rolando Dugarte Angarita fundaba periódicos y activo en la prensa regional con el ya recordado Paco Ortega y el Doctor Rigoberto Henríquez Vera, estupendo escritor y animador sin par de la prensa Merideña; Lourdes Dubuc, con su programa de radio y el Teniente Lobo como visionario andino en Radio Los Andes y un gigante que hace brillantes editoriales en síntesis que dibujan sus talentosas caricaturas, que cuentan la historia de su tiempo (hasta hoy): Carlos Páez y sus paezadas. Benedicto Monsalve el Abogado fundador y amigo nos dio un periódico trascendente: Frontera. German Uzcategui Rivas fue un periodista

que se entregó sin egoísmo al deporte regional y por ultimo Omar Dávila Araque uno de los mejores amigos que acompañaron con afecto y mucha solidaridad una gestión de político en todos sus escalones..

La primera de las largas Avenidas de la ciudad, la 2 Lora, iniciaba al norte su trayecto desde la vuelta de Lola, después de abría hacia la Plaza Sucre de Milla y por la Avenida uno y justo en la esquina de San José de la Sierra se podía seguir por la callecita de leyendas, la “Calle de los Baños”, que era la calle de “Cuatro Piedras” que moría según ibas bajando por ella, en su final despues, la calle de los baños se vaciaba de putas y se empezaba a llenar de galpones con depósitos de madera o legumbres del mercado cercano. “Cuatro Piedras” era una zona de verdadera tolerancia. Llamada calle de los baños, pensamos nombre de “trescientos años”, pues por ella la meseta era más baja y se acercaba al Río Albarregas, y creemos que en los siglos anteriores, las primeras busconas y meretrices quisieron colocarse cerca del agua, pues la asepsia, la facilitaba aquel río cristalino y de pozos “rocheleros” y seguramente celestinos y pecaminosos. “Cuatro Piedras” tenía casas emblemáticas: la ronca, Isabel, Villa escondida, y muy abajo “La Múcura”, curtida en edad, que visitaba un primo querido que le llevaba tres o cinco bolívares, “La Múcura” era petiza, morena y limpia, de acolchonadas ubres y divertida en sus reclamos de cama. El irrespeto social en “Cuatro Piedras” era poco visto, la seguridad de sus calles nocturnas las garantizaba el Estado y pocos crímenes y muchos borrachos, se movían en ella. Aquellas putas guardaban respeto y amor por su ciudad. Pero también “Cuatro Piedras” tuvo disidencias nació... “Guarare” con muchos doctores y bailes, en la Avenida Zerpa, y la negra Alicia la patrona, ubicada hacia la Vuelta de Lola, una noche temprana, hubo golpes en la puerta, las mujeres no querían salir pues era un conocido de apellido Contreras -cuyo nombre omitimos- pedía acceso con varios amigos ebrios, la mujeres se negaron a abrir y Contreras encadenó entonces una ventana (reja) a su jeep y acelerando a fondo sacó de pata la sólida reja, y el zafarrancho se inició y todos dejaron el lupanar ante la segura llegada de la policía.

En Belén habitaba una morena simpática y muy bien construida, que nos vendía “camisas de contrabando”, el simpático y buen futbolista, entonces más pajarón, John Dávila Fonseca, le gustaba “ir a comprar” camisas con asiduidad... allí lo vimos... la bonita y madura morena era poseedora de unos pechos

apretados y levantiscos con bellos pezones y “sin” cirugías que no existían por supuesto entonces.

La histórica calle Lora que más era un camino, que la salida a la carretera trasandina de Juan Vicente Gómez, y el Valle, abría desde la Vuelta de Lola, lugar de exquisitos pasteles, murió con la obra del Gobernador Luciano Noguera creador de la bella Avenida Universidad, que él interrumpió, colocando un distribuidor donde levantó una estatua del Rector heroico, Caracciolo Parra Olmedo, apoyado en la voluntad de Rector Pedro Rincón Gutiérrez, después la historia de quienes llegaron luego, en ignorancia de no importar el pasado, o carecer de una ilustrada memoria histórica, decidieron cambiar de lugar la estatua.

“Cuatro Piedras” terminó su turno y su historia cuando un gobernador adeco quiso limpiar la vieja “calle de los baños”, llena de leyendas y sanitariamente controlada, dando término a las fulanas, que desocuparon el lugar, regándose el cuento, de que las tolerarían en la Panamericana que conducía a Jaji y la Azulita y allí se ubicaron algunas y la Avenida uno, fue socialmente “saneada” para tristeza entre otros de Juan Pedro del Moral, Manzanilla y el Chiche leañez, y tantos, después, quedando como calle... sin futuro... para las rameras a quien la libertad del siglo XXI ha ido bajando en demanda por las abundancias sociales ligeras de hoy.

Un día cualquiera de verano azul, subía un grupo de excursionistas desde el Colegio, íbamos a remontar con voluntad las lagunas, ubicadas en el fondo de las serranías agrestes y bellas de San Javier del Valle Grande -en construcción-, el padre Fernando Bilbao S. J., caminador de excesiva reciedumbre y aguante físico, se acompañaba de dos de los mayores, el resto éramos aquellos de grados, remontábamos la pendiente ciudad por la Avenida Zerpa a la altura de la calle 18, íbamos tres rezagados que conversábamos, yo, por la acera pendiente, los otros caminaban calle arriba, en mi descuido le puse el centro de mi ojo derecho a una salida ventana de madera, cuyos balaustres tomaban parte de la acera... aquel golpazo, me aturdió tumbándome sobre la acera, quise reponerme del intenso dolor, estaba en eso cuando divisé en medio de la calle un extraño sobre, sucio, abultado y amarrado, y sobreponiéndome, fui a buscarlo a dos pasos de mi lugar, al recogerlo y abrirlo contenía unos cuantos billetes, creo estar seguro eran 360 Bs... todo un capital, un tesoro, si pensamos que una buena bicicleta, rin 28, costaba unos 65,00 Bs. El dolor cedió en intensidad, al ser menor a mi felicidad...

a todas estas, se juntaron los dos amigos que marchaban conmigo y el P. Bilbao regresó, para indagar el por qué de nuestra tardanza, y al ver mi ojo ya morado y lloroso, me ordenó regresar a casa. Yo quería una bicicleta, que mi padre no había permitido darme, y que aquel terrible golpe me entregaba, quedándome todavía buen dinero, regalé “algo” a mis dos compañeros de ruta y me fui, a casa y después salí por la bicicleta, que compre a Don Eulogio Rivas, distribuidor de bicicletas Hércules, totalmente equipada, y quede “lleno” de plata que me financió por largo tiempo...

La música que se escuchaba era la Caribe: Orquestas como Billos Caracas Boys, los Melódicos, Luis Alfonso Larrain, Adelmario Romero, Pedro J. Belisario, Porfi Jimenez, tomaban el país y salían internacionalmente. Grababan en música de discos de acetato de 45 y 78 revoluciones, un tema por lado, que se partían al caer al suelo y se rayaban con gran facilidad. Después llegarían a los longplay, con unas canciones más fuertes y elásticas, con todos nacieron “los picoteos”, que eran parrandas infantiles, en fiestas de cuatro de la tarde, donde las niñas, blindadas, eran acompañadas de madres, tías o algún hermano engomado y peleador. En aquel tiempo similar a hoy los hombres se untaban el pelo de brillantinas mantecosas, como los hermanos Escarra; que se escurrían en los calores y que apelonaban el cabello, la glostora y la yardley eran populares para ello. Eran los tiempos cuando en el Hipódromo Nacional tenía la gloria de Venezuela en el caballo sudoscuro que gano el clásico popular pura sangre a caimán.

La ciudad gritona que tenía lugares donde el ruido sonaba más podían estar distantes, pero todos se acompañaban con rockolas, las maquinas de música llenas de discos eran nuevas y destartadas, una brillaban de luces, en los prostíbulos y bares grandes podían haber dos, una pieza costaban Bs. 0,25 (medio); cinco por un bolívar. Las rockolas divertían... algún borracho atropellado por un gran despecho con el que lloraba, colgado del lado posible de la caja de música, metía y metía bolívares marcando la misma pieza, hasta que algún otro borracho, se abría para golpearlo sin piedad... “hasta cuando hace tocar esa joda con lo mismo?” ya estamos todos cansados de escucharlo...

En el inicio de este relato, terminando los años cuarenta, los teléfonos eran de manigueta, en la Hacienda las Tapias había uno, también en la Hacienda Las Peñas, La Punta y en la Hacienda San José, se tomaba la bocina símil como

un pesado cuerno de toro y se giraba la manigueta, atendía una voz femenina desde la central de teléfonos de la ciudad de Mérida, que estaba en la calle 21 y solicitaba, le dieras el número deseado, obtenido este, ella pasaba con claveteo de conexiones, la llamada al número pedido. Después llegaría los teléfonos automáticos, negros y pesados de cuatro números ya recordé el de mi casa el 1188. Las llamadas de larga distancia: Caracas, Valencia, Coro, etc. se pedían presentándose en la central telefónica en riguroso orden de llegada, las iban pasando.

Las Paraduras de niño eran típicas en la ciudad, solían hacer procesiones con el niño y sus “padrinos” —los amigos de la casa— y los invitados, salían a la calle entre música andina de violines andina, rezos y pólvora a granel, las velas eran llevadas bien protegidas del viento por los asistentes. La Paradura partía de la casa donde estaba el niño correspondiente, que había sido robado previamente. El brindis era rápido y ligero: vino dulce y bizcochuelo, pobres y ricos las disfrutaban por igual y eran lugares de cordialidad y reunión. El tiempo la fue convirtiendo en verdaderos fiestones con música de viento y muchas variedades de aguardiente. El buen escritor Darío Novoa Montero, escribe cosas interesantes e inéditas de las paraduras Merideñas en sus variadas y buenas investigaciones.

Los helados de Mérida eran famosos y batidos en baldes de madera con hielo fuera, llenos de cremas y leches deliciosas de vaca andina. ¡Los de Marcelino en el mercado! creó ya recordamos los más modernos de Enrique Hernández mucho después los sensacionales banana Split, del Bar Fuente de Soda Kontiki, Helados Diana, nacido de la energía sobrante de la luz Parra, eran gerenciados por un laborioso gerente merideño Antonio Peña Castillo, amigo de los míos, tenía muchos sabores artificiales y eran tipo popcicle, entre de sus hijos distingo dos: Nabor y María Cristina, destacados en aquel tiempo viejo por unirnos la amistad con ellos en edad y diversión.

Ahora recuerdo a un poeta y empresario tenaz: Don Augusto Rodríguez Aranguren, que a veces fungía de político y era excelente amigo de la familia. Pasado muchísimos años de este recuerdo, graduado de abogado llegué a ser su apoderado, honrado por su confianza que siempre me entregó con su afecto. Don Augusto años después fundó una exitosa empresa de gas, que apuntalaron y han potenciado sus hijos, con capacidad gerencial y destreza empresarial. Fue gran organizador, promotor y soñador de la fiesta brava, Don Augusto amaba el

toro y con Don Alipio Burguera Dávila maestro sin parar en el arte del toreo, eran los mayores conocedores en aquella Mérida. Don Augusto Rodríguez, tenía una plaza de toros portátil que rodaba con gran pasión y voluntad por la región y donde los merideños pudieron descargar sus gustos por la fiesta del toro, demás está decir el sacrificio material que esto conllevaba entonces. Quiero evocar un festival en Ejido donde en la Plaza de madera se vestían muchachas de españolas y llegaba un apretado público. Don Augusto brilló en la estela que dejó y que hoy cobran su hondo rastro para la merideñidad: el matador Otto Rodríguez hijo de nuestro amigo de Colegio Otto Rodríguez Jáuregui, su hermano Javier excelente rejoneador; los jóvenes nietos triunfadores en toreo y rejoneo, diestro jinete: José Luis Rodríguez Agostini, Francisco Rodríguez y "Rafa" Rodríguez que han abierto para Mérida el camino de la tauromaquia universal con solera, abriendo paso a una histórica y ya, valiosa extirpe.

Pero no era sólo la Plaza portátil de Don Augusto que proyectaban la base de su gran afición taurina para Mérida, otros también tenían plazas de madera que permanecían fijas o se trasladaban a ferias y festivales: el Nuevo Circo de Belén con capacidad para unas mil personas era propiedad del ganadero Garay; la placita "El Carmelo", en la honduras de Ejido era de Don German Corredor más comerciante que taurino y había una plaza propiedad de los Grisolias distinguidos amigos de la fiesta brava, que también fundaron después una ganadería de casta junto a la familia Echenaguicia que también tenía una de gran calidad y belleza en el camino hacia la población de Canagua, obra de Orlando Echenaguicia amigo de Colegio y Caracaqueño que los años regresaron a Mérida por su desprendida afición para el toro de lidia.

Habían muchas galleras. El gallo ardía en el entusiasmo merideño, una gallera estaba en el Barrio Pueblo Nuevo, otra recuerdo, en Santa Juana a esa nos llevó el insigne Nabys Josue Rojas mi entrañable amigo de la Universidad después, allí traté de entender la jerga de apuestas de los jugadores, difícilísima para Gilberto Sandía y para mí... era el idioma del afectuoso Nabys, que pasado muchos años, construiría en su amada Chiguara, una gran gallera. Los gallos entonces tenían encumbrados fanáticos: Don Arturo Murzi, quien muchos años después me otorgó el honor de invitarme a unos tragos en el hotel que compartíamos, él con más de 90 años; Ramón Augusto Obando era otro gallero, mi

distinguido profesor y excelente amigo; Arturo Calderón Pino también amigo y profesor que no faltaba a los domingos de gallos en los estados vecinos y Don Luis Lares Prato hábil, amigo de mi casa y jugador de gruesas apuestas, que disfrutaba, con un buen tabaco cubano y su sonrisa de pícaro y magistral negociando.

Los autobuses de Mérida -Santiago de la Punta- Ejido, eran buses “guacamaya” por la diversidad y alegría de sus colores chillones y que hacían bulla visual con su escándalo al pasar. Con ventanillas abiertas al viento y con un chofer y un muchacho colector, que cobraba los pasajes (0.25 Bs) y nos obligaba al orden y la disciplina dentro de ellos, eran nuestro gran transporte y vía a la libertad, que ejercitábamos con muchos amigos, alrededor de la ciudad y hacia La Punta y Ejido.

Las recogedoras de café en las fincas del contorno merideño, eran decenas y decenas, muchas mayores y estrujadas por la vida, pero abundaban las muchachas campesinas, tan bellas en Mérida, con sus alegrías y guachafitas, se hacían coquetas, para empezar a enseñarnos a disipar la recién timidez, que en la edad temprana nos cobijaba y que los ojos ya nos enseñaban a rechazarla, con insistencia a mí, a Miguelito y a Albino... ¡las cogedoras de café! A muchas todavía las recuerdan mis arrugados ojos...

Don Onorato Ramírez, era un viejo roble merideño, que desde muy temprano aprendimos a estimar y dimensionar en el valor de arte que siempre lo acompañaba, era el padre del doctor Damasio Ramírez, distinguido abogado de estos días de hoy. Don Onorato era un ebanista dedicado y consumado, con un talento que traía a su taller; músicos, desde lejanos lugares, fabricaba guitarras, cuatros tiples y violines de gran sonoridad, calidad y belleza. Ivan Rojas y yo serenateros tempranos, lo ocupábamos mil veces y de él recibimos el trato gentil del caballero que fue siempre amigo.

Mérida se adornaba y disfrutaba de muchas fiestas cada año: la Navidad, los Reyes magos, las paraduras, el carnaval, la Semana Santa, etc. etc. el día de la Chinita era el día de todos “los Maracuchos”, como denominábamos “los Gochos”, a todo aquel que fuera zuliano. Aquellos maracuchos de entonces estaban presentes en el gran comercio merideño, la Universidad y la ciudad en general. Los maracuchos llevaban una moda muy de ellos, un pantalón flojo y grande arriba y cerrado en su terminación en forma exagerada, se le conocía

como “pantalón maracucho, tipo tubito”, además de feo debía ser incómoda su postura al tratar de pasar por él, un pie grande, ellos asistían “casi” todos, a la gran procesión con música y pólvora, que hacían, a su amada reina, la Virgen de la Chiquinquirá, La Chinita, salía de la Catedral y daba una vuelta a la Plaza Bolívar, llevada en hombros por seis u ocho maracuchos, muchos gordos, que en lenta marcha la atenuaban más, dando dos pasos adelante y uno atrás. Aquel día era de parrillas, fiestas y mucha cerveza, para los solidarios zulianos que siempre visitaban y querían a Mérida y muchos de los cuales se quedaron con nosotros para siempre apuntalando la merideñidad en honorables hogares y sucesiones de hoy.

El carnaval no era feria entonces. El carnaval era un encuentro de fiestas, grandes bailes con orquestas propias y forasteras y sobre todo una fiesta popular. Las calles se llenaban de pueblo, ricos y pobres, negros y blancos salíamos a repartir alegría, comparsas, borrachines, conjuntos musicales invadían la meseta. Se alquilaban camiones de estaca desde donde se lanzaban caramelos y chucherías, carros particulares también lo hacían. El doctor Weber, era un abogado de piel oscura y mucha simpatía, que repartía regalos con gran cordialidad, lo recordamos en un carro grande convertible, desde donde él gozaba repartiendo caramelos, cosméticos a las damas, las que aplaudían su paso, dando algún juguete para los niños. ¡Weber! Un día cualquiera no volvimos a ver al ocasional doctor Weber. El último día de carnaval el agua hacía la fiesta, bombas llenas de ella, mangueras en azoteas de casas bañaban al transeúnte estuviera o no metido en aquel descomunal bojote, esto originaba enfrentamientos y hasta heridos, en un cortejo de agua que algunos exagerando el difícil juego, teñían de colores. Las disfrazadas hacían su agosto metidas en sus máscaras de negritas cariñosas haciendo amores en los bailes, que al otro día... todos olvidaban o no querían precisar:

La religiosidad de Mérida es histórica la mitra ha sido sostén, evolución y triunfo de la ciudad, en sus inicios con el arribo desde su fundación en 1558 de órdenes religiosas que en aquel momento del mundo eran señal de progreso y cultura, hasta los colegios católicos superiores: los Jesuitas de 1627, hasta la conversión del Seminario Cristiano en Universidad Metropolitana por la visión de un gran obispo Fray Ramos de Lora, a la Mérida más nueva sembrada de

parroquias, iglesias y campanas. La Semana Santa era un momento especialísimo de aquella Mérida de este relato. Todo cambiaba para todos, la ciudad se apagaba en la Cuaresma, las mujeres cubrían más sus cabezas, los Santos se tapaban con telas moradas o negras, las campanas hacían silencio para dar paso a las matracas llevadas y sonadas por monaguillos cubrían de ruido —matraquero de maderas— fundamentalmente en el centro de la ciudad. Había momentos en la Semana Santa en que los templos cesaban en sus funciones de eucaristía y algunos oficios. Las procesiones con atuendos morados y lúgubres, se hacían de la calle. Las colas en los confesionarios se hacían y parecían a las colas recias de la escasez nutricional hoy, en los países pobres... el olor a cirios de cera crecía en el ambiente, también el aroma fuerte del incienso y de multitudes.

El Pueblo veía mucho al arzobispo Acacio Chacón, que con solemnidad y portando la custodia, caminaba cubierto por un palio que portaban hombres importantes de todos los sectores de la ciudad. Era la solemnidad que aturde los sentidos para procurar la excelencia y recordar verdades, obligaciones y creencias, a la población que numerosa lo acompañaba.

Las creencias y abusiones populares renacían, había cientos que no se bañaban el Viernes Santo para no volverse peces. Ni iban a ríos y playas para no ahogarse. Ni montaban en carros y aviones ese día... y cualquier encuentro familiar o de amigos se suspendía. Eran días de obligado recogimiento y luto, un día muy respetado por el pueblo todo.

La Universidad de los Andes, tenía su piscina en el centro de la ciudad, en el área de su teatro en la calle 23, frente al Hotel la Sierra, allí veíamos siempre a las Dávila Fonseca, una especial estirpe de bonitas mujeres, sus hermanos Carmen Aída y su morocho Carlos Francisco, eran asiduos del lugar. La piscina era sitio de reunión de los estudiantes universitarios, por lo cual no era fácil colarse en ella. Allí podían verse a las singulares Mirian, Gisela y Gladys que hacían el espectáculo cuando visitaban aquellas aguas.

Dos de las esquinas más tupidas de gente de la ciudad eran la esquina del correo en la calle 20 con Avenida tres Independencia y la plaza Bolívar en su esquina con la Avenida Independencia con calle 21, la “esquina del sol y sombra”, así la conocimos.

En otra de las esquinas destacadas de la plaza, en Avenida Bolívar con

calle 23, estaba el popular Bar del capitán Izaguirre, éste era un viejo cordial, blanco, con excesos de simpatía, tenía uno de los muchos bares emblemáticos que rodeaban la plaza, el viejo Izaguirre usaba un sombrero alón que lo hacía más carismático, tenía un buen Bar–Salón de Billar, que casi niños solíamos visitar, previas amenazas de pagar el paño verde de fieltro en caso de rasgarlo, y no enseñarnos mucho a la entrada de policías, allí presenciamos una pega fuerte entre el mayor de los Osorio, con Senen Contreras, donde éste último recibió un “tacazo” sobre un hombro, que le lisió y dislocó crónicamente la clavícula. El capitán tenía una larga familia, los Izaguirre se destacan hoy regados por el país, recuerdo a Isbelia una bella catira de cola de caballo que nos gustó... verla pasar; años después, llegó a ser reina del Liceo Libertador, las piernas de Isbelia todavía se recuerdan. Habían otros billares era un popular entretenimiento juvenil. Había otro billar en la Avenida Lora entre calles 25 y 26 y uno emblemático en la esquina de la calle 22 con Avenida Independencia. En la otra esquina estaba la famosa Escuela de Comercio, con acopio abundante de alumnos que allí se prepararon con gran calidad académica.

El comedor popular funcionaba masificadamente, comprábamos las sobras de su cocina para la piara de cerdos de raza, que cultivaba en el bachillerato en la Hacienda de La Punta, éstos engordaban con prontitud y mucha calidad con aquella comida salada y succulenta.

Carmelito Maldonado era un personaje de la ciudad que desbordaba cultura y educación, se distinguía por su corbata, bien planchado y de acicalado vestir, su livaciones sucesivas eran populares, daba discursos después de ese impetuoso trasegar, al subir por la Avenida Bolívar buscando sus querencias, casi todas las tardes... la ciudad protegía su presencia y simpatizaba con él. Tenía mil anécdotas donde se destacaba su talento.

En Mérida había estupendos caballos pasitroteros, años después la trocha y el paso fino colombiano fueron tomando con el trote de los caballos de coleo ese escenario. Uno de los mejores amansadores de la ciudad era Adalberto González, un catire grueso y habilísimo jinete, quien vendía excelentes caballos colombianos. Loncho, era el cuidador y amansador de las bestias de carga (caña y café) de la Hacienda Las Peñas, lo hacía con la facilidad de un “práctico” cruel, colocaba aperos a la mula rústica escogida y le colocaba dos costales con piedras



Titina Scrochi coronada por Navaro, a su derecha Alicia Portillo y a su izquierda Nora Bravo, damas en honor. (Foto colección Nelida Pisani).

uno a cada lado, dejándolo toda la noche con el agobiante peso, el animal amanecía “más acostumbrado”, -decía Loncho-, al peso que lo agobiaba, así lo hacía varias veces, las necesarias para amansarlo y ser destinado a la carga... así de simple este brutal secreto de Loncho... tan atroz. El

primo Sir Dávila Celis, era tesorero y tenía los mejores y más valiosos caballos de paso fino en la bella hacienda que fundaba en la Aldea Zumba. Conocí y pudimos envidiarle muchos de aquellos hermosos ejemplares, verdaderos campeones, Syr era sabio conocedor de buenos y futuros grandes equinos.

Con los años se habían ido creando una cuadra insignia de todos, una esquina que por “turnos” estaba llena a todas horas, con mayor masa estudiantil en tiempo de vacaciones escolares, era la para nosotros famosa esquina de la avenida Bolívar (4) con calle 25. Allí estaban familias muy estimadas y con numerosos hijos con los cuales manteníamos amistades entrañables: los Pérez Febres, Pedro José, Jesús Ramón y Alfredo después vino Luisa. Titina Scrochi era una catira carismática que adornaba aquellas cuadras luego a ser reina del Club juvenil en felices carnavales; Las Pisani con Zamira a la cabeza estaban allí incluidas; de los Díez y Riega, Valeriano era mi amigo especialísimo. Más arriba estaba los Bonetti y los Briceño Paredes, Alfredo Briceno por ser en ese momento menor en edad y distante de nosotros, que muchos años después sería además



Las Pisani de izquierda a derecha Zamira Pisani, Anabel Pisani y Nelida Pisani en la ventana Fan Bravo (Foto colección Mérida Pisani).

de primo, uno de nuestros mejores y más leales amigos y compadre. Eran unas cuadras alegres y llenas de muchachas que empezaban a bailar la vida: las más cercanas, las Ruíz Yolanda y Olguita; las Pinedas más abajo, Fanny y Maritza; los Rojas, Edgardo, Iván y Godofredo. Había en una de las esquinas una pulpería con saco de maíz escalonados, donde nos sentábamos a fumar escondidos. Podíamos tener unos 12 o 13 años, el grupo más

nuestro se reducía y concentraba Jesús Ramón, Valeriano, Iván y los importados que venían desde todos los puntos de la ciudad por el vasto número de féminas de todas las edades que poblaban la cuadra; las Hidalgo eran dos hermanas muy lindas Marianela una pelirroja alta, y la bonita Reina...; y las Acuña unas morenas muy atractivas y alegres, recuerdo a Reina y a Paulina, las demás, eran muchas, pero casi bebés adultos. Con muchas de ellas se organizaban picoteos y fiestas en abundancia. Por la Avenida Independencia cercana, estaba la casa grande llena de mujeres bonitas de las Pacheco Ricci, venidas de Trujillo, Teresita la mayor después venían Auxiliadora, Giagnina, Consuelo (+), Lilia, Dalila, en el ancho zaguán de las Pacheco se arremolinaban grupos y grupos de mujeres bonitas que adornaban nuestras fiestas juveniles. Ellas -la mujer va siempre adelante- nos enseñaron a bailar y muchos, terminamos prendados de sus coqueterías casi infantiles. En aquella cuadra pasábamos las horas... y en un terreno vacío curábamos zamuros heridos, hasta que pudieron volar; era aquel solar también Club de fumadores niños.

Puede ser que allí cautiváramos todos la "primera novia", una palabra muy pesada para la relación débil de mirarnos a los ojos, y procurar el robo de algún ósculo, más breve que prolongado y más difícil y restringido que dadivoso, y bailar -nunca en exceso- con alguna, pues las madres estaban presentes y los abusos en el bailoteo muy seguido, agriaban la tarde del picoteo. Pudo ser 1956, cuando la TV apareció en Venezuela en pantallas abombadas y con Víctor Saume como hombre show primero y el increíble y carismático Renny Otolina después, éste de no morir en accidente fatal hubiera sido fácilmente un fenómeno electoral en la presidencia del país y el desarrollo político del país hubiese sido brutalmente diferente pues Renny rebosaba talento enseñando una inteligencia poco común y con mucha proyección visionaria, además era competente gerente. Los años no permitieron conversar y estimar a su hija Rina que paseo con vocación la política venezolana.

Un día el Arzobispo coadjutor de Mérida, Monseñor Humberto Quintero, compañero de pupitres en la primaria de mi padre, se apareció en nuestra casa -en una Navidad- para obsequiar a papá un retrato al óleo de mi abuelo Fran-



Paris 1926. Mi madre Consuelo a la derecha y su hermana Edelmira Parra Febres.

cisco Antonio Celis Dávila, pintado por él. El después Cardenal de Venezuela, era un excelente retratista y los espacios de honor universitarios, guardan parte de su magnífica obra pictórica.

Ahora la senilidad me conduce más en nostalgias profundas y querencias al recuerdo de mi discreta madre, era muy bonita, este tema es difícil para quien escribe, pues es alabanza de lo mío, pero me excuso ante el lector por ser mi madre la referencia de estos recuerdos. Era medianamente alta, blanca, siempre de pelo corto y manejada con sencillez en su presencia. Extremadamente inteligente, jamás pude vencerle en un debate recio o amable. Fue reina de un carnaval merideño, recibiendo el honor de una composición musical del maestro merideño don Rafael Rivas. Se llamó Consuelo Parra Febres (Cordero) de Celis Briceño. Mi madre era excelente artesana admirada en sus realizaciones por propios y extraños, su cultura era latina y se había intensificado al vivir unos años en París, por eso mascullaba el francés y lo usaba en palabras sueltas y oportunas en la casa. Le gustó leer y fue muy ilustrada en temas religiosos, dando espacios inteligentes de amplitud. Tejía, repujaba el cuero y era una cocinera realmente de excepción, la contextura y barriga de mi padre servía de prueba constante de lo escrito. El arte y la decoración la cautivaban, pintaba inspirada tal vez en el abuelo, el senador Gabriel Parra Picón hijo del Rector Caracciolo, mi casa y algunos amigos especialísimos, guardan su recuerdo en sus bellos óleos.



Cuando los sucesos dolorosos del Banco Andino (de Venezuela) mi madre expiró... tenía 93 años y cambiaba en una escalera los altos bombillos de su casa. Sería un lugar común, decir que la adoré y decir que con papá, en rigidez de amor y disciplina, supo darnos las armas espirituales para enfrentar las felicidades y viacrucis que nos deparó la vida.

Recuerdo una anécdota hermosa e impresionante, de Crecencia, de Crecencia Rujano de Echeverría, fue

Matrimonio civil Adolfo Paolini y Nelida Pisani. A la izquierda autoridades con calles Secretario sentados izquierda a derecha Bernardo Celis Parra; Marisi Vargas Buerguera; Alvaro Sandía; La Chata Rivas; Nelida Pisani y Carmen Luisa Valecillos. Todos amigos muy especiales (Foto colección Paolini Pisani).

una mujer excepcional, leal, towareña y con aliños y sazones de reina, Crecencia fue la compañera y asistente de mi madre, se querían entrañablemente, era dos o tres años menor que ella. Crecencia estaba vieja pero con excelente salud, al agravarse mamá, nada le dijimos a ella, pero pícara y viva al fin, detectó el desorden en la casa con mi madre enferma y me preguntó ¿"Doña Consuelo esta grave verdad"? Yo se lo negué y ella se guardó inmediatamente en su habitación... mi madre murió y Crecencia (antes sana) no salió más, y la acompañó a los nueve días, muriendo ella también... es una anécdota que enseñó la calidad humana de las dos y lo mucho que funcionó en ellas la fraternidad. Crecencia llegó a nuestra casa hacia 1948 y permaneció al lado de mi madre por 53 años, hasta el momento de su muerte. Era una vieja -así la vi siempre- cariñosa y leal, blanca y pecosa, de pelo renegrido, largo, larguísimo y muy liso, que sujetaba atrás con un apretado moño. Era sabia y ostentosamente veterana en la cocina, sus salsas y sabores eran mágicos y siempre podía salvar algún plato desabrido con su sazón que fue creciendo en excelencia al pasar de los años. Su carne de res, su bicték, vuelta y vuelta era rojo y empapado, que derramábamos sobre el arroz blanco, suelto y seco. Sus papas fritas ya dijimos eran con sabor a gloria. Sus recursos culinarios eran ilimitados y llenos de delicias aportadas por mi madre y por ella... ¡Crecencia! Sin nadie en el mundo; sus hijos (2) jamás la procuraron y se quedó para siempre con nosotros... Crecencia descansa en el Panteón del abuelo Celis en el viejo Cementerio de El Espejo. Murio de 90 años.

El Vigilante era el Diario de Mérida, católico, dirigido desde que lo conocí primero por un hombre de talento, el entonces padre Maggionari, y después por muchísimos años por una de las mentes más ágiles y lúcidas que la vida me enseñó: el Padre Eccio Rojo Paredes Tribuno, de rapidísima inteligencia y excepcional talento, que los años me acercaron para llegar a hacerlo mi gran amigo. El Padre Rojo tiene cuentos picantes que pudieran haber sido o no, pero fue un extraordinario orador sagrado, de vasta familia, donde se distinguió por ser el mejor hijo y el mejor hermano y el más recio y leal defensor de su iglesia y su sotana que jamás abandonó. Hijo dilecto del líder arzobispo Acacio Chacón, el Padre Rojo fue abusivamente leal a su mitra y siempre lo recuerdo caminando por la calle 23, del palacete lugar donde vivía en un austero cuarto, hasta recordarlo en El Diario El Vigilante, con su sotana blanca arremangada y

salpicada de tinta impresora, bregando día a día la estabilidad difícil de ese diario católico donde su pluma fue filosa espada, en defensa de la Iglesia merideña. Hago hoy homenaje a su memoria... la de un fiel andino siempre, pues la ciudad fue uno de sus grandes amores y a la cual el protegió con su pluma y con su verbo siempre lleno de luz solidario y espinoso.

Abajo de El Vigilante en la Avenida Zerpa vivía un viejito muy viejo, muy viejo... tenía corte militar, de pelo liso y muy canoso, pequeño, caminaba lento calle abajo, cuando asistía a los actos protocolares del colegio San José, era Monseñor Clemente Mejía, estaba casi ciego y era amable, a nosotros nos lucía como un santo, leal y consecuente amigo de los Jesuitas, era poseedor de una laborada vida.

La pesca en cequiones de riego de las haciendas y en quebradas que caían por todas partes de las montañas merideñas y en el Chama y el Albarregas, que llenaban la ausencia de las playas lejanas, nos atraía de niños y después de menos niños. Nos volvimos adictos a las del Río Chama en el sector de Santiago de la Punta, Miguelito y Albino ya sabían que bajando la dura y larga cuesta que desde "Las Peñas", la cuesta del Chama, que estaba en la zona verde de la Urbanización, en la zona baja que ocupa la nota, en la Avenida Andrés Bello, sector Alto Chama, detrás de esos lugares partía la empinada cuesta, que llevaba al Río Chama, allí muy ancho y arenoso, con grandes, negros y cristalinos pozos, rodeado de gigantescas piedras, nos bañábamos y habíamos descubierto que el río, bastante ocasionalmente se llenaban de mujeres grandes y menos grandes, que bajaban para lavar su ropa o bañarse en esas agradables aguas, conocedores de esto, se nos hizo fácil bajar al Chama y ese día el Río estaba lleno de mujeres, podían haber veinte, unas sin traje de baño y otras cubiertas con sus fondos que en transparencia mojada casi absoluta "las cubrían". Albino, Miguelito, y yo, nos escondimos en el bosque cercano para contemplarlas, no sé si extasiados o asustados, las bonitísimas mujeres unas y otras escandalosas por sus pellejos y arrugas, pero todas envueltas en nuestra curiosidad, que crecía en detalles para hacerse obsesiva pasábamos tiempos, mucho más largos que cortos y el escenario lo repetíamos muchas veces convirtiéndose en nuestro show de Follie Berger. Un día que sólo, cabalgaba en "Cisne" por la hacienda, se me ocurrió bajar al Río Chama, lo hice y deje el caballo amarrado pie de

la cuesta y me fui rastreando suelos hasta “nuestro” bosque, de observación protegida ubicándome en el conocido palco que usábamos los tres..., pero tan torpemente se noto la ausencia de Miguel y Albino, que casi a minutos de mi divertida contemplación, una mujer más vieja que las demás descubrió mi presencia y pegando gritos, arengó a las bellas y feas mujeres del grupo, y “mentando madre” corrieron piedra en mano y chorreando agua se vinieron en pelotón contra mí, acompañándome una andana de piedras que casi alcanzaron mi ensombrerada cabeza, corrí entre tropezones por la playa del río cayendo y parándome en desesperación de absoluta cobardía hasta llegar a mi nervioso caballo, excitado ya, con los gritos de las mujeres que me seguían enfurecidas y atropelladamente, subí la empinada cuesta...de cualquier forma. Con mayor prudencia seguimos regresando al mágico lugar que nos atraía en la medida que galopaba nuestra edad.

Un día de verano pleno, en diciembre, organizamos un grupo de amigos una excursión al Páramo de Apartaderos, para pescar en las lagunas de Mucubají y la bellísima y tropical del frío, Laguna negra, rodeada de un bosque bajo lleno de plantas parameras, habíamos prestado la casa de la Universidad junto al muelle de la Laguna de Mucubají, íbamos por una semana. El frío era intenso, la bella noche del cielo paramero de verano, lleno de estrellas que caminan y saltan, en un cielo intensamente negro la contemplábamos por las ventanas de vidrio. Habían ido un buen grupo recuerdo, Óscar Rivas, a Luis Vargas Burguera-amigo antes de ser cuñado-, Iván Rojas, Gilberto Sandía y Luis Alfredo Rivas Mazzei (Tito) y algunos más. Tito con el pasar de los años y recuerdos, abogado y juez exitoso en Lara, se nos convirtió en sentido poeta, de rima libre que canta a sus sueños secretos y a Timotes. Iván Rojas y quien escribe pescábamos uno de aquellos días en la Laguna Negra, a una hora de camino paramero, de la casa–posada, la pesca había sido buena, los demás quisieron regresar de la laguna eran las seis de la tarde, Ivan y yo decidimos despedirlos de el guía y seguir



El equipo de búsqueda en Mucubají, cinco baquianos acompañan a Gilberto Sandía y Tito Rivas al centro. (Colección Dr. Oscar Rivas Lamus).

pescando, teníamos buenas truchas, al decidir regresar ante el acoso de la oscuridad que llegaba, tomamos la trocha tierrosa de regreso, al buen rato de camino, la gramita era invencible a las pisadas, invadían la trocha que perdimos, Iván y yo caminamos y caminamos totalmente despistados, lo hicimos hasta bien entrada la noche, a las nueve o más, decidimos detenernos, en un recodo de aquel camino paramero entre dos grandes piedras, donde cabíamos sentados, mirábamos al cielo con angustia, la luna nos enseñaba que no había lluvia de haber llegado esta hubiésemos tal vez muerto congelados. El frío con viento era seco pero intenso, se nos ocurrió llenar camisa y pantalones con hojas marchitas y resacas de frailejón, que calentaron algo el cuerpo, maltrecho por la carencia de ropa adecuada para el momento. Dormitamos entre despiertos y ausentes, la noche se hizo larga, Iván acusó temor y desesperación, yo grité angustioso ¡cuidado un oso! ¡Dónde? Me interrogó, le respondí ¡mentiras! dije mientras Ivan buscaba en el derredor una piedra contra el oso de mi invención, al darse cuenta de la verdad Ivan en su respuesta me reto a unos golpes alegando mi irresponsabilidad en un momento, que verdaderamente sentíamos trágico. Serían las 6:30 de la mañana, cuando seguimos la trocha de aquel raro camino, donde habíamos pernotado tantas horas y constatamos que a unos cuatrocientos metros estaba nuestra posada, donde los demás compañeros entristecidos, habían salido toda la noche en comisiones, con vaquéanos quienes señalaban que tal vez habíamos caído en el pantano movedizo y mortal, al norte de una laguna llamada artificial, otros se disponían a salir para Mérida a dar aviso al cuerpo de bomberos. Regresados nosotros, llegaron después los cuentos y chistes que llenaron aquellos días, que nos faltaban para volver a la casa, después de pescar y disfrutar el frío paramero, con domino y ron, en noches de cuentos, relatos y guitarras.

Regina se llamó mi “primera novia”, segunda y tercera novias, no las escribo por cercanas a todos y prohibitivas ellas en su acontecer; Regina era flaca y alegre, bonita de pelo rubio y lleno de bucles, tenía unos doce años, su hermana era una pelirroja bella y llena de pecas. Me movió el piso, dejándome extasiado y confundido lleno de timidez, a una muy temprana edad. No podía hablarle espontáneamente y se me ocurrió enviarle una carta, si pensé, “mi idea la creí monumental y única”, hice la carta y se la dí al chofer de su padre empresario exitoso, el conductor, mala gente, la recibió... para dársela a Regina,

en ella le ratificaba mis “secretos de quererla”, pasaron los días y alguna vez al pasar, una de las diez veces diarias que lo hacía frente a su casa, su mamá me llamó apresurada, “Bernardo” me dijo la joven y elegante señora, cuyo porte arrasaba, junto a su gran carisma... “a usted no le parece que es demasiado temprano para enviar cartas y es mejor atender sus tareas y libros”, yo quería que me tragara la tierra y odié al desgraciado chofer vendedor de mi confianza, después Regina se fue y abandoné lógicamente la idea de seguirla... era muy temprano y no la volví a ver jamás.

Las primas pululaban en mi alrededor eran “miles”, por los cuatro o más costados de mis sangres, todas con atributos destacados de belleza, inteligencia, sagacidad y sobradas en su diario existir. Nos gustaron varias. Unas un poco más grandes y otras más pequeñas, en una edad, cuando las muchachas iguales en tiempo desprecian a sus contemporáneos, para aspirar varones de más edad y porte. Un enamoramiento con una de tu edad era un suicidio amoroso, sencillamente “jamás te paraba bolas”, como decía algún primo experto en el caso. Así me encantó una prima primorosa, especialísima, que hacía visitas esporádicas a la ciudad, la cortejaba con lo mejor de mis aportes vitales, era blanca, de frente inteligente y de ojos hermosos, delgada, bailaba como las mejores y era alegre y atropelladamente inteligente, como lo destacó, su éxito de superada excelencia en el acontecer de su vida. Me coqueteaba y llegábamos hasta el filo del barranco jamás quiso ir más allá. La vida nos reencontró “siglos” después y yo celebre su acontecer de triunfos y me sentí ufano de llevar su sangre. Su nombre resolví guardarlo como el escritor Carlos Fuentes en el bolso de las discreciones.

La cultura cristiana me confundía en “profundidades filosóficas”, siempre observé que después de la reforma que revolviéron Lutero y Calvino en su rebelión frente a Roma, pensamos que había nacido no dos religiones, sino una religión separada por dos culturas: la católica nuestra y latina y la protestante anglosajona por excelencia, aunque ambas guardaron trozos de una y otra civilización o cultura. Me llamaba poderosamente la atención que nuestra religión católica, aplaudiera el dejo y la desidia de una mujer limosnara con llaga en su pierna que reunía un enjambre de moscas que visitaban la supurante ulcera, y recordaba el decir un hombre llagado profundamente en su pierna, premiándolo al decir “bienaventurados los que sufren porque de ellos es el reino de los

cielos", sumándolo al abandono y conformismo, con su mal lleno de polución; lo comparaba con el "capitalismo" protestante y anglosajón que condenaba aquel dejo y reprimía al poseedor de tal llaga, condenando su abandono y amenazando con castigar su desidia al no procurar su ayuda y curación. Aquí estaba pensando el ánimo del bienestar procurado por los "nórdicos americanos" y la resignación frente al sufrimiento y la escasez de los latinos católicos "hispanos". Esto lo hemos pensado mucho rato en nuestro largo tiempo y a falta de recuerdos de mi ciudad vieja he querido recordar estas angustias vitales que relato con tristeza.

Adriana PérezValery era una maja de "rechupete", -palabra que usaba el Tío Gabriel para magnificar la excelencia femenina y la comida, -era una morena viva y activa, de gran simpatía, bonita, Adriana era coqueta en la seguridad de su valía, pero la seriedad que después imponía, blindaba su contorno. Usábamos los patines uno de nuestros vehículos terrestres, junto a la bicicleta, con los patines dábamos vueltas y vueltas a la manzana de la casona de Don Constantino Valeri, calle 20, con Avenida 4, Gilberto Sandia se me unía en estos ejercicios platónicos, para pasar por la casa de Hilda Febres Cordero que también vivía en la calle 20, Adriana apenas patinaba, pues al enterarse la severa abuela de la casa donde pasaba largas temporadas, le ordenaba entrar, pero nosotros insistíamos en dar y dar vueltas. Adriana dijo, era una maja a los 12 ó 13 años, tenía el pelo negro y corto y un cuerpo entregado a los ojos ajenos que la admiraban. Era dicharachera y burlona. Su hermana Marilú muy seria. Patinábamos su cuadra a toda hora, pienso que el vecindario estaba harto de nuestras insistencias rodantes, un día a la una de la tarde, Doña Teresa de Valery, me esperó sigilosa en el zaguán de su casona y al nosotros venir, interrumpió nuestro paso y dirigiéndose en voz alta con recia severidad, me dijo: "le diré a Pablo (mi padre) que usted abusa de nuestro descanso, patinando a esta hora... que no lo vuelva a ver en esto". Continuamos en el ejercicio platónico tratando de esquivar a Doña Teresa que la viví tan celosa de sus nietas siempre y ella no se lo comunicó a Don Pablo.

En Mérida conocíamos en el tiempo parejas de baile de excepción, muchachas algunas casi niñas, eran sueltas, frágiles y llevando un ritmo poco visto, volcaban dejándose conducir como plumas, eran muchas, y su obediencia al paso varonil era una admiración constante en nosotros, recordemos algunas; Gladys Dávila Fonseca, Titina Scrochi, Zamira Pisani, Reina Acuña, María Angelina

Celis o María Josefina Parra, Alicia Portillo son las pocas que recuerdo ahora... eran muchas más.

Después de los aguaceros, chubascos y chimiris, las calles nuevas de la ciudad parecían pulidas y reflejaban luces naranjas que eran presagio de luces amarillas oros y ocre de las tardes claras, que seguían las mañanas tapadas y lluviosas salían desde el sur de la ciudad que se las robaba al sol de los venados, más larense que andino...que cerraba la tarde de colores.

Los Hermanos Adams eran muchos, pero el recuerdo en el 6º grado, era para Carlos un moreno grueso y fuerte, más que todos en el curso, el otro que era más, amigo, se llamaba o lo llamábamos Tuta Adams, era una persona especial en su trato, que estuvo mucho con nosotros. Los años cubrieron su paso y nunca más lo vimos; Tuta fue amigo especialísimo!.

Muchos Merideños vivían de alquilar lugares y cuartos a los estudiantes forasteros. La Universidad tenía varias residencias estudiantiles, dos edificios estaban en la Avenida Bolívar con calle 32, eran para varones y con los años se fueron convirtiendo en foco de desórdenes y actos políticos, Las Teresianas era una residencia femenina Universitaria ubicada en la Avenida Zerpa a pasos de la calle 23, en sus aceras se daban numerosas las serenatas. Hacia finales de los 80 se organizaron en diversos sitios de la ciudad cenas y reuniones sociales benéficas para ayudar a Instituciones educativas y unidades hospitalarias en los cuales los chefs eran amigos de la ciudad que por sus conocimientos culinarios elaboran en aquella fiesta algún plato especial ayudados por sus esposas o novias para recabar fondos de ayuda social estos se hicieron populares y organizado por diversos grupos algunas fotos nos pueden dar claridad sobre tales eventos.

Éramos serenateros ... con Ivan Rojas y nuestros "tiples" organizábamos conjuntos que lucían con las alegrías que el ron nos regalaba para pasar buenas medias noches. La ciudad desde los jueves se llenaba hasta las noches del domingo.



El grupo organizador de un evento para recabar fondos sociales.



Festival Gastronomico de izquierda a derecha Nelly Ortega de Vargas; Carmen de Bustamante; Adriana Pérez Valeri de Benito; Maria Elena Felice de Valecillo; Luisa Margarita Rojas de Jugo.



Tres cocineros de calidad de izquierda a derecha el escrito Alvaro Parra Dávila; el arquitecto Alberto Baena y el Ing. Gonzalo Vargas B.

